
TERROR
EN EL
CAMPAMENTO
JAVI SERRANO
BLOODBUSTER
BOOKS


TERROR
EN EL
CAMPAMENTO
JAVI SERRANO
BLOODBUSTER
BOOKS

TERROR EN EL CAMPAMENTO

Javi Serrano

BLOODBUSTER BOOKS



A Jason, Michael, Freddy, Hannibal, Jedediah, Axel, Billy, Stu, Brenda, Pamela, Angela, Cropsy, Norman, Alex, Víctor, Charles, Ben...
A Sean, John, Wes, Jonathan, Tobe, Alfred, Don, Robert, Adam, Jim, Jamie, Paul, Kevin...
Y, si tú sabes quiénes son todos ellos, eres de los míos.
Esto va dedicado para ti también.

Derechos de autor © 2026 Javi Serrano

© Terror en el campamento
© Javi Serrano, 2026
Sello: Independently published
Boceto de la portada: Javi Serrano
Diseño de la cubierta: Sergio Marcos (@booksandmichis), Javi Serrano
Diseño de las insignias y logo del campamento: Héctor Marcos
Maquetación: Alex Marsalo
Corrección: Alex Marsalo

CONTACTO
Instagram: @woodsbhorror, @javi_serranowriter
X (Twitter): @woodsbhorror
BLOODBUSTER BOOKS en Instagram: @bloodbusterbooks
© Número de registro: 2605135640091
ISBN: 9798197639189

Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual

LISTA DE REPRODUCCIÓN

Querido socio de BLOODBUSTER, te agradecemos que hayas confiado en nuestro libro, en la iniciativa, y espero que sea de tu agrado.
Si eres de los que escuchan música mientras leen, tenemos una lista de reproducción perfecta para que vivas la esencia del slasher summer de este libro.
Felices puñaladas.





SPOTIFY

YOUTUBE

«¡Están condenados! ¡Todos están condenados!».
—Ralph, el loco. Viernes 13

1

Ruth corría como si le fuese la vida en ello a través del bosque que escogieron para la actividad de ese día. Un laberinto interminable de chopos centenarios moldeaba la típica alameda de hoja caduca aragonesa junto a frondosos olmos de troncos robustos y retorcidos, que ocultaban su agitada presencia a modo de camuflaje inesperado.

Se había distanciado bastante de su grupo y del perímetro marcado, lo que la dejaba fuera de juego y expuesta a la inmensa naturaleza. Algo que no le disgustaba del todo si no fuese por esa extraña sensación de estar siendo observada, acechada.

Hizo un barrido sobre sí misma. La fotografía panorámica se antojaba infinita e inalterable. Sintió un vértigo irrefrenable ante la posibilidad de estar perdida.

Sola.

El sonido del agua en movimiento en el lago de la Pena la situó más o menos dentro de su mapa mental de la zona. Sabía que su costa bordeaba todo el valle con su curiosa forma de M. En la bahía se asentaba el viejo campamento, así que no tendría problema en volver llegado el momento. Suspiró algo aliviada mientras reanudaba la marcha. El relajante arrullo de las olas superficiales en el lago también ocultaba el ruido de sus frenéticos pasos entre el follaje caído sobre el lecho boscoso.

Detrás de ella, el chasquido seco de unas ramas al quebrarse llamaron su atención. Eran pisadas, estaba segura, y aunque lejanas, advirtió que aquello no había acabado. Se detuvo tras una

haya lo suficientemente vasta como para ocultarla por completo. Apoyó la espalda contra la corteza rugosa y se dejó caer. La humedad del terreno le calaba el trasero.

Ruth estaba inquieta, más nerviosa de lo que ella misma esperaba en aquella situación. Que alguien enmascarado la persiguiera con intención de eliminarla de la ecuación no era algo que estuviera disfrutando.

Todo fuera por sacar adelante la reapertura del campamento.

El juego era así. Ella misma lo sugirió como posible actividad para los nuevos campistas más mayores. Mario, su pareja y socio en esa nueva andadura, la había secundado encantado. Los tiempos habían cambiado, igual que las formas de diversión tanto de niños como de adultos. Los visitantes del nuevo campamento Lago de la Pena buscarían ese contacto típico con la naturaleza y una desconexión casi necesaria de la civilización. Pero continuaban necesitando experiencias fuertes, incluso a veces extremas. Ponerlos a jugar al juego de la bandera ya no era una opción viable.

Ruth recordaba correr por aquellos campos siendo una niña. Un recuerdo que no supo encasillar si como bueno o malo.

—¿*Paintball*? ¿En qué estabas pensando, Ruth? Odias estas cosas, joder —se dijo a sí misma, aún sentada y con la espalda apoyada contra el rugoso tronco de la gran haya.

Sostenía la escopeta Valken SW1 Blackhawk del calibre 50 contra su pecho agitado. Comprobó la carga. Aún no había efectuado ningún disparo, así que se cercioró de que estuviera bien colocada, autoconvenciéndose de que sabía lo que hacía y de que los balines eran del color del equipo que le había tocado en el sorteo.

—Además, tú y Mario sois los nuevos propietarios. ¿Para qué os involucráis tanto? —Ruth se machacaba en voz alta dando buena cuenta de la adrenalina en forma de manojo de nervios que la estaba haciendo sucumbir.

Algunos disparos lejanos rompieron la incómoda armonía que reinaba en el lugar. Una bandada de estorninos desplegó su formación en dirección contraria por encima de la arboleda.

Ruth asomó la cabeza por un lateral del tronco que le servía de parapeto. La máscara protectora que le cubría la cara se ladeó ligeramente. Le había tocado coger la última que quedó en el cesto y no era de su talla. Pero las reglas eran estrictas, y una de ellas era la de tener que protegerse el rostro si querías jugar. Lo último que querían tras la inauguración era tener un accidente por imprudencia.

Mientras se recolocaba la máscara, alcanzó a ver una figura oscura más allá de una extensa explanada. Permanecía estática, detenida entre dos voluminosos arbustos de zarzamora que trataban de ocultarlo inútilmente. Algo llamó su atención. Llevaba un tipo de sombrero que la dotaba de una silueta curiosa. Se movió. Ruth descubrió que empuñaba con una mano una escopeta del arsenal reglamentario del juego. La reconoció por su llamativo color naranja fluorescente.

—Te tengo, cabrón —gritó con diversión—. Acércate un poco más para que pueda marcarte. —Montó el arma entre dos ramas que la mantenían guarecida y apuntó a su objetivo—. ¿Qué es ese gorro qué te has puesto? —soltó con una risita—. Queréis joderme, ¿eh?

El oponente inició la avanzadilla. Primero lo hizo con lentitud, analizando el campo de visión para descubrir la posición de la chica. Se detuvo tras recorrer una cuarta parte de la distancia que les separaba. Ladeó la cabeza hacia el tronco que ocultaba a Ruth. El extremo naranja del cañón asomaba entre las ramas. La ventaja que obtuvo a la hora de reconocer a su hostigador actuó también en su contra.

La figura corrió hacia ella con determinación. El pulso de Ruth se aceleró al compás de las enormes zancadas de su oponente, que trituraban las hojas secas en el suelo. Esperaba el momento adecuado para disparar. Las manos le temblaban. El dedo índice jugaba dudoso en el gatillo. No sabía por qué no descargaba las

bolas de pintura sobre el rival. En definitiva, era un juego, y no le importaría errar los disparos; la competitividad se la cedía a los campistas de menor edad.

Cuando la instantánea se volvió nítida, vio con claridad el motivo de su nerviosismo repentino.

No iba uniformado con el equipo reglamentario. No era nadie del campamento, ni de su equipo ni del contrario. Cuando lo tuvo más cerca, el arma se sacudió sobre las ramas. No, eran sus manos las que la agitaban. El temor y el desasosiego que un día enterró en su interior asomó a la superficie. Despertó de su subconsciente como una bestia primigenia que aguardaba en letargo las palabras exactas para presentarse al mundo. Sabía que, si lograba resurgir, su poder sería devastador.

—N-no pu-puedes ser… —tartamudeó. Se sacudió entre bruscas tiritonas como si estuviera a punto de morir congelada, pero sabía muy bien que en aquella zona y en verano la posibilidad de sufrir una hipotermia era inexistente—. No puedes ser tú... —logró decir, pero su voz se quebró apenas hubo salido.

Primero reconoció el característico sombrero de explorador que llevaba puesto y que en la distancia no parecía tener una forma definida. El uniforme deteriorado de *boy scout* transportó a Ruth a ese lugar inerte en su memoria, al lugar donde había encerrado el dolor. Un pañuelo anudado sobre el cuello desabrochado de su camisa verde caqui botaba con fiereza sobre la pechera de algodón. Sus vívidos colores azul celeste y ocre, aunque deslucidos, fueron suficientes para que la chica terminase de atar los cabos sueltos.

El primer disparo fue a parar a los pies del extraño.

—Tú y tu puta puntería, Ruth —gruñó, y se mordió los labios. Recordó que nunca había sido buena en eso.

«¡No cenarás hasta que consigas al menos hacer diana, ¿me oyes?!». Las voces del pasado la asaltaron en el momento más

inoportuno. Aunque ninguna situación era propicia para que ese período de su vida que creía soterrado saliera al exterior.

El extraño detuvo la carrera al ver la mancha de pintura roja sobre un pequeño montículo de rocas en el suelo. Devolvió la mirada a su presa. Ruth supo que se había transformado en algo más intimidante. No era algo que ella pudiera atisbar a simple vista, ya que no podía verle el rostro. Pero había visto alguna película de terror y sabía las consecuencias de desaprovechar las oportunidades cuando tienes al villano encima. Porque eso era, a pesar de su apariencia humanoide. Mentira, ¿por qué se engañaba de esa forma? Recordaba lo que sucedió aquel año. La posibilidad de que fuera un monstruo era tan imposible como su existencia en sí. Pero ahí estaba, acercándose hacia ella. Advirtió unas palabras escritas en el pasamontañas negro, pero no las distinguió.

Ruth presionó de nuevo el gatillo. Un chasquido metálico describió el estado del arma. Temía que eso pasara, pero en el contexto que imaginaba no le preocupaba quedar eliminada por que su escopeta no expulsara bolas de pintura. Lamentó no haberse cerciorado de que el cargador estuviera bien enroscado.

Dudó entre salir huyendo o pararse a arreglar su marcadora para continuar disparando… ¿bolas de pintura? Parecía una soberana tontería, pero aquellos impactos podían llegar a ser muy dolorosos. Hasta donde sabía, su acechador no llevaba una buena protección facial. En eso Ruth le sacaba ventaja. Quizás en lo único.

Decidió seguir la segunda vía de acción pese a no ser una buena tiradora, pese a sufrir un temblor de manos que dificultaría su ya de por sí mala puntería. Pero ¿correr? ¿Para qué? El miedo la tenía paralizada, sus músculos se mantenían agarrotados en la misma posición que había tomado desde que se agazapó tras aquel árbol. Si salía corriendo, no solo sería una diana perfecta, sino una presa fácil de atrapar.

—¿Es una puta broma? Chicos, no tiene ninguna gracia, en serio.

Como esperaba, no obtuvo respuesta. Se aferró a esa esperanza ridícula. Por supuesto que no podía ser nadie del campamento, al menos no del actual. Aquel oscuro y terrible personaje pertenecía a su yo más oculto, a su niñez olvidada.

Tenía el rostro humedecido bajo las gafas protectoras. Tardó un par de segundos en comprender que estaba llorando. La culpabilidad la hundió aún más en su agonía. Ruth se centró en su arma. Desmontó el cargador con dificultad. Tras el primer disparo, se había desencajado aún más de la ranura en la que en ningún momento estaba fijo.

—Mierda. Joder —gruñó con rabia. Un satisfactorio chasquido le hizo sonreír.

Se asomó con determinación y accionó el gatillo. La cola del disparador se quedó a mitad de camino. Un alarmante desasosiego borró su sonrisa cuando vio la explanada de maleza.

Había desaparecido.

—¡No, no, no, no! ¿Dónde estás, cabrón? —gritó con frustración.

Hizo un barrido con el arma y aguzó los sentidos. Nada. Solo ella y el bosque, abrazándola sin permiso, engulléndola en una espiral de colores marrones y verdosos en la que solo su respiración agitada parecía tener sentido y cuerpo. El ocaso teñía el bosque de un tono ambarino. Los últimos rayos agonizantes se filtraban entre las copas más altas, pero no podrían arrebatarle terreno a unas sombras cada vez más anchas.

Una corriente de aire movió con contundencia las ramas más débiles sobre su cabeza. Se incorporó sobre sus rodillas flexionadas. Ahora sí, turno de salir corriendo. Giró sobre sus talones e inició la carrera, pero no duró mucho a pesar del brío con que la inició. Se topó contra un árbol que no debía estar ahí y retrocedió sobre sus pasos, aturdida. Solo que no era un árbol, porque hasta donde sabía, no respiraban. Ni vestían como un *boy scout*.

Ruth soltó un grito que reverberó en la inmensidad del bosque, que a su vez continuaba siendo devorado por la incipiente noche. A esa distancia leyó las palabras escritas sobre la tela del pasamontañas del explorador.

Dos simples palabras grabadas a fuego en sus temblorosas retinas.

Dos palabras con un significado tan doloroso que acabaron por destruir los cimientos de la poca estabilidad emocional que le quedaba:

Buen scout.

La primera dibujaba un arco cóncavo en la frente bajo el ala frontal del sombrero color beige. La segunda simulaba una sonrisa sobre la zona donde debía estar su boca.

Ruth negaba con la cabeza. Los hombros y el pecho se movían al ritmo de un llanto silencioso. La pantalla traslúcida de sus gafas se llenó de una capa de vaho. El extraño sujetaba la escopeta con una correa de nailon negra. Se la descolgó y, antes de que cayera por el lado derecho, le propinó una bofetada en la cara con la mano izquierda. El golpe fue tan fuerte que la desajustada máscara y las gafas salieron disparadas.

Trastabilló, pero logró mantenerse de pie. Sus pequeños ojos almendrados estaban enrojecidos y anegados de lágrimas. El sudor eran almendras brillantes en su piel.

—No puedes ser tú. No. Nosotros... —sollozó mientras se esforzaba en unir unas palabras con otras.

El Scout se llevó el cañón de la escopeta a la boca y siseó para cortar su monólogo patético. Con un movimiento rápido, desenfundó de su cinturón un enorme cuchillo de caza y se lo hundió en el estómago. No hubo un aviso ni palabras vindicativas. Solo una acción movida por la impaciencia acumulada durante años.

Ruth se contrajo del dolor, apenas consciente de lo que había sucedido, pero conocedora del cuerpo inusual dentro del suyo. El

calor se convirtió en una presión insoportable. La sangre fluyó con una facilidad casi artificial y le empapó el mono de juego en cuestión de segundos.

La hoja afilada que rasgaba sus entrañas se convirtió en una especie de resorte. Sus manos reaccionaron a ese mecanismo instintivo y le golpeó con la escopeta en la cara, justo debajo de la barbilla. El Scout gruñó de dolor y retrocedió un par de pasos aún aferrado a la empuñadura del cuchillo.

Ruth exhaló un suspiro alargado que podría haber sido de alivio si no fuera porque notó cómo la hoja dividía sus intestinos en dos. Cayó de espaldas con un chasquido seco. A su lado, un tocón oculto bajo las hierbas muertas tenía una marca roja.

Sus alaridos mermaron mientras la sangre brotaba sin freno ante la impasible e imponente mirada del Scout. Ruth hundió las uñas entre la maleza y se arrastró hacia atrás. El mango del cuchillo asomaba en su vientre como la bandera que clavaban en la tierra en uno de los juegos del campamento. Se apoyó con una mano en el tocón para impulsarse, pero sus dedos perdieron fuerza.

No había escapatoria.

El Scout se acercó hasta quedar a su altura. Observó durante unos segundos a la chica retorcerse de dolor sobre su propio lecho de sangre, y finalmente dio el siguiente paso. De forma literal. Descargó todo el peso de un pie en el mango del cuchillo. La hoja se deslizó por el sendero abierto de carne y hueso hasta salir por el extremo contrario y hundirse en la tierra. Los coágulos de saliva se derramaron de su boca como una cascada tras el deshielo y formaron un estanque en su cuello, bifurcándose entre los prominentes huesos de su clavícula.

A lo lejos, demasiado lejos para su desgracia, varias voces familiares gritaban su nombre formando un cántico de esperanza que jamás llegaría. La estaban buscando, aunque para ella ya era tarde, demasiado tarde.

El Scout la encañonó en la cara, una sombra batida en su ceño.

—Lo siento… —farfulló Ruth.

La ráfaga de disparos a bocajarro fue brutal e incansable. Las bolas de pintura amarilla impactaron sin tregua en su rostro, levantando visibles laceraciones y heridas en la piel. La distancia de tiro era tan corta que la fuerza de impacto pasó a ser fatal. Los inofensivos balines de pintura se convirtieron en perfectos proyectiles mortales que perforaban piel, músculo y tejido con una facilidad letal. Sus ojos estallaron como dos pequeños globos de agua en un juego de feria. El color amarillo de la pintura se tornó naranja antes de convertirse en un rojo brillante. Su rostro se convirtió en una enorme herida abierta pintada de naranja intenso.

Uno tras otro hasta alcanzar los doscientos del cargador, cada balín chapoteó en la sangre teñida.

***

Ya había oscurecido lo suficiente como para que se hiciera más difícil encontrar a Ruth en la inmensidad del bosque. Algunos monitores llevaban linternas, mientras que otros utilizaban sus propios móviles. Por suerte, esa noche había luna llena y el cielo se presentaba limpio y despejado, sirviendo como guía lumínica.

El repetitivo sonido de los disparos llevó al grupo más cercano hasta la alameda en la que había estado Ruth. Uno de sus integrantes se detuvo junto a un tocón.

—¡Eh, tíos! —avisó—. ¡Aquí está su máscara de protección!

—No jodas —murmuró otro monitor cuando llegó a su lado—. Seguro que le ha pasado algo. —Señaló el mismo punto con el haz de luz de la linterna y frunció el ceño—. ¿Eso es… sangre?

—Apartad, dejadme ver —Mario apareció tras ellos. Apretó con tanta fuerza la linterna que los tendones se le marcaron en la mano—.

Dios mío, Ruth…

Un grito partió la noche en dos.

Una compañera justo a unos metros de ellos miraba aterrada algo que colgaba de las gruesas ramas de un árbol. Todos corrieron hacia la monitora, que solo gritaba y señalaba con espanto frente a ella. El horror se materializó cuando los haces de las linternas convergieron en el temible punto.

Ruth pendía de dos ramas que le ataban las muñecas. Su asesino solo le había dejado puesta la ropa interior. Sus pies descalzos caían inertes, unidos a dos grandes rocas que mantenían rígido su cuerpo. De su rostro totalmente desfigurado aún resbalaban ríos de sangre anaranjada, casi artificial, que enmarcaban una frase en su torso:

MAL SCOUT.

Las letras habían sido talladas con tal crueldad y rabia que, a través de las heridas abiertas de alguno de los irregulares trazos cutáneos, se podía entrever el brillo blanquecino de las costillas.

El aullido desgarrador de Mario ante el cadáver de su pareja destrozó la angustiosa calma de aquella noche fatídica.

2

Chemi se adelantó dos pasos para abrirle la puerta a su acompañante, que apenas levantaba la vista del suelo.

—Vaya, ¿desde cuándo te has vuelto tan educado? —Helena habló poco durante el trayecto hasta llegar al restaurante, pero cada frase que disparaba era un dardo cargado con ira y extra de sorna.

—Pon de tu parte, cari…, Lena. Yo lo estoy intentando.

Chemi no se veía cómodo en esa tesitura. Su talante altivo tras su planta de hombre fuerte se desbordaba en cada movimiento y gesto de su cara perfecta. El camarero los acompañó hasta la que sería su mesa, ubicada frente a un gran ventanal con vistas desde el que veían una panorámica nocturna de la ciudad.

Tomaron asiento con semblantes serios. Chemi posó su trabajada mano derecha sobre la de Helena, que no tardó en retirar y esconderla bajo la mesa.

—Chemi, pensaba que todo esto ya había quedado claro. Yo… —hizo una mueca y negó sutilmente con la cabeza—. Yo no puedo.

—¿Cuántas veces tengo que pedir perdón, Lena? —dijo Chemi, resignado—. Dime, ¿cuántas?

—No es cuestión de perdonar, eso puedo hasta llegar a hacerlo. Es cuestión de confianza.

Chemi soltó una risita irónica.

—Joder, con la confianza. Me equivoqué, sí, lo acepto. Todos podemos...

—Ni se te ocurra volver con la misma cantinela de siempre —atajó, y es que se sabía de memoria sus alegatos patéticos y manidos—. No, no todos podemos equivocarnos. Que tú seas un cerdo y hables con mujeres por chats no es una equivocación.

El volumen de sus palabras se incrementó a medida que el recuerdo volvía a su cabeza.

—Además —dijo casi en un susurro—, ¿para qué coño me has traído aquí?

Una nueva camarera se colocó a un lado de la mesa. A pesar de su mejor e impostada sonrisa, su incomodidad era evidente. Se percató de la tensión palpable que sobrevolaba el ambiente y, aunque había optado por retirarse, un buen cotilleo era más fuerte que la discreción.

—Buenas noches. Espero que la mesa sea de su agrado. ¿Puedo servirles algo de beber mientras eligen la comida? —la pareja titubeó agarrando la carta de vinos con un movimiento rápido—. Si necesitan más tiempo, no hay problema.

—No, no —dijo Chemi—. Un vino blanco de la casa está bien. ¿Te parece bien, cari…, Lena? —Helena se llevó ambas manos a la cara, aún más incómoda si cabía —. Mierda —murmuró con los labios apretados.

—Ahora mismo lo traigo. Gracias.

No obtuvo respuesta por parte de la pareja.

—Helena, yo te quiero. Sigo enamorado de ti.

Helena esbozó una sonrisa que podría haberse confundido por alegría si no fuera porque había retraído un poco los labios. Pero alguien como Chemi no entendía que el desprecio no desaparecía mostrando las venas marcadas de sus antebrazos.

—No me hagas reír. Tú solo estás enamorado de ti y de tus músculos. —Sus labios se convirtieron en una línea apretada—. ¡Ah! Y de tu polla, esa que tanto vendes por internet. Joder, si me dieran

un euro por cada fotopolla que has enviado ya me habría pagado la moto que quiero.

—Joder, Lena, eso no era nada. Solo tonteo, juegos. Yo solo te quiero a ti.

—Ah, claro, juegos —dijo con tono monocorde—. ¿Y quién me dice a mí que esos juegos no acababan en la cama de alguna de esas chicas con las que hablabas?

Chemi endureció su semblante al escuchar esas palabras. Pareció deshacerse del papel que estaba interpretando para pasar a tomar el control de sus verdaderas emociones.

—¿Confianza? ¿Tú me vas a hablar de confianza? ¿Como cuando me enteré de que eras bisexual? —recalcó las últimas palabras con voz elevada.

—Por ahí sí que no —dijo con firmeza—. No me vengas con esas gilipolleces. Para empezar, te lo conté yo. Además, ¿qué tiene que ver?

La irrupción de la camarera provocó un nuevo silencio incómodo en la mesa. Consciente de la situación, sirvió las copas de vino y retrocedió servicialmente.

Aun así, Chemi alzó su copa con intención de brindar.

—Tú eres tonto, ¿no? —dijo Helena, cruzada de brazos.

—Joder, Lena, me refiero a que me ocultaste ese dato durante mucho tiempo y...

—Y ¿qué?

—Pues que era algo importante, coño. Ya no solo tenía que estar celoso de los tíos, también tenía que tener cuidado de las lesbianas hambrientas. —Dio un sorbo orgulloso como para reforzar su sesuda correlación.

—Vale, confirmamos: eres tonto profundo —dijo Helena, y en esta ocasión no se molestó en sonreír para mostrarle su desprecio—. En

serio, todavía me pregunto qué coño hacía contigo. —Ella también bebió de su copa, pero para hacer más llevadera la situación. Y con un trago no iba a cambiar la situación, así que concluyó que terminar con su contenido sin respirar haría mayor efecto—. Mira, Chemi, te agradezco la invitación. He venido por cortesía, y porque realmente llegué a creer que podríamos seguir siendo amigos, pero...

Helena retiró la silla hacia atrás. El estruendoso ruido de las patas sobre el suelo encerado hizo que los demás comensales se giraran hacia ellos. Se estaba incorporando cuando la vibración de su teléfono retumbó en la mesa. En la pantalla, un nombre aparecía y desaparecía al son de la melodía entrante: Gemelos Montoya/Abel. Un nombre que la chica no esperaba ver y que apenas recordaba, pero que provocó un torbellino de sensaciones en su interior difícil de digerir y que convirtió esa velada patética en una nadería.

—¿Vas a cogerlo? —espetó Chemi, visiblemente molesto.

Dudó durante unos segundos. La apatía de su rostro desapareció y el miedo tomó el relevo. Sus ojos abiertos miraban con temor la pantalla del móvil, conscientes de los eventos que desencadenarían una acción tan simple como descolgar la llamada.

—¡Hola! —respondió con una euforia tan artificial que denotaba su nerviosismo.

—¿Helena? ¿Eres tú? —La voz de su interlocutor era profunda, pero las palabras le llegaban entrecortadas y no por la cobertura. La chica asintió con apenas un gemido—. Tenemos que reunirnos. Es importante. Ruth…, Ruth ha muerto. Ha sido asesinada.

Helena no dijo nada, no podía hacerlo. La corteza cerebral procesó la noticia antes de que el sistema límbico la interpretara. Cuando logró transformar la información en una emoción, se le desencajó el rostro. Sintió que se quedaba sin respiración, que el nudo de su estómago al comprobar la llamada de su viejo amigo se tensaba tras la revelación.

—Descuida. Allí estaré —dijo concisa una parte de ella que iba en piloto automático.

Colgó y se puso en pie de un salto. Chemi la imitó por pura inercia.

—¡Eh! Pero ¿qué pasa?

—Me voy, Chemi. Esto está muerto y no hay forma de revivirlo —dada la situación, esa expresión tenía un tinte de oscura comedia que le hizo sentirse culpable—. Podrías haberte ahorrado todo este paripé.

Los recuerdos de una niñez truncada y los demonios de un pasado aparentemente enterrado se adueñaron de su estabilidad. Su voz se debatía en un limbo a punto de desmoronarse. Tenía que largarse de allí cuanto antes. No le iba a dar el gusto a Chemi de verla rota y desvalida.

—No vuelvas a llamarme, por favor —le dijo sin mirarle a la cara mientras pasaba por su lado.

Chemi le agarró la muñeca con fuerza.

—Esto no va a quedar así, ¿me oyes? —le clavó las uñas en la piel—. No pienso perderte, y haré lo que tenga que hacer para que vuelvas conmigo

—Me estás haciendo daño —gruñó ella con rabia. No iba a permitir que el dolor se trasluciera en su rostro y darle esa satisfacción—. Suéltame ahora mismo o grito —le dijo en tono sereno pero contundente.

Chemi miró de reojo alrededor y le soltó la muñeca. Vio que la camarera les observaba con atención desde la barra.

—Yo no quería...

Helena desapareció tras las cortinas de antelina rojas que separaban la sala de la recepción.

3

La casa de los gemelos Montoya se alzaba por encima de todas las demás dentro de la urbanización de lujo.

Les había ido muy bien como *youtubers*. Por números de seguidores, dinero y fama, estaban en la categoría de *influencers*. Desde que crearon el canal sobre crímenes reales, The Crime Twins, su popularidad había subido como la espuma. Hablaban sobre los casos más escabrosos, sangrientos y violentos de la historia española. Hacían recreaciones fidedignas y muy cinematográficas con las que llegaron a lograr una legión de seguidores incondicionales en las redes.

Por alguna razón el crimen por el que habían reunido a sus amigos de la infancia no era un simple caso más.

Tanto Andrés como Abel tenían gesto compungido cuando comenzaron a llegar los primeros invitados. Los recuerdos afloraron sin permiso y con una fuerza que dolía y los apresaba a ambos dos a aquella época de júbilo, bromas y terror.

Fidel llegó primero. Los hermanos lo reconocieron con facilidad porque su cara y su figura oronda se mantenían inalterables a pesar del tiempo. Era como si solo hubiese crecido en estatura al hacerse adulto. Sus mullidos mofletes brillaban sudorosos bajo el sol que entraba por la puerta principal y potenciaba las rojeces que se formaban en su piel.

—¡Ahí está Fideo Fidel! —se lanzó a recibirlo con los brazos abiertos.

—Puto Abel —gruñó con una risa—. Ni me acordaba de lo de Fideo. Joder, qué de tiempo y qué cabrones erais.

Fidel rodeó con los brazos a su escuálido amigo, que desapareció tras su cuerpo.

—Pero si estás igual de fideo —comentó Andrés, y los tres rieron al unísono—. Ahora en serio, nos alegramos de verte, tío. Pero pasa, pasa, que fuera hace un calor brutal.

Antes de cerrar la puerta, otro coche aparcó frente a la casa. Una pareja de lo más exuberante se apeó de un BMW derrochando glamour, ostentación y un toque hortera, indivisible en esa relación de adjetivos lujosos.

—No me lo puedo creer, ¿estos dos siguen juntos? —dijo Fidel con asombro—. ¿Y a qué viene ese rollo a lo Kardashian?

—Así es —asintió Andrés—. Contra todo pronóstico, la parejita de adolescentes que se pasaba todo el verano follando tras cada arbusto continúa junta. Y al parecer no les va nada mal las cosas —señaló el coche con los brazos abiertos—. O sí, nunca se sabe lo que se esconde debajo de esa fachada aparentemente perfecta. Seguro que llevan más cuernos que un saco de caracoles —dijo con una radiante sonrisa sin apartar la mirada de la pareja.

—Bueno, Eugenia siempre ha sido un poco princesita y de alta cuna. Acordaos que odiaba el campamento—añadió Abel.

—Sí, sí —convino Fidel—, lo pasaba fatal cuando se ensuciaba, aunque no le importaba cuando se estaba enrollando con Pablito en pleno bosque.

—Cierto, Fideo —dijo Abel.

—Tío, vale que seáis *youtubers* famosos y os penséis que tenéis veinte años, pero tenemos treinta. Como me vuelvas a llamar Fideo, me voy —advirtió con seriedad.

—Perdona, en serio —dijo Abel, y pasó un lánguido brazo sobre sus hombros en señal de confraternización—. Ha sido la emoción de

volver a vernos.

Andrés ya recibía a los nuevos con excesivo entusiasmo.

—¡Pareja! Qué alegría volver a veros, aunque sea en estas circunstancias.

—Déjate de gilipolleces, Montoya —espetó Eugenia—. No estamos aquí para una reunión familiar, joder.

Entró airosa sin apenas hacer contacto visual con nadie más. Se detuvo un paso y dijo por encima del hombro:

—Hola a todos.

Tras ella, Pablo la seguía con el ceño fruncido.

—¿Podemos empezar o falta alguien? —su voz sonó brusca y reverberó en el enorme recibidor de la casa.

—Hola a vosotros también —dijo Fidel con una mueca—. Madre mía, no habéis cambiado nada —observó con una ironía que no pasó desapercibida para los gemelos, aunque sí para la pareja, y se adentró en el salón.

Para su sorpresa, Helena ya esperaba sentada en el gran *chaise lounge* que presidía la sala. Su cara era un poema, y aunque intentó reflejar algo de alegría al ver a Fidel, la preocupación adelantaba por la derecha en una carrera de emociones que tenía perdida.

La muchacha se levantó de su asiento nada más verlo aparecer y se lanzó a sus brazos, perdiéndose en el rollizo regazo de Fidel. Helena era menuda, siempre había sido la más pequeña del grupo, y continuaba siéndolo a pesar de haber ganado masa corporal en unas perfectas curvas que moldeaban sus pechos y sus caderas.

—Vaya con la pequeña Helena —dijo Fidel con unas palabras que no escondían ningún cariz sexual—. Estás guapísima.

—Fidel, qué ilusión volver a verte, grandullón —respondió Helena, sonriente, mientras le acariciaba las mejillas—. ¿Cómo estás?

—Pues ya ves, sigo igual que de pequeño —ironizó agarrando parte de su panza con ambas manos—. Bueno, algo más grande, para ser justos.

—Siempre quise llamarte para saber de ti, ¿sabes? —Helena bajó la mirada escondiendo la vergüenza que sentía tras esas palabras. Aun siendo cierto, jamás lo hizo conscientemente. Llamarlo conllevaba remover un pozo lleno de mierda hasta los topes.

—Tranquila, lo entiendo. Nadie lo hizo nunca —dijo con una sonrisa resignada y que comprendía el motivo del silencio de los demás—. Aunque me habría encantado saber de ti, no te lo voy a negar. Digamos que he llevado una vida bastante solitaria desde que… ya sabes.

El resto fue entrando al salón y tomando asiento alrededor de una mesilla de cristal en la que los gemelos Montoya habían colocado varios vasos y botellas de licor.

—¡Qué sorpresa, Helena! —esbozó Pablo con una inusitada alegría que no había mostrado hasta el momento. Una sola mirada de Eugenia la fulminó como un rayo y le devolvió a su austera versión inicial.

—Eugenia, Pablo —dijo en tono protocolario—. ¿Seguís juntos? Eso sí que es una sorpresa.

—Vaya, si la pequeña Helena se ha hecho mayor y hasta le han crecido las tetitas —disparó Eugenia aferrándose a su pareja, marcando de forma patética el territorio.

Andrés se quedó fuera. Seguía hablando con alguien, porque escuchaban su voz estridente desde el interior de la casa.

—Solo falta Alex. ¿Se sabe algo? —le susurró Fidel a Helena. Negó con la cabeza.

—Fidelito, ya no falta nadie —advirtió Abel— . Mi hermano está con él fuera, bueno, con... Es que vais a flipar muchísimo.

Abel no podía esconder su asombro y entusiasmo ante la inminente noticia. Se atusó el pelo engominado hacia atrás y lo recogió en una mini coletilla.

—¿Listos, Andrés?

El otro gemelo asintió con efusividad desde el recibidor.

—Ahora sí, banda de la Pena. Con todos vosotros, nuestra última integrante: ¡Alexandra! —presentó Andrés bajo el arco de madera que daba entrada al salón.

Las caras de estupor y confusión no se hicieron esperar. Una chica esbelta y de mediana estatura se presentó con la cabeza agachada. Se la notaba tímida, casi incómoda delante de todo el grupo. Sus ojos buscaron hacer contacto con los de Helena, que apenas podía apartar la vista de ella.

—¿Qué coño? —dejó escapar Pablo.

—Esos ojos verdes son inconfundibles —Helena sonrió. Por primera vez desde que recibió la llamada de los hermanos Montoya, se sintió bien, como en casa.

—Hola a todos. Me alegro mucho de volver a veros —saludó Alexandra, ruborizada. A pesar de haber salido del armario como mujer trans hacía ya más de cinco años, para ella fue como volver a hacerlo ante las personas que formaron parte de su pasado, un pasado tan importante como nefasto.

—Estás guapísima, en serio. Qué pasada —Helena corrió a abrazarla entusiasmada. Al chocar con ella, y debido a su menuda estatura, hundió su mejilla derecha en los voluminosos pechos de Alexandra, cosa que le hizo sonrojarse —. Joder, si estoy hasta celosa de los melones que te has puesto.

—No seas idiota —dijo Alexandra, riéndose—. En este grupo solo ha habido una chica guapa, y esa eres tú —recalcó el pronombre. Aunque la cantidad ingente de hormonas femeninas que había tomado transformaron por completo su voz, un deje rasgado al final

de cada entonación daba constancia del arduo y duro camino que había tenido que recorrer.

Eugenia puso los ojos en blanco y volvió a llamar la atención de su chico, que no le quitaba ojo a la recién llegada.

—Tampoco es para tanto, es todo silicona —sentenció Eugenia repasando sus labios con carmín rojo frente a un espejo.

Alex esbozó una sonrisa irónica.

—Yo también me alegro de verte, Eugenia.

—Bueno, ya nos pondremos al día más tarde —terció Abel—. Sobre todo tú, Alex. ¿Podemos seguir llamándote así? Sigue siendo diminutivo de Alexandra, ¿no? —dijo frente al colosal televisor en el que el sonido blanco llenaba las ochenta y cinco pulgadas de superficie. Alexandra asintió sin dejar de mirar a Helena—. Perfecto. Vamos a lo que vamos. —Se infló los pulmones y soltó todo el aire seguido de un nombre—: Ruth.

—Espero que tengas motivos suficientes como para hacernos venir aquí para esto, Montoya —bufó Pablo—. Coño, Ruth ha muerto, ¿y? —Se encogió de hombros sin apartar la mirada del gemelo—. Todos podemos diñarla en cualquier momento, pero no es motivo para reunir a esta pandilla de mierda.

—¿Estás seguro? ¿Incluso si os enseño esto? —Abel deslizó un dedo por la pantalla de su móvil. Una imagen llenó todo el televisor.

El asombro se convirtió en horror y luego en la incomprensión más absoluta. En la fotografía se mostraba de forma explícita el cuerpo de Ruth colgado de las ramas de unos árboles, prácticamente desnuda y desfigurada.

—Me cago en la puta, Montoya. ¿Cómo coño habéis conseguido eso? —aulló Eugenia bastante alterada.

—Tenemos el canal de YouTube sobre crímenes más famosos a nivel nacional —dijo ofendido por una pregunta que resultaba obvia—. Os sorprendería la de peña que nos sigue. Peña que está metida en

medios de información muy tochos, incluso en la propia policía. Así que el cómo las hemos conseguido es lo de menos aquí —argumentó Andrés mientras señalaba la pantalla. Aunque los hermanos eran presumiblemente idénticos, él se había rapado la cabeza por completo para así tener una identidad propia de cara al *fandom*.

—Pobre Ruth. ¿Quién ha podido hacerle esa salvajada? —Helena sujetó con fuerza la mano de Alexandra.

—¿En serio no lo veis? —se impacientó Abel como si fuera un profesor cansado de su trabajo explicándole por décima vez algo a un alumno cansado.

—Espera, espera… —Fidel se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos, focalizando en el detalle que escapaba a la vista de todos—. Tiene algo escrito en su pecho —murmuró. De pronto, se retrepó en el sofá, pero sus ojos, ahora abiertos casi de forma antinatural, no se apartaban de la imagen—. ¡No, no, no! ¡Ni hablar!

—¿Qué? —dijo Pablo buscando la respuesta fácil

Abel tocó de nuevo el teléfono y una instantánea sustituyó a la anterior en el televisor. Un primer plano del pecho de Ruth mostraba el mensaje grabado en su piel:

MAL SCOUT.

Eugenia dejó escapar un grito ahogado mientras se enterraba entre los brazos de Pablo. Fidel se levantó de su asiento como un resorte, convertido en una mole de nervios que no dejaba de sudar con profusión.

—Y una polla. No, no, no, ni hablar. Esto no puede estar pasando. Yo me voy de aquí.

—Espera, Fidel, por favor. Tenemos que hablar de esto, aunque nos duela.

Alexandra lo detuvo a medio camino de la puerta.

—¿Doler? —gruñó con un amago de risa sin que hubiera nada que le resultara divertido. Era más bien su forma incrédula de encajar la realidad—. Joder, Alex. Esto no duele, esto es el motivo del dolor. Parece que todos habéis pasado página y olvidado todo de forma muy exitosa. Yo sigo en aquella puta página, estancado en aquel día sin posibilidad de avanzar. Así que, sí, duele, joder. ¿Y ahora esto? —dijo señalando con rabia la fotografía—. ¿Qué coño es esto? ¿Ha vuelto?

La intensidad de los sollozos de Fidel hicieron imposible que continuara hablando. Le faltaba el aire, tenía el rostro enrojecido y empapado de lágrimas y de sudor.

—A ver, a ver, calmémonos, por favor —intervino Abel—. Fidel, siéntate, va. Vamos a contaros todo lo que sabemos y nuestro plan. A partir de ahí, vemos opciones, ¿vale? —sugirió Abel. Miró a su réplica rapada—. Andrés, por favor, continúa tú.

El gemelo asintió con la cabeza e hizo un barrido visual a sus amigos.

—Genial, Abel. Hasta dónde sabemos nosotros, Ruth y su pareja habían decidido reabrir el campamento Lago de la Pena este verano. ¿Alguien de aquí sabía algo? —inquirió con la mirada, aguardando la inevitable confesión en cascada de alguno de sus amigos. O de todos, como si fuera una elaborada trama conspirativa.

—Yo hablé con ella el año pasado —intervino Helena—. Me llamó después de casi quince años para pedirme consejo acerca de un proyecto con su chico y me comentó algo del campamento. Cuando me lo sugirió, le dije que no rotundamente y le colgué. Ojalá no lo hubiera hecho.

Al igual que Fidel, se derrumbó.

—Pues obviamente continuó para adelante con ese proyecto —dijo Andrés con frialdad—. Hasta ahora, a la vista está. A nosotros nos llamaron para que fuéramos antes de la reapertura para grabar un especial sobre…, bueno, ya sabéis. Así llamarían la atención de

clientes potenciales. Y no nos miréis asi, joder. —Se encogió de hombros—. Alguien iba a hacerlo, así que, ¿quiénes mejores que nosotros?

—¿En serio no tenéis principios, putos psicópatas? —espetó Fidel—. ¡Nosotros lo matamos! —bramó totalmente fuera de sus casillas. El sudor formaba grandes goterones que surcaban su cara rolliza y bajaban por el cuello de su camiseta gris.

—¡No digas eso! —advirtió Eugenia con el rostro desencajado—. Fue un accidente, ¿vale? Un accidente —recalcó cada sílaba de la última palabra por si surgía algún tipo de efecto.

—¿En serio os sirve? —dijo Fidel con un mohín de asco—. ¿Os sentís mejor autoconvenciéndoos de que fue un accidente? Porque yo sé lo que somos, lo que hicimos, y cariño, lamento decirte que no, no fue un accidente —esta vez fue su turno de repasar cada sílaba con un vozarrón cavernoso.

—Vale, chicos. Tranquilidad, por favor —intercedió Abel—. Lo hecho, hecho está. Vamos a encarar el futuro, pero para eso tenemos que enfrentarnos al pasado.

—A ver, Montoya, ¿estás diciendo que él ha vuelto? —cuestionó Pablo—. Porque, viendo esa foto, diría que sí, aunque sea imposible.

—Creo que estamos todos de acuerdo con algo, y es que él está muerto y bien muerto —dijo Andrés con un tono más bajo, dirigiéndose al grupo con toda la calma posible—. Así que, quienquiera que ha hecho esto, sabe lo que pasó, y obviamente nos ha mandado un mensaje.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —dijo Helena.

—A eso vamos —continuó Andrés—. Hemos hablado con Mario, el novio y socio de Ruth. A pesar de estar destrozado por la pérdida, sigue con los planes que tenían en común sobre la reapertura del campamento. Nosotros dos seguimos invitados este fin de semana para grabar nuestro programa, así que os proponemos que vengáis. Mario nos ha dado el visto bueno.

—Tenemos que ir a solucionar esto, chicos —apoyó Abel.

—A solucionar ¿qué, exactamente? —Fidel no daba crédito a todo lo que estaba escuchando. Caminaba de un lado a otro de la sala pensando cómo tenía unos amigos tan cínicos, si es que podía considerar amistad el trato inexistente que mantuvo con ellos a lo largo de quince años.

—Alguien ha enviado un mensaje explícito hacia nosotros y no podemos ignorarlo —dijo Andrés.

—No estáis bien, en serio que no lo estáis —dijo Fidel—. Primero, ni de coña voy a volver allí, y menos después de lo que le han hecho a Ruth. Segundo, no le voy a poner en bandeja a ese asesino mi puto culo así de fácil.

—Fidel, cariño, cálmate, por favor —dijo Helena mientras se acercaba a él, siguiendo sus pasos frenéticos—. Todos estamos nerviosos y asustados, pero tenemos que barajar las posibilidades. Si alguien sabe lo que hicimos… —no era necesario recordar las consecuencias legales que repasaron años atrás—. Vamos, todo va a salir bien.

—Sí, claro, eso díselo a Ruth —bufó Fidel—. Coño, que le han borrado la cara, literalmente. Tenemos que acabar con esto, tíos. En serio, vayamos a la policía y confesemos. Yo no puedo más.

El grupo se alzó a la vez como en una misa a la voz del reverendo, pero aquí el revuelo fue desmesurado y violento.

—Y una polla, Fideo —dijo Pablo—. Aquí nadie va a la policía, ¿me oyes, bola de sebo?

—Lo perderíamos todo —sollozó Eugenia llevándose las manos a la cabeza.

—Lo siento, Fidel, no puedo ir a la cárcel ahora —dijo Alexandra—. Mírame: acabarían conmigo en cero coma. Estoy segura de que no me pondrían ni en la cárcel de mujeres.

—Calma, joder —ordenó Abel—. Nadie va a ir a la policía, ¿me escucháis? Y mucho menos a la cárcel. Vamos a encontrar a quien está detrás de esto. Somos los reyes del crimen, coño, no nos van a joder. —Miró a Andrés con una mirada que, aunque sabía fingir muy bien, no le funcionaba con su compañero de óvulo. Unos ojos que buscaban una respuesta optimista que él mismo no era capaz de creerse—. ¿A que no, hermanito?

—Por supuesto que no —aseveró Andrés—. Ha pasado mucho tiempo. Todos tenemos nuestras vidas y hemos logrado mucho para que un fantasma venga a darnos por el culo. Nadie jode a los The Crime Twins.

—Yo no puedo, lo siento —dijo Fidel—. Me niego a revivir aquel infierno. No iré a la policía, tranquilos. Pero no me podéis obligar a ir allí.

Se encaminó hacia la puerta entre resuellos. Aunque Helena se colocó en medio de su trayectoria, Fidel se deshizo de ella como de un trozo de tela adherido a su piel húmeda.

Helena hizo ademán de ir a buscarlo, pero los gemelos la detuvieron.

—Déjalo —dijo Abel—. Que descanse y recapacite la información. Mañana volveremos a llamarlo.

—¿Los demás? ¿Estáis dentro del plan? —dijo Andrés.

—¿No creéis que en parte Fidel tiene razón? —dijo Helena con la voz sesgada—. O sea, ¿el asesino llama nuestra atención y nosotros vamos a la primera de cambio para que acabe con nosotros? ¿Y si le estamos dando lo que quiere?

—Una cosa está clara —dijo Andrés, preparado para poner su voz convincente y resuelta, la que empleaba cuando tenía que narrar un episodio—: sea quien sea, ha empezado esto por algún motivo. Podemos ir allí juntos y poner fin como ya hicimos hace quince años o quedarnos aquí esperando a que venga a por nosotros uno por uno. Yo, nosotros —señaló a Abel con un pulgar—, elegimos luchar.

Se acercó al centro del salón, regocijándose porque había captado la atención de los demás. Estudió cada gesto con la mirada, buscando el asentimiento silencioso que estaba convencido que había logrado.

—El puto campamento Lago de la Pena no va a acabar con nosotros —extendió el brazo con la mano abierta bocabajo.

Uno por uno se acercó hasta formar un círculo y colocó su mano derecha encima de la de Montoya. Sus rostros reflejaban un terror conocido, pues una puerta que creían cerrada para siempre se había abierto de forma repentina. Y en su umbral asomó parte de la pesadilla que los atormentaba desde hacía quince años.

—La banda de la Pena vuelve a reunirse —gritó con energía Andrés.

—Cállate, gilipollas —sentenció Eugenia.

Aunque era una situación seria y habrían preferido no tener que reunirse de nuevo, los miembros del grupo no podían negar que el carácter ácido de Eugenia era divertido. Durante unos segundos.

—Está bien, chicos —rompió el clima motivacional de su hermano—. Preparad la mochila, que este viernes nos vamos de acampada.

4

CAMPAMENTO LAGO DE LA PENA

VERANO 2000

FIDEO FIDEL

Fidel no aguantaba los turnos de comida tan estrictos y espaciados a los que le obligaba a adaptarse el jefe *scout*, el señor Durán Formoso, o Scout Penoso, como allí le llamaban a escondidas.

Todos le temían hasta límites insospechados no solo por su horrible carácter autoritario, sino también por los desproporcionados castigos que imponía si no se cumplían sus normas. El campamento, bajo la falsa fachada de lugar de vacaciones para jóvenes *boy scouts*, era un oscuro refugio de verano hecho y construido a imagen y semejanza de su dueño, el señor Durán Formoso, el Scout por antonomasia.

Era un militar retirado y frustrado, quizás hasta con síndrome de estrés postraumático, que había encontrado su vocación en aquello que era más parecido al ejército. No le importaba que fuese algo más típico de la parte más profunda de Estados Unidos, pues quería crear el campamento para *boy scouts* más grande de España.

A pesar de haber tenido algún conflicto con padres derivado de su extremo régimen para controlar a los campistas, el campamento creció con el tiempo y se volvió más notorio. Sobre todo, para aquellos progenitores que enviaban a su prole con intenciones educativas más profundas que las de disfrutar de un verano en el

campo. Sabían que el señor Durán Formoso y sus técnicas eran duras, pero también exitosas.

El miedo que tenían los chavales era harina de otro costal. Pero ¿quién iba a hacer caso a unos adolescentes con las hormonas revolucionadas frente a un adulto tan digno y formado como él? Aunque, a decir verdad, ir disfrazado todo el día del típico *boy scout* no ayudaba mucho a guardarle respeto.

Fidel era introvertido, de los más callados de su año. Su aspecto regordete le había influido para crear una coraza de protección hacia el mundo. Prefería permanecer siempre en un segundo plano. Aun así, no estaba solo, pues pertenecía a una pequeña banda que lo había aceptado desde el primer momento, la banda de la Pena.

Pero lo de la comida no lo llevaba bien. Su aspecto antiatlético se convirtió en la fijación del jefe *scout*. Él solo quería niños en forma y afines a sus estándares físicos. La incipiente obesidad de Fidel era un problema a tratar, a erradicar. Así que el Scout cortó de raíz el abastecimiento de alimentos para el chaval. De los tres turnos de comida al día, Fidel solo obtenía la mitad que todos los demás, sin contar que el menú se basaba en cero grasas y azúcares.

La primera vez que el jefe *scout* lo pilló saltándose la dieta le prohibió comer nada en el siguiente turno. Esa noche apenas pudo dormir y lloró desconsolado en su cama al son del musical que producían sus tripas vacías adheridas al estómago.

Ese fue el primer castigo por desobedecer.

—Si se vuelve a saltar la dieta, le aseguro que haré que odie la comida —le dijo—. Palabra de *scout*. Un buen *scout* está en forma para enfrentarse al mundo hostil que le rodea. Con esa panza, siempre será un mal *scout*. ¿Me entiende?

Su atronadora voz hizo peligrar los inestables cimientos emocionales de Fidel. Temblaba como un animal herido ante su cazador. Podía sentir la flácida piel de sus brazos moverse frenéticamente. El

inoportuno recuerdo de la mítica escena del agua vibrando en el vaso de *Parque jurásico* asaltó su mente al borde del colapso.

—Vale —musitó el chaval con el rostro compungido y bañado en una mezcla salina de sudor y lágrimas.

—¿Cómo? —espetó subiendo aún más el volumen. Parecía que en cualquier momento le iba a propinar un bofetón en la cara. Bajo el ala exterior del sombrero, y a pesar de ensombrecer parte de la cara, sus ojos oscuros brillaban con un halo de ira irrefrenable.

—Sí, señor —dijo reuniendo toda la firmeza que su voz temblorosa le permitía—. Seré un buen *scout*, palabra de *scout*.

Pero Fidel se comió esa palabra. Tres días necesitó para volver a caer en la tentación que le torturaba. Por la noche se escabulló entre los barracones como un pequeño ninja en busca de su objetivo, oculto entre las sombras de los pinos que rodeaban el campamento, como si las alargadas garras del *scout* quisieran atraparlo antes de tiempo.

El pabellón del comedor se hallaba al final del segundo lineal de dormitorios. Era la construcción más grande y, para Fidel, la más importante. La cocina le esperaba.

Abrió una de las neveras, y su haz cegador de luz blanca lo amparó entre sus brazos. Varias bandejas de comida preparada se acumulaban en los estantes. El maravilloso conjunto de aromas se unía y envolvía al crío como un hechizo cautivador de efecto inmediato. Fidel comenzó a salivar.

Minutos más tarde la gula se apoderó de él. Yacía sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el metal frío del frigorífico, rodeado de restos de comida. Sabía las consecuencias de aquello, pero la felicidad que sentía en ese instante con el estómago lleno no le dejaba pensar con claridad.

—¿Ya ha acabado, señor Fidel? —la voz llegó antes de que el omnipresente Durán Formoso surgiera en la oscuridad. Había estado

allí todo el tiempo, esperando, observando y maquinando el inminente castigo.

Fidel se sobresaltó e intentó incorporarse de un salto, pero no lo logró. Ni siquiera pudo separar el trasero del suelo. Empezó a tartamudear mientras buscaba una excusa, una disculpa o ambas.

—Eh…, yo…, Yo… Lo siento, señor. Yo… No podía más. Estaba…, estaba hambriento —sollozó el chico, limpiándose la boca llena de salsa y grasa, con las mangas del pijama.

—Póngase de pie ahora mismo. Le espero en la despensa en cinco minutos. Ni uno más. Va a ser una noche larga, se lo aseguro.

En el interior del pequeño habitáculo había una cámara refrigeradora en la que se guardaba la carne con la que las granjas cercanas abastecían el campamento. Justo ese día habían recibido un par de cerdos que colgaban de sus respectivos ganchos. El cocinero prefería despiezar sus propias carnes a la hora de preparar los menús, pero en aquella ocasión esa suerte iba a correr a manos de un nuevo e improvisado pinche.

—¿Tiene más hambre, *scout* Fidel? —el jefe *scout* suavizó el tono, aunque sonó igual de intimidante —. Coja ese cuchillo de ahí.

—Pero ¿qué me va a hacer?

—No, no se equivoque. Usted lo va a hacer. Va a ganar la insignia de cocina antes de tiempo. Ahora coja el cuchillo y corte el cerdo.

El muchacho hizo lo propio con un creciente pavor dominando su ser. Se aproximó al cadáver del animal que colgaba bocabajo a un lado de la cámara y deslizó con suavidad la hoja sobre su piel rosácea y curtida. Confirmó lo afiladísima que estaba, ya que a pesar de no aplicar apenas fuerza una brecha limpia y profunda se abrió entre las dos patas delanteras del animal. Un hilo de sangre oscura y densa afloró lentamente de la hendidura y formó un camino granatoso hasta la papada del gorrino, donde comenzaron a crearse pequeños embalses brillantes en cada pliegue de piel.

—No me ha entendido bien. Abra a ese animal en canal de arriba abajo y extraiga todos sus órganos. Los quiero todos encima de la mesa de la cocina en una hora. Va a ser su próxima comida, señor Fidel. —Se dio la vuelta, pero se detuvo antes de salir. Giró de nuevo sobre sus talones y le miró de frente, lo que confirmaba que vigilaría todo el proceso—. Ah, y haga el favor de poner un cubo debajo, no queremos dejarle todo esto sucio al cocinero.

Sus palabras taladraban su cerebro amedrentado, que no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Por favor. No volveré a hacerlo, se lo juro. Pa-palabra de *scout* —sollozó Fidel.

—Ha demostrado que no tiene palabra. Si quiere volver a ganarse mi confianza, ya sabe lo que tiene que hacer. —Miró el reloj de su muñeca—. Le quedan cincuenta y siete minutos, *scout*.

Fidel lloró. Balbuceaba como un niño pequeño al que apenas le surgían las palabras de angustia mientras colocaba el cuchillo en el vientre del cerdo. Clavó la punta ejerciendo un mínimo de presión. El resto de la hoja penetró con una facilidad que le sorprendió. Su mano desnuda rozó la nueva herida realizada, cubriéndose rápidamente por la sangre que se derramaba.

Una arcada asomó de forma fulminante.

—No puedo… —suplicó agarrando el mango del cuchillo con ambas manos.

—¡Corte! —bramó Durán.

La carne se abrió a su paso, como si de un traje de cremallera se tratara, hasta que la hoja metálica hizo tope con algún hueso de la caja torácica. Inmediatamente, y ayudados por la fuerza de la gravedad, un saco de vísceras interminable cayó en cascada sobre un Fidel cada vez más superado por la situación.

Con los intestinos del animal enredados alrededor de su cuello, al chico se le escapó un grito de angustia, silenciado cuando empezó a

escupir la gran cantidad de sangre que se había colado en su boca.

Una nueva y más contundente arcada le sobrevino.

—Continúe y deje de jugar con la comida.

—No puedo más… Voy a vomitar.

—Ni se le ocurra, *scout*. Con lo que le gusta comer, no va a desperdiciar nada. Lo que salga de su cuerpo volverá a entrar, se lo aseguro.

Ese último alegato del jefe fue suficiente para que Fidel abriera las compuertas que llevaba rato manteniendo cerradas a cal y canto. La última arcada vino acompañada por un chorro ingente de fluidos y comida regurgitada.

Con cada embestida, Fidel creía que estaría adelgazando al menos dos kilos. Vio que todo lo que había ingerido hacía unos instantes surgía con una virulencia inaudita e impactaba contra el cuerpo abierto del animal. De reojo comprobaba la vigilancia impasible del jefe *scout*. Su rostro expresaba un aire victorioso y enfermizo, deleitándose con el castigo que le había impuesto.

Un deseo ferviente y oscuro atravesó la mente torturada de Fidel. Se imaginó saltando sobre él e incrustándole la ensangrentada hoja afilada justo por debajo de su angulosa barbilla. Lo deseó con fuerza, tanto que no le importó estar cubierto de sangre, vísceras y vómito. Su mente frágil y distorsionada fantaseaba con aquella imagen dantesca.

—Está bien, *scout* —dijo Durán—. Dígame, ¿tiene más hambre?

Fidel apareció en la cabaña casi al amanecer, caminando aturdido como un muerto viviente famélico. Helena y Ruth fueron las primeras en verlo llegar. Hicieron un primer amago de acercarse para ver cómo estaba, pero el fuerte hedor que despedía el chico se lo impidió.

—¡Fidel! —dijo Ruth con un grito susurrado—. ¿Qué te ha…?

No dijo nada. Se limitó a señalar con sus manos sucias y mullidas un mensaje escrito en la camiseta del pijama que se superponía sobre las múltiples manchas y costras resecas:

MAL SCOUT.

5

Fidel abrió los ojos con pesadez. De nuevo se había quedado traspuesto en el sofá viendo la televisión.

La oscuridad de la noche dominaba su entorno, tan solo iluminado por los incesantes destellos de las imágenes en la pantalla. Echó un vistazo rápido a su alrededor. El reloj digital en el reproductor de dvd junto a la tele marcaba las dos y trece. En el exterior, a través del ventanal que daba a la terraza, vio las formas alargadas del mobiliario recortadas en la penumbra.

Se estiró alargando sus brazos recios mientras bostezaba con la contundencia de un oso pardo. El anuncio publicitario de una famosa cadena de pizzerías le abrió el apetito. Recordó que aún guardaba en la nevera las sobras de las que había comprado el sábado anterior. Sonrió triunfante y fue a por su premio.

Fidel vivía solo en la pequeña casa adosada que le habían dejado sus padres tras fallecer. Era un barrio humilde inmerso en un complejo plan de reconstrucción en el que apenas vivía una decena de personas. Pero por el momento él no contemplaba la opción de abandonar su hogar, al menos hasta que sus limitaciones económicas no se lo permitieran.

Caminó descalzo por el pasillo estrecho sumido en la más absoluta oscuridad. La escasa claridad que emitían los aparatos eléctricos en la cocina en el otro extremo señalizaban su destino.

Cuando accionó el interruptor de la luz, un grito terrorífico vibró a sus espaldas. Se sobresaltó y giró la cabeza. Para su alivio, la voz

desgarradora procedía del televisor, seguramente de alguna actriz mala de película de terror todavía peor.

Al girarse de nuevo hacia el interior de la cocina, ajustó los ojos a la cegadora luz blanca de los fluorescentes que parpadeaban en el techo. El hambre seguía acechando y su mirada buscó el único punto de interés en ese momento. Aunque sí encontró lo que buscaba, se dio de bruces con algo que no esperaba, al menos en algo de lo que no se percató en la primera exploración al interior de la nevera. Y es que en la puerta, sobre la superficie blanca de metal, tenía un mensaje escrito con letras rojas:

MAL SCOUT.

Una oleada de recuerdos, recuerdos terribles, le asolaron con indiscriminada crueldad.

—No, no, no, no. Ni de puta coña, joder —gimoteó mientras retrocedía hacia el pasillo.

No esperó un segundo aviso: corrió todo lo rápido que su constitución física le permitía, respirando fatigado por un miedo atroz que le oprimía el pecho.

Ya en la sala de estar, un espectacular Jason Vorhees llenaba la pantalla de forma gloriosa colocándose la mítica máscara de *hockey* en la tercera parte de la saga *Viernes 13*. Su banda sonora, con el ya famoso jadeo que precedía al personaje, se convirtió por casualidad retorcida en la de Fidel. Como siempre, su mente le llevó a pensar en cosas totalmente desubicadas: «Coño, ya podría estar viendo la teletienda».

Pero una nueva imagen, esta vez más perturbadora, lo dejó paralizado frente al ventanal de la terraza. Alguien le observaba al otro lado de la puerta acristalada. No alcanzaba a distinguir detalles de su rostro, guarecido en la luz escasa del exterior. Pero la particular silueta de su indumentaria hablaba por sí sola. Sobre todo, la forma del sombrero que portaba.

Fidel gritó lo más fuerte que pudo, desconsiderando la falta de respiración que acusaba. Apoyó su espalda mullida contra la pared, sollozando y negándose en rotundo a dar crédito a lo que estaba viendo.

—¡Esto es una puta pesadilla! ¡Despierta, Fidel! —se martirizaba el muchacho fuera de sus casillas. Pensó en *Pesadilla en Elm Street*, cuando Nancy Thompson elabora un astuto plan para despertarse a tiempo y traer a Freddy Krueger al mundo real, donde era vulnerable. Pero ni siquiera Fidel estaba convencido de que traer a un muerto viviente fuera a otorgarle una mínima ventaja.

El extraño estaba ataviado con el uniforme de *scout*. No, no de uno cualquiera, sino del Scout. Un punto rojo a la altura de su hombro parpadeaba, como un ojo infernal. Su rostro se ocultaba bajo un pasamontañas negro que Fidel vio a la perfección cuando lo acercó al cristal. Sobre el irregular borrón blanquecino de vaho imprimió con los dedos las palabras «MAL SCOUT».

—¡A la mierda! ¡Estás muerto, hijo de puta, te matamos! —gritó con una voz temblorosa, por momentos aguda, por momentos grave, pero en todo momento acuosa.

Giró sobre sus talones y corrió en dirección al recibidor cuando se topó con la misma figura que le acechaba en el exterior, que ahora se encontraba justo a un palmo de él. Un grito ahogado trató de abrirse paso por su garganta colapsada a la vez que la enorme hoja de un cuchillo se hundía en su pecho. A esa distancia, comprobó que el ojo rojo correspondía a una pequeña caja apoyada en el hombro. Una cámara.

El Scout tuvo que hacer más fuerza de la que esperaba, más incluso de lo que había pensado Fidel que la bestia parda del zombi de Durán Formoso habría necesitado. Fidel estaba curtido, y la gruesa capa de piel, grasa y carne construida durante años le sirvió como mínimo para oponer algo de resistencia a su atacante.

Pero la hoja logró aun así penetrar hasta el fondo, su puño era lo único que sobresalía del pecho. El Scout comenzó a cortar hacia

abajo.

Fidel escupió una enorme bocanada de sangre viscosa que se derramó sobre el brazo en movimiento de su asesino, que parecía tener problemas para hacer frente a su cometido. El cuerpo de Fidel se estaba convirtiendo en todo un obstáculo que no se lo estaba poniendo fácil.

—¡Este *scout* gordo no te lo va a poner fácil, maldito hijo de puta! —balbuceó a duras penas, atragantándose con su propia sangre entre los primeros estertores de un inevitable final.

Entonces dos nuevas manos enguantadas en piel negra se posaron sobre las primeras en el pomo del cuchillo. Un segundo Scout se unió a su homólogo frente a los moribundos pero sorprendidos ojos de Fidel. Entre los dos hicieron fuerza y consiguieron que la afilada hoja de acero cediera y cortara hasta llegar al ombligo.

—¡Hostias, Andrés! ¿En serio había que ser tan cruel y sádico?

Abel Montoya se separó del pesado cadáver de Fidel y se despojó del pasamontañas y el sombrero de un tirón. Su semblante reflejaba un espanto verdadero.

—Ya viste la salvajada que le han hecho a Ruth —dijo entre pequeños jadeos—. Si queremos que esto parezca del mismo asesino no podemos andarnos con tonterías. —Extrajo el cuchillo, no sin trastabillar, y dejó que el cuerpo sin vida cayera sobre su propio lecho sangriento. Señaló con la barbilla la pequeña cámara que llevaba en el hombro—. Acuérdate de cortar todo esto antes de moverlo por grupos de Telegram.

—Sí, no te preocupes —respondió Abel, pero su atención seguía concentrada en el cadáver.

—No te dará asco a estas alturas, ¿no? Peores cosas hemos visto ya, hermanito.

—Joder, tú lo has dicho —dijo con repulsión, sus ojos imantados al cadáver de su amigo. Quería apartar la mirada, pero la vergüenza y

el asco se entrelazaban en una fijación enfermiza—. Visto, no que nosotros hayamos hecho. Porque ahora querrás que lo abramos en canal como le hizo él al cerdo —no era una pregunta, sino una confirmación del plan de su hermano.

—Todo tiene que estar conectado, Abel. Además, qué coño —señaló el cadáver con el cuchillo con un gesto dramático de traición victoriana—, que este cabrón quería ir a la policía, tío. ¿Sabes lo que eso habría significado? —le espetó apuntándole ahora a él con el arma. Algunas salpicaduras se estrellaron contra la cara de su hermano, que no dudó en limpiarlas con rapidez. Se recogió el cabello hacia atrás en la minúscula coletilla que tanto le gustaba y que se retorcía en su cogote como el rabo de un lechón.

—No creo que lo hubiera hecho. Pero sí, en ese caso sería el fin de todo lo que tenemos.

—Exacto. Todo lo que hemos conseguido, por lo que hemos trabajado, todo a la mierda por este trozo de mierda asustado por un recuerdo del pasado.

—Coño, que ese recuerdo se ha cargado a Ruth —se revolvió Abel.

—Por eso mismo vamos a ir allí y nos vamos a marcar el programa de nuestra vida, el que nos haga dar el salto a la fama mundial. Nos vamos a comer YouTube, hermanito, con la historia del puto Scout. Y si alguien más se pone en nuestro camino... —Andrés volvió la vista hacia el pobre Fidel.

—¿Y no tienes miedo de que...?

—¿De qué? ¿De él? —dijo con un gruñido desconsiderado—. Por supuesto que no. Ese maldito bastardo está muerto y enterrado, y el que ha hecho esto no es más que un loco imitador. Además, ya no somos aquellos chavales acojonados de hace mil años.

Abrió los brazos y señaló el fiambre en que se había convertido su amigo.

—Coño, Abel, mira lo que acabamos de hacer. Somos la puta hostia.

6

Helena fue la última en llegar al campamento.

El camino había cambiado mucho visualmente después de quince años y hasta el GPS se había llegado a perder en un par de ocasiones. Aun así, cuando la voz del aparato le avisó de que en la próxima salida llegaría a su punto de destino, el campamento Lago de la Pena, sintió que caía en un agujero sin fondo. El desasosiego de su juventud renació dentro de ella.

Comenzó a costarle respirar. Su pulso se volvió agitado hasta el punto de tener que detener el coche a un lado del escarpado camino de tierra.

Cerró los ojos y apoyó la frente en el volante. Cogió una gran bocanada de aire y exhaló.

—Estás haciendo lo correcto, Helena —susurró—. Hay que solucionar esto. Él ya no está...

De alguna forma tenía que reconfortarse y autoconvencerse de lo que estaba a punto de hacer.

Comprobó que habían mantenido el mismo cartel de bienvenida al campamento. Solo tenía algunos pequeños retoques de restauración, pero presentaba un aspecto desgastado y retro que le dotaba de una apariencia más tenebrosa si cabía:

Bienvenido al campamento Lago de la Pena.

Sus labios formaron una sonrisa nerviosa e involuntaria.

Justo debajo de la frase principal rezaba un subtítulo que resaltaba no solo por verse demasiado nuevo a comparación con los demás elementos. Para los que conocían el lugar, sabían que ahí no decía «Naturaleza, diversión, relax». Bajo la nueva capa de pintura aún se podía entrever los restos del anterior lema: «Serás un buen *scout*». Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo menudo.

El resto de la pandilla formaba un círculo justo delante de la cabaña de recepción cuando la vieron llegar. Helena hizo ademán de saludarlos con la cabeza mientras aparcaba el coche junto a los otros en una explanada habilitada a unos metros de la entrada.

—Ya pensábamos que no ibas a venir —gritó Andrés con emoción en su rostro.

—No dudes ni por un segundo que no lo he pensado —admitió Helena—. Esto es una mierda y lo sabéis.

La felicidad era traslúcida en el rostro de Alexandra. Fue la única que se acercó a recibirla con un fuerte abrazo, cosa que la hizo sonrojar.

—De veras que me alegro de que estés aquí —le susurró al oído mientras la sostenía entre sus brazos.

Helena sonrió. De alguna forma se sintió reconfortada, protegida. Alexandra le transmitía eso, siempre lo había hecho, incluso de niños cuando era un chico.

—¿Qué sabemos de Fidel? —abogó Pablo con tono jocoso.

—¡Cierto! —se separó de los brazos de Alexandra, pero le dedicó una sonrisa tierna—. ¿No está? —Helena se vio realmente afligida por la ausencia de su compañero —. La verdad que me quedé preocupada cuando lo vi el otro día en vuestra casa —dijo mirando a los gemelos.

—Nosotros teníamos claro que no vendría. Fidel siempre ha sido bastante flojo —replicó Abel, encogiéndose de hombros—. De hecho, intentamos llamarle esa misma noche para hablar con él y tranquilizarlo, pero no nos respondió la llamada.

—No digas eso —dijo Helena con el ceño fruncido—. El pobre sufrió mucho con todo esto y volver... aquí…—dibujó círculos con las manos, intentando abarcar lo que significaba ese campamento.

—¿Acaso no lo hicimos los demás? —intervino Eugenia en tono adusto—. Mira, cariño, sabemos que eres la defensora de las causas perdidas. Pero aquí sufrimos todos los que estamos, y todos estamos metidos en esto hasta el cuello —se acercó de forma peligrosa a Helena con un airoso movimiento de cabeza. Su media melena color fuego ardía acentuada por el radiante sol—. Así que no me vengas con discursos moralistas.

Alexandra se interpuso con rapidez en su camino.

—Vaya, vaya, con Alexito. Veo que aunque te hayas puesto tetas sigues coladísimo por ella, ¿eh?

Alexandra no cayó en los burdos insultos tránsfobos de Eugenia. Se cruzó de brazos y le instó con un simple gesto de barbilla que retrocediera de inmediato.

—¿Esto cómo se llama? —rebotó con la mirada y un dedo de una chica a otra, con una enorme sonrisa sarcástica—. ¿Chico hetero se hace mujer que le gustan las mujeres? ¿Eres trans y lesbiana? —Eugenia retrocedió sin descargar su metralleta de insultos—. Madre mía, la humanidad se va a la mierda.

—¿Cómo puedes ser tan hija de puta? —escupió Helena—. ¿No te mueres si te muerdes la lengua?

—¡Va, chicas! —intercedió Andrés, acercándose al trío femenino—. Por favor, haya paz. Tenemos mucho que hablar y solucionar como para matarnos entre nosotros. —Frunció el ceño en exceso y repasó a los demás con la mirada—. Lo que me lleva a una reflexión: nosotros estamos aquí, Fidel no. ¿Lo podemos considerar sospechoso?

Antes de que nadie llegara a responder, una voz desconocida surgió de la nada.

—¡Hola a todos! ¡Bienvenidos al nuevo campamento Lago de la Pena!

Mario apareció tras la puerta de la cabaña de recepción. Era de media estatura y buen cuerpo. A pesar de la sonrisa grande e impostada que lucía, su mirada decaída expresaba la enorme sombra que se alzaba sobre él. Aunque su aspecto daba la sensación de ser alguien totalmente rural y campechano, se le veía muy cuidado y arreglado. Vestía unos tejanos oscuros bastante apretados y una camisa de cuadros de manga corta metida por dentro. Llevaba desabrochados los dos primeros botones del pecho, dejando al descubierto una camiseta interior blanca ceñida por la que se asomaban varios mechones de pelo oscuro. Llevaba la barba perfectamente recortada y acicalada. En conjunto, era el arquetipo del leñador de la sección de hachas y motosierras de una multinacional nórdica.

—Estoy muy feliz de que hayáis venido. A Ruth le habría encantado veros, de verdad —su profunda voz radiofónica se quebró al mencionar a su pareja fallecida—. Disculpad, está siendo muy duro.

—Tranquilo, lo entendemos —dijo Helena acercándose para estrecharle la mano—. Soy Helena, por cierto. No sé si Ruth...

—¿Si me habló de vosotros? —sonrió con amargura—. Por supuesto, de todos. Reabrir este campamento se convirtió en su proyecto de vida. Lo que le haría sanar las heridas del pasado de una vez por todas.

Abel cambió el semblante de repente y se adelantó a todos los demás para posicionarse justo delante de Mario.

—¿Heridas?

—Así es. Todo lo que sufristeis aquí.

—¿Todo? ¿Absolutamente todo? —siguió incidiendo en ese punto. Necesitaba saber hasta qué punto conocía Mario lo que hicieron quince años atrás.

—Ruth me confesó todo por lo que pasastéis y cómo lo superasteis. Pero tranquilos, os entiendo perfectamente. Yo jamás traicionaría la memoria de mi Ruth. Pero pasad, por favor, ya tendremos tiempo de hablar largo y tendido de todo.

Acto seguido desapareció tras la puerta de madera.

Todos en el grupo se miraron a la vez. En sus ojos se podía discernir la misma reflexión tras conocer a Mario.

—¿Con este ya tenemos dos sospechosos? —susurró Pablo.

—No puede ser, se le ve tan buena persona —Alexandra quiso romper una flecha a favor del hombre.

—Joder, Alex, ¿no has visto pelis de miedo? —dijo Andrés—. El novio siempre es el asesino —pasó un brazo sobre los hombros desnudos de la chica.

—Sí veo pelis, pero eso no es cierto del todo —contradijo ella—. Eso lo puso de moda *Scream* en los noventa. Mucho antes de eso, el asesino era cualquiera, hasta una madre vengativa por la muerte de su hijo. Hablad con propiedad, *youtubers* de pacotilla —dijo, y les guiñó un ojo a los gemelos con gesto divertido, pero también satisfecho, disfrutando por haberles arruinado su intento de dejarla en evidencia.

Nadie dijo nada más. Uno tras otro accedieron al recinto tras los pasos del nuevo sospechoso.

—Podéis instalaros donde queráis —indicó Mario—. Es el último fin de semana antes de que se inaugure y les he dado estos días libres a los monitores y trabajadores del campamento, así que estamos totalmente solos en las instalaciones.

Mario depositó un juego de llaves sobre el mostrador del que colgaba el llavero de un sombrero de *scout*. Los gemelos Montoya se miraron a la vez de forma cómplice.

—Nosotros nos cogemos una —Pablo se lanzó el primero a por el montón de llaves.

—Ubicaos a vuestro gusto. Les comenté la posibilidad de que vinierais los de la pandilla de Ruth a los hermanos. —Sus labios se movieron mientras enumeraba de forma silenciosa a los integrantes del grupo—. Falta uno, ¿no? ¿Fidel, puede ser?

—Así es —asintió Alexandra—. Falta Fidel, pero tranquilo, que no va a venir. —Miró a Helena con una amplia sonrisa—. ¿Compartimos cabaña, como en los viejos tiempos?

—Coño, con Alexandrita —dijo Eugenia—. Se viene rollo bollo.

Hasta el propio Pablo puso los ojos en blanco tras el desafortunado comentario de su novia.

—Me la llevo, chicos. Vamos a instalarnos en nuestro nido de amor juvenil.

Le agarró la mano y abandonaron la cabaña. Pablo se acercó a Eugenia en modo confidente:

—En serio, Eugenia, ¿qué te pasa con Alex?

Eugenia no contestó. Se limitó a caminar de forma prepotente hacia el lineal de cabañas.

—Acordaos de que esta noche vamos a ir a... —empezó a decir Andrés en voz alta para que incluso la pareja los oyera, pero se calló de pronto y fulminó a Mario con la mirada—. Bueno, ya sabéis. Nos vemos en el embarcadero a las ocho.

Las voces de todos se empastaron a diferentes niveles con un sí coral mientras el grupo se separaba por parejas hacia sus respectivas cabañas.

—¡Gemelos, cualquier cosa que necesitéis o para grabar vuestro programa, aquí me tenéis! —gritó Mario con medio cuerpo asomado en el umbral. Los hermanos alzaron los brazos a dúo.

—¡Gracias, Mario! Pero no hace falta, conocemos de sobra este maldito sitio —respondió Abel de igual forma.

—¡La puta pandilla de la Pena ha vuelto! —vociferó Andrés a pleno pulmón.

7

CAMPAMENTO LAGO DE LA PENA

VERANO 2000

PABLO Y EUGENIA

Un campamento de verano y dos adolescentes con las hormonas revolucionadas que se conocen y se gustan con todo un verano por delante. ¿Qué podría pasar? Justo lo predecible, aunque no fuese una tarea sencilla y estuviese fuera de las normas establecidas por el jefe *scout*.

Eugenia parecía una princesita fuera de lugar cuando bajó por primera vez del autobús. El color cobrizo de su cabello ondulado contrastaba con la palidez de su tez. La expresión contraída en su fino rostro era de absoluta represión y enojo. Obviamente había sido enviada allí en contra de su voluntad. Pero antes de que conociera a Pablo y le diera un motivo de peso por el que estar en ese infierno, un joven delgado y de aspecto radiante se acercó a ella desde otro grupo de chavales que llevaba rato esperando en la entrada. Se movía con una soltura y gracia diferente, quizás algo amanerada, pero a Eugenia le bastó para destensar las facciones de su cara.

—¡Hola! ¡Me llamo Alex!

—Hola, soy Eugenia. —Frunció el ceño y le examinó de arriba abajo —. ¿Por qué estás tan feliz?

—¿Y por qué no? —dijo, riéndose con felicidad—. Es verano, vamos a conocer a mucha gente y a pasarlo bien.

—Si tú lo dices. ¿Y eres gay o algo? —Alex dejó escapar una sonrisa ante la pregunta de la recién conocida—. Perdón, no quería ofender —dijo con sinceridad—. A veces hablo sin pensar. Demasiadas veces.

—Tranquila, no me ofende —le restó importancia con un movimiento de la mano—. Sé que tengo mucha pluma. Será que he vivido siempre con mujeres y me siento más a gusto cerca de ellas que con hombres. Pero me gustan las chicas, o al menos por ahora.

Tras ese comentario, ambos rieron.

—Vamos, que te voy a presentar a un chaval que he conocido en mi autobús. Se llama Pablo y te va a encantar —le dijo Alex, y ambos empezaron a caminar uno al lado del otro.

Pablo hablaba con una chica muy menuda que aparentaba menos edad de la que tenía.

—Ey, Pablo, ella es Eugenia —señaló con un pulgar—. La acabo de conocer y creo que va a necesitar ayuda para integrarse —aunque Alex se dirigía a su amigo, sus enormes ojos claros no perdían de vista a su acompañante.

—Encantado de hacerlo, Alexito. —Pablo le tendió su mano a la recién llegada—. Helena, te dejo en buenas manos. Harás muy buenas migas con él.

Eugenia se sintió descolocada por unos instantes, aunque Pablo era guapísimo y obviamente le atrajo nada más verlo. No le gustó que Alex se fuese con la otra así de primeras. No era una cuestión de celos sentimentales, ya que lo acababa de conocer, sino por los intereses de cada uno. Y porque si había algo que Eugenia no soportaba era convertirse en la segundona en nada. Ese fue un sentimiento que nunca murió. Lo ocultó en su interior y lo dejó enraizar hasta que terminó en un odio latente hacia ellos dos.

La relación de Pablo y Eugenia pasó al siguiente nivel en los días posteriores a su llegada al campamento. Conocían perfectamente el reglamento que el jefe *scout* les hizo leer. Uno de los puntos más importantes y a los que más se aludía era a la práctica de sexo

dentro de las instalaciones. Este último matiz lo cumplieron a rajatabla. La pareja se escabullía para perderse en el vasto bosque que rodeaba el campamento para dar rienda suelta a sus hormonas juveniles.

Tras el primer mes de estancia habían conseguido burlar toda vigilancia y seguir con sus escapadas furtivas sin ser vistos hasta que escogieron el lugar incorrecto para hacerlo.

—Nos estamos alejando demasiado —señaló Eugenia.

—Que no, tranquila. Lo tengo todo controlado —dijo Pablo sin mucho convencimiento, pero sí lo suficiente para que eso no importara.

—¿Seguro?

—¡Que sí! Detrás de esos árboles hay una cabaña abandonada —señaló con un dedo—. La vi el otro día mientras hacíamos una excursión. Uno de mi grupo, creo que se llamaba Iván Ramírez, un *frikazo* campista en toda regla, me comentó que era un viejo almacén del campamento, así que no hay nada que temer.

No se equivocaba. Caminaron unos metros más entre un conjunto de torcidos olmos que rodeaban con recelo la edificación destartalada de la que hablaba Pablo.

—¿Te mola la *suite* que te he conseguido, mi princesa de fuego?

Ella sonrió de forma coqueta entrecerrando los ojos y adelantándose al chico sin soltar su mano.

—Hoy te has ganado llegar a segunda base, campeón.

Pablo aulló como un animal en celo triunfante.

Accedieron a la caseta sin ninguna dificultad. La puerta, roída y desencajada, emitió un quejido herrumbroso al arrastrarse sobre sus molduras ensanchadas. El olor a humedad les abofeteó sin concesiones. El interior, para su sorpresa, no se veía tan mal. Había

artículos y hasta algún mueble que parecían nuevos, desentonando totalmente con el sórdido ambiente de la cabaña semiderruida.

—¿Quieres decir que esto está abandonado? —receló Eugenia.

—Joder, ¿es que no la has visto? Es una puta pocilga. ¿Quién…?

—No lo sé. Pero aquí hay cosas que han sido utilizadas hace poco. Mira esas velas, Pablo, coño —señaló con una mano.

—No seas paranoica, Eugenia. ¿Acaso piensas que somos los únicos en todo el campamento que se buscan la vida para echar un polvo, al margen del Scout Penoso?

—Ya...

—Seguro que si pasamos la lucecita lila de esa serie que se acaba de estrenar, ¿cómo se llama?, la de los forenses de Las Vegas.

—*CSI* —respondió sucinta.

—¡Esos! Pues fliparíamos si pasáramos esa linterna para ver fluidos en la oscuridad.

Eugenia le dedicó una mueca de asentimiento mientras le desabrochaba los primeros botones de la camisa del uniforme.

—Calla ya. Ya estaba convencida, tonto el culo. ¿Quieres tu premio o no?

Se besaron de forma compulsiva, como solo dos adolescentes en plena ebullición sexual pueden hacer. La ropa desapareció como por arte de magia sin despegar un ápice sus labios ni desenredar sus lenguas en movimiento, que batallaban una ardua lucha lasciva. Se dejaron caer totalmente desnudos sobre sus propias ropas, usadas como improvisado lecho.

Unos pasos fuera de la caseta interrumpieron el mejor momento.

—¿Qué coño? ¡Pablo!

El chico se asomó con disimulo por una de las pequeñas ventanas cubiertas por años y años de suciedad y restos de follaje caduco. Se

giró hacia Eugenia con el rostro alarmado.

—¡Es él, es él! ¡Me cago en la puta!

Pablo empujó a la chica desnuda con la fuerza que el miedo exigía, escondiéndose contrarreloj tras un tablón desvencijado apoyado contra una de las paredes.

—¡La ropa! —susurró Eugenia—. Nos va a pillar, joder.

—Calla. A lo mejor no se da cuenta —se autoengañó el muchacho proyectando la inminente derrota en su mirada.

El jefe *scout* irrumpió en la cabaña como un oso pardo en busca de alimento. Los viejos listones de madera carcomida crujían suplicantes bajo sus botas negras de montaña. La estructura inestable vibraba con cada paso de aquella bestia-hombre.

Parecía enfadado, aunque no por lo que los muchachos presuponían. Se movía de forma errática de un lado a otro y farfullaba palabras inconexas mientras respiraba de forma agitada. De primeras no se había percatado de la existencia de las prendas de ropa desperdigadas por el lugar, o al menos eso pensaron los chicos.

Se detuvo de pronto frente a un espejo que colgaba a duras penas de un pequeño clavo oxidado y miró detenidamente su reflejo difuminado tras una espesa capa de polvo. Acercó el rostro y examinó una herida en el pómulo derecho. Parecía dolorido y visiblemente molesto.

—¡Malditas avispas! Van a acabar conmigo —refunfuñó con los dientes apretados.

Extrajo un tubo de epinefrina de unos de los bolsillos laterales de sus pantalones y se lo inyectó en el muslo. Tomó asiento en una vieja butaca acolchada que llenaba uno de los rincones de la estancia, situada justo enfrente del tablón que ocultaba a la pareja.

Allí permaneció en silencio durante más de cinco minutos. Impasible y con la mirada clavada en algún punto indetectable, apoyó con firmeza los brazos en los reposabrazos mullidos. Una espesa nube de

polvo blanco se levantó y quedó suspendida en el aire, envolviendo la oscura figura del *scout*. Soltó un suspiro relajado.

—Yo no tengo prisa, *scouts*. Tómense el tiempo que necesiten para salir de ahí.

El mensaje calmado pero directo de Durán Formoso llegó a sus oídos como un disparo a quemarropa: sin aviso, pero con contundencia.

Pablo y Eugenia se miraron aterrados bajo el indefenso paraguas protector de aquella madera.

—¿Qué hacemos, Pablo? —le susurró Eugenia.

—Yo les aconsejo salir ahora mismo —respondió Durán, evidenciando que cualquier palabra, por apenas audible que fuera, se escuchaba a la perfección en un espacio como ese. Pensó en jugar un poco más con ellos, pero no era necesario. Al menos, en ese punto—. Nadie les va a salvar de su castigo, lo saben, ¿verdad?

—¿Podemos vestirnos por lo menos? —preguntó Eugenia con la voz tenue.

—¿Qué ropa, señorita?

—Hemos dejado nuestros uniformes ahí mis...

Pablo se asomó por un lateral del tablero para señalar la posición de la ropa. Para su sorpresa, ahí no había nada.

—No está —musitó Pablo.

—No puede ser —gruñó Eugenia—. Estaban ahí, ¡usted las ha cogido!

Eugenia había perdido los nervios, y la actitud calmada e impasible del jefe *scout* acrecentó su estado. Se puso en pie con pesadez. El suelo crujió bajo sus botas embarradas.

—En efecto, yo cogí sus uniformes —admitió un hecho que tampoco escondía ningún misterio—. De todos modos, parece ser que les molesta llevarlos, ya que se pasan gran parte del tiempo desnudos por las instalaciones fornicando como animales. ¿No es así?

El hombre hablaba con una calma desesperante tras la que ocultaba una ira inquisitiva que dominaba toda intención posterior.

—Salgan de ahí. Ya. No lo repito más.

—Pero no podemos salir así —dijo Pablo en tono apocado.

—Ni hablar —dijo Eugenia—. Me niego en rotundo a salir desnuda delante de usted.

—Y tanto que van a salir, aunque tarden dos días enteros, pero lo van a hacer —dijo Durán sin que su voz trasluciera la furia cada vez más candente que sentía—. Y no solo aquí, sino que van llegar al campamento y a recorrerlo de cabo a rabo tal como sus padres les trajeron al mundo. No creo que eso suponga un problema para ustedes, ¿no? Llevan haciéndolo más de un mes.

—Y una mierda, esto no puede ser legal. ¡Le voy a denunciar! —masculló Eugenia entre lágrimas.

—Perfecto, señorita Eugenia. Ya hablaremos de la denuncia —dijo el jefe *scout* con un tono que podía interpretarse como una promesa y una burla—. De momento pueden empezar a desfilar cuando consideren oportuno. Cuanto antes lo hagan, antes llegaremos y acabará todo esto.

Pablo apenas podía dirigirle la mirada a su novia, debatiéndose entre la derrota y la vergüenza. Era incapaz de hacer nada ni por él ni por Eugenia. Le cogió la mano empapada en sudor frío e inició la salida de su escondite.

—¡No, Pablo! No puedo...

—No nos va a dejar salir —le dijo Pablo con resignación—. Hagámoslo rápido. Ponte detrás de mí.

Ambos surgieron de entre la oscuridad que les amparaba y se mostraron delante del jefe *scout*, que los taladraba con su mirada reprobatoria y desafiante.

—¡No sé si me causan más decepción o repugnancia! —bramó colérico.

Por un momento, sus emociones lo dominaron. Se obligó a inspirar con profundidad y soltarlo poco a poco, dejando que el aire saliera de sus narinas como el sosiego que necesitaba. Cruzó las manos tras su espalda, adoptando su habitual pose aleccionadora.

—Son el vivo ejemplo de la juventud deshecha y desperdiciada para los que está hecho este campamento —añadió, de nuevo con un tono calmado—. No les importa mostrarse, ¿verdad?

—Pero no lo hacemos delante de nadie —espetó Pablo como único argumento de defensa.

—Lo hacen dentro de los límites de mi campamento. Estos bosques son mi territorio, *scout*, mi casa —su tono se endureció con rapidez, pero sin alterarlo—. ¡Ah! Antes de partir, cojan ese barro de ahí —señaló con la cabeza— y escríbanse el uno al otro «MAL *SCOUT*» en mayúsculas, por favor, es importante, y luego muestren con orgullo para lo único que sirven.

Eugenia trataba de cubrirse los pechos y el pubis con un nervioso baile de brazos. Pablo ungía sus dedos en el pequeño lodazal formado bajo una de las ventanas rotas. Las lluvias de los últimos días habían hecho acto de presencia en la caseta.

—Lo siento, cariño —tartamudeó él mientras le escribía las palabras en la clavícula.

Eugenia miraba a Durán con ira, mordiéndose con tanta fuerza el labio inferior que saboreó la calidez de la sangre en su lengua.

—Me las va a pagar. Este hijo de puta me las va a pagar —rezó, y le embadurnó los pectorales a Pablo, que se cubría el pene con ambas manos.

La pareja llegó al campamento creando un revuelo brutal entre todos los jóvenes que jugaban, formaban o practicaban algún tipo de deporte. A pesar de los abatidos rostros de los chicos, que

apenas miraban al frente, un inevitable bullicio los envolvió entre risas y burlas, formando el pasillo de la vergüenza por el que tuvieron que desfilar bajo la triunfante mirada del jefe *scout* a sus espaldas.

8

—¿Dónde vamos? —preguntó Eugenia con la sonrisilla floja, pero dejándose llevar a través de un estrecho camino de tierra semioculto tras el barracón de las duchas. El follaje de los arbustos a los lados casi lo habían cubierto por completo durante años de desuso. Pero Pablo lo conocía muy bien, sabía que seguía escondido bajo sus pies a cada paso que daban.

—Revivamos los viejos tiempos —le animó el chico, y le guiñó un ojo — y cerremos heridas, coño.

Caminaron bosque a través durante unos quince minutos tratando de ubicarse en una localización conocida, pero dominada y transformada por el avance de la naturaleza. Recordaron puntos conservados en el tiempo, concretamente en los que se habían enrollado siendo unos críos y en los que se iban deteniendo ahora para liberar esos deseos sexuales anhelados de la adolescencia.

Pablo cogió en volandas a Eugenia, agarrándola por las nalgas. Ella le atrapó la cintura con las piernas en un abrazo letal. Se besaron de forma acalorada como hacía tiempo que no lo hacían. Quizás el lugar, los recuerdos, buenos y malos, el morbo, incluso el peligro les provocaba un ardor sexual, muerto desde hacía tiempo.

—Como echaba de menos esto, cariño. Pensaba que ya no te gustaba o incluso que había otr...

—Shhh… Calla y fóllame —acabó ella.

Eugenia sintió los arañazos leves de aristas resecas de la corteza del árbol contra su espalda, aunque hasta eso le gustaba en aquel

momento de pasión desenfrenada. Alzó los brazos desnudos por encima de su cabeza y se agarró al tronco que la custodiaba con fuerza a la vez que Pablo movía la cintura entre sus piernas con un suave vaivén, frotando su miembro erecto bajo la ropa.

—¿Vamos a la cabaña y le dedicamos un polvazo a ese bastardo? —le susurró Pablo al oído tratando de resultar sensual—. Estoy cachondísimo.

—No sé cómo reaccionar a lo que me acabas de decir —dijo Eugenia, confundida dentro del poco discernimiento que conservaba en aquel instante—, pero sí, yo también lo estoy. ¿Seguirá en pie?

—Comprobémoslo antes de que se me baje esto.

Un crujido de ramas sonó tras ellos.

—¿Has oído eso? —preguntó Eugenia como lo haría un personaje en una película de terror antes de una escena trágica.

Miró por encima del hombro de su novio. El bosque se abría infinito y denso ante ella en una estampa preciosa a la par que asfixiante. Solo el viento de media tarde mecía algunas ramas endebles en lo más alto de las copas arbóreas.

—Cariño, estamos en un puto bosque interminable, claro que lo he oído. Es la naturaleza siguiendo su ciclo. Va, no me cortes el rollo, yo estoy a punto. ¿Lo hacemos aquí?

—Eres tonto, en serio —gruñó Eugenia—. ¿No tienes miedo? Joder, se han cargado a Ruth en estos bosques. ¿Y si…?

—¿Y si? Nada —rechazó Pablo—. Lo que me asusta es que se me baje esta erección, joder. Voy a atravesar el calzoncillo, Euge.

—Lo estoy notando, cariño, lo estoy notando. Pero no sé si estoy cómoda del tod...

Eugenia no consiguió acabar la frase cuando el Scout surgió de la nada para posicionarse justo detrás de Pablo. Imponente y letal, su figura destacaba por encima de la de su novio, que aún seguía

absorto en su regocijo sexual. El ala circular del característico sombrero de *scout* sobrepasaba la silueta encogida del chico.

Ni siquiera pudo exhalar un grito para alertarle. Pablo solo distinguió un horror incomprensible en sus ojos claros desencajados. Sus labios se abrieron, petrificados tras arrojar un gemido casi inaudible.

El Scout solo necesitó un único pero contundente movimiento seco para clavar la barra de hierro que sujetaba con ambas manos. Abrió la senda a través del trasero de Pablo y la conectó con la entrepierna de Eugenia, pero el camino terminó de forma abrupta en el tronco. Habían quedado empalados de la forma más irónica, recordándoles a su vez una versión más retorcida del castigo que les impuso Durán Formoso.

Cada espasmo les arrancaba de la boca grandes coágulos de sangre, entremezclados sobre sus torsos fusionados. El Scout ladeó la cabeza hacia la izquierda justo detrás de Pablo para dedicarle una última mirada inquisitiva a Eugenia, que ya se desmoronaba agonizando. Sobre el pasamontañas negro que le cubría el rostro tenía impreso algo muy similar a lo que Durán Formoso les obligó a escribir en su adolescencia. Tenía un matiz burlón, como si dictara su sentencia mortal. Eugenia Pensó en lo arbitrario y cruel que es el destino mientras leía las palabras:

Buen scout.

El asesino asestó un nuevo golpe inesperado. Desenfundó el machete enorme que llevaba en el cinturón y lo clavó con violencia en la parte trasera de la cabeza de Pablo, justo por la nuca. El metal escindió hueso y músculo, y emergió en la boca tras arrancar dientes y desencajarle la mandíbula, colgando laxa de los jirones de carne y ligamento. Eugenia gimió sorprendida antes de que sus labios explotaran cuando la hoja ancha los atravesó y crujió con sequedad al impactar contra la madera.

Un goteo constante y espeso rompía el silencio monótono, como si nada hubiera alterado la calma. El bosque se convirtió de nuevo en el único testigo de las últimas aventuras sexuales de la pareja.

9

—Muy buenas a todos, amantes del crimen —comenzó a narrar Andrés en voz alta y enérgica, fijándose en el teleprónter de la aplicación que usaban en el móvil—. Bienvenidos al que creemos que va a ser uno de los mejores episodios de nuestro canal. Nos encontramos en el campamento Lago de la Pena, que se halla en plena fase de reapertura tras el horrible incidente del año 2000 y que ahora es escenario de un nuevo y brutal asesinato —enfatizó los dos últimos adjetivos—. ¿Y sabéis la parte interesante de todo esto? Nosotros formamos parte de esta historia —señaló con un orgullo que disfrazó de tristeza—. Estuvimos presentes aquel verano de hace quince años.

Abel finalizó la grabación. Miró detrás de Andrés con el ceño fruncido.

—¿Queda bien este plano con el lago de fondo? Se ha levantado un poco de niebla por encima del nivel del agua. Da mal rollo, ¿no? —sabía lo que se hacía. Crear atmósferas malrolleras a la hora de grabar sus videos hablando sobre crímenes reales era su verdadera especialidad. Andrés era la cara más visible del canal. Aunque los dos protagonizaban cada capítulo, Abel se centraba en su narrativa y estructura.

—Queda de putísima madre, hermanito. Con este programa nos vamos a coronar, te lo prometo —Andrés alargó su brazo con la mano preparada para chocar con su hermano en señal de unión fraternal.

—¡Joder, hasta me parece estar oyendo voces! —advirtió Abel.

—Shhh, calla —levantó un dedo índice—. Es que allí hay alguien, joder.

No muy lejos, unas voces conocidas rompieron la calma natural de la que los gemelos creían disfrutar en soledad.

Pablo y Eugenia se movían entre la densa arboleda mientras daban rienda suelta a su frenesí sexual recién despertado, ajenos a la presencia de los hermanos Montoya, que tras escucharlos no quisieron perder la oportunidad de encontrarlos y verlos en directo para satisfacer su instinto más *voyeur*.

Caminaron durante unos minutos guiándose por la posición de las voces y gemidos de sus amigos que el mismo bosque expandía. Pero los sonidos humanos cesaron con rotundidad y los reemplazaron los graznidos de una bandada de cuervos que revoloteaban alrededor de un viejo olmo, a escasos veinte metros de los gemelos.

Andrés fue el primero en divisar a la pareja, engarzados en pleno acto y apoyados sobre el grueso tronco del mismo olmo que custodiaba la parvada negra.

—¿Están follando? —dijo Abel con una inocencia que rayaba la estupidez.

—Coño, Abelito, ¿tú qué crees? Podando el árbol no están.

—¿Qué se piensan, que siguen siendo aquellos adolescentes con las hormonas revolucionadas?

Abel grabó la escena con el móvil. Lo llamaba documentación gráfica. Andrés se ocultaba tras un frondoso arbusto que crecía a los pies del cadáver hueco de un árbol.

—Habrán recuperado el apetito sexual. Hasta donde yo sé, Eugenia lleva liada con un tío más de un año, así que me da que Pablito está en horas bajas en cuanto a sexo. Parece que el recuerdo ha actuado como afrodisiaco.

—¿Cómo coño…?

—Hermanito, ese tío era yo.

Andrés echó la vista atrás para regocijarse con la cara de asombro que se le habría quedado a Abel.

—¡Cabronazo! ¡Anda que cuentas algo! —dijo en voz alta.

Pero Andrés no contestó. Ni siquiera reprendió a su hermano por el tono de sus palabras. Se quedó paralizado con la mirada clavada en el árbol donde veía a los cuervos, dirimiendo si lo que visualizaba era real o fruto de su imaginación.

—¿Andrés?

—No están follando —dijo Andrés con voz queda—. Están…, están muertos.

—¿Qué dices? —Abel adelantó a su hermano al otro lado del arbusto, pero retrocedió unos pasos, espantado—. ¡Hostia puta! ¡Están muertos!

—¡Tú graba, hermano, no pares! —insistió Andrés.

A pesar de las reticencias de Abel, los hermanos avanzaron con cautela hasta donde sus amigos estaban empalados.

—Joder, joder, joder, Andrés. Que se los han cargado, me cago en la puta —dijo Abel, incrédulo y aterrado—. El asesino de Ruth está aquí, ¿qué vamos a hacer?

—Seguir con nuestro plan —dijo Andrés, impasible—. Vamos a atrapar a quien esté detrás de esto, hermanito. Pero dejemos que él haga su trabajo o lo que coño sea que está haciendo y luego acabemos con él. Y ¿sabes lo mejor? —sonrió con un brillo que Abel conocía de sobra—. Vamos a grabarlo todo.

—Va a ser peligroso. Este cabrón está muy loco —advirtió Abel, que sin embargo rodeaba el árbol con el teléfono en la mano—. Qué salvajada.

—Te recuerdo que nosotros tampoco estamos finos. ¿Fidel? Mira, Abel, esto es así: somos nosotros o él. Y me niego a ser la primera

opción. Así que, llegados a este punto, no hemos visto nada aquí y vamos a seguir con el guión de nuestro programa hasta el final de esta masacre.

—¿Masacre? —Abel no quería entender lo que quería decir su hermano.

—Si el asesino no acaba con el resto de la pandilla, lo haremos nosotros. Sea como sea, vamos a ser los últimos supervivientes de la masacre del campamento del Lago de la Pena. ¡Seremos famosos, joder!

—A veces me das miedo, hermanito —soltó Abel con una sonrisa cómplice dibujada en su rostro alargado.

—Sobre todo, tú no dejes de grabar. Grábalo todo, Abel, por tu puta madre.

10

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, Helena. Supongo que tendrás millones de preguntas. Dispara, aún nos queda un rato hasta las ocho.

Alexandra tomó asiento junto a su compañera, recostada en una de las camas.

—¿Por qué nunca me lo contaste? Ya sabes...

—No era algo fácil, ni siquiera para mí, te lo aseguro —dijo con una mueca tímida, sin mirarla a los ojos—. Bastante tuve que luchar para que la gente creyera que no era gay, sobre todo con el cabronazo del jefe *scout*. Y en parte lo entiendo, no te creas. ¿Un niño tan amanerado y que le gusten las chicas? —tomó la mano de Helena, que le miraba expectante.

—Pero yo confié en ti, te dije que era bisexual.

—Y eso, cariño, fue lo que me dio el último empujón que necesitaba. Siempre supe que yo era diferente, que no me sentía bien conmigo; con mi cuerpo, más bien. —Le acarició la mano a Helena con suavidad, y soltó un suspiró alargado, preparada para soltar lo que era evidente—. Por otro lado, yo estaba enamorado de ti.

Helena abrió sus ojos como si hubiera visto un fantasma al escuchar esa declaración, el recuerdo de algo que nunca se extinguió.

—Entiendes, ¿verdad? —dijo Alexandra—. Una dicotomía que no me dejaba avanzar, tomar el camino correcto. ¿Cómo podía sentirme una mujer atrapada en un cuerpo equivocado y a la vez estar

enamorada de otra chica? ¿También era lesbiana? Demasiada información que digerir para un chaval de quince años.

—¿Y por qué fui el último empujón?

Alexandra sonrió avergonzada.

—Porque al confesarme tu secreto vi el cielo abierto. Podía ser yo misma y seguir teniendo una mínima posibilidad de estar contigo. Sentimentalmente hablando, claro. Llámame loca, sí —se encogió de hombros. Seguía sin atreverse a mirar a Helena—. Pero así fue.

—¿Y de qué ha servido, Alex? —dijo Helena molesta no por las palabras pronunciadas, sino por las que no se pronunciaron—. Ha pasado mucho tiempo, demasiado...

—Nunca es demasiado. «Nunca» es solo el pretexto que nos ponemos para no hacer lo que realmente queremos. Hoy estamos aquí, tú y yo. —Apretó los labios y volvió a tomar aire—. Y no pienso poner otro «nunca» de por medio.

Se giró hacia Helena, que lloraba en silencio. Le apretó la mano y se acercó hasta notar la leve pero agitada respiración de su amiga, ¿o acaso era la de Alexandra? Quizás eran las de ambas, entremezcladas en un ritmo que aumentaba a medida que lo hacían las palpitaciones de sus corazones.

—Nunca es demasiado… —le susurró Helena con voz acuosa, y esbozó una sonrisa trémula.

Se fundieron en un beso cálido y salado con sabor a anhelo y deseo mientras se dedicaban las miradas más sinceras de sus vidas. Helena le acarició la otra mano, y apretó los labios contra los suyos. Se besaban sin desviar la atención de la otra, absortas en el tiempo y el espacio. No importaba qué sucediera fuera del paisaje que por fin podían disfrutar. No querían perder ni un segundo de aquella maravillosa visión.

Esas reglas no afectaban a quienes habitaran un mundo muy alejado de ambas, pero en definitiva más cerca de lo que les gustaría. Fuera,

oculta tras una de las ventanas situadas al otro extremo de la cabaña, una figura oscura y oculta bajo un sombrero de ala ancha las observaba en silencio.

Esperando.

Acechando.

11

Mario caminaba por la pasarela del pequeño embarcadero como si fuera un desfile y cientos de ojos desde los árboles le estuvieran fotografiando. Los viejos tablones de madera se combaban y crujían bajo sus pasos. En el extremo, a unos diez metros de la orilla del lago, otra extensa plataforma se ubicaba en perpendicular sobre el nivel del agua. Una vez allí, Mario trasteó con el cabo que amarraba una de las dos lanchas que descansaban en calma a cada lado del embarcadero.

El ocaso ya había comenzado su descenso. Le gustaba que llegara el calor porque eso significaba que los días se prolongarían e insuflarían de vida incluso a las sombras. La recta final de mayo sería mucho más dura si no tuviera la oportunidad de encontrar esperanza en los últimos rayos de sol. Pensaba que la noche no era tan larga y que pronto la luz espantaría la terrible oscuridad tan pegajosa que lo había acompañado tantas noches y que no había hecho más que crecer. Sin embargo, no podía engañarse. Y es que aunque las tardes eran más luminosas, tampoco estaban a salvo de condiciones externas, como el temporal que se abatía sobre el campamento. Ese atardecer ígneo y perlado se vería privado de su momento especial cuando el tapiz de nubes negras que avanzaba hacia él lo cubriera. Mario sabía muy bien que todo puede cambiar en el momento menos esperado, que alguien puede arrebatarte la esperanza y quedar impune.

Los hermanos Montoya fueron los primeros en llegar y lo hicieron cámara en mano, grabandose mientras hablaban como si fueran presentadores de un programa de televisión.

—¡Ey, Mario! ¿Cómo tú por aquí? —gritó Abel desde la orilla.

—¡Chicos! Venid, acercaos —les hizo unas señas con la mano.

—No te esperábamos —añadió Andrés mientras se acercaban al hombre. Silbó mientras miraba el embarcadero—. Coño, sí que hay presupuesto en este campamento, ¿no? En nuestra época había cuatro canoas de mierda.

—Son tiempos modernos —sonrió Mario—. Hay que adaptarse a las nuevas generaciones.

—Está claro: renovarse o morir. Y es casi mejor renovarse —bromeó Abel.

—Si queréis, mañana os puedo llevar en una de estas alrededor del lago.

—Mejor nos quedamos en tierra, Mario —rechazó Abel—. Nunca nos ha gustado el agua. Digamos que somos animales de secano, pero gracias de todos modos. Quizás a las chicas les apetezca. ¿Y qué estás haciendo? —Abel se apresuró a cambiar de tema. Realmente les aterraba cualquier cosa que tuviera que ver con el agua. Jamás quisieron aprender a nadar, y mucho menos tras su terrible experiencia con el jefe *scout* en el año 2000.

—Se acerca una tormenta, chicos —explicó—. Llevamos una racha de lluvias importante, y las últimas fueron especialmente violentas, así que estoy asegurando las lanchas, que no quiero perderlas.

Mario se acercó a los gemelos y les estrechó la mano.

—¿Qué plan tenéis?

—Esperamos a la pandilla —dijo Abel—. Nos vamos de excursión nocturna.

—Vaya, ya veo. No sé si es la mejor noche para ello, pero supongo que sabéis a dónde váis, ¿no es así? —Mario los miró de forma condescendiente.

—Tú también lo sabes. Ruth te contó todo —Andrés aprovechó la tesitura para meter ficha y sacar información del que para ellos era su principal sospechoso.

Mario dibujó una media sonrisa en su rostro trabajado.

—La cabaña sigue en pie —reveló—. El fuego no acabó de consumirla, aunque el tiempo se ha encargado de pasarle factura. Ruth me llevó allí en cuanto llegamos al campamento. Tranquilos, chicos, vuestro secreto está a salvo conmigo —les guiñó un ojo de forma cómplice y les rodeó con sus brazos fuertes. Señaló con la cabeza el extremo del embarcadero—. Por ahí vienen dos más. Por cierto, ¿Alexandra…?

Los hermanos asintieron al unísono sin dejar acabar la pregunta. Helena y Alexandra llegaban cogidas de la mano y una perfecta expresión de felicidad.

—¡Hola, hola, hola! ¡Parece que habéis tenido tiempo para poneros al día, ¿eh?! —bramó Abel con tono pícaro.

—¿Qué tal, chicas? ¿Os gustó la cabaña? —Mario continuó con su exquisita educación sin soltar a los gemelos, que los tenía apresados por el cuello con sus bíceps.

—La cabaña perfecta, Mario. Gracias —Helena se mostró algo ruborizada.

—Qué tontos sois —se rio Alexandra, y les dedicó una peineta a los Montoya, que se rieron al unísono—. ¿Y la parejita cachonda? —se interesó Alexandra.

A los gemelos les languideció el rostro y desapareció todo rastro de alegría, como si la tormenta hubiera pasado por ellos y la hubiese borrado.

—Hemos tocado a la puerta, pero no parecía haber nadie… —comenzó Abel.

—¿Os digo lo que pienso? —atajó su hermano.

—A ver, ilumínanos, señor *youtuber* —Helena puso los ojos en blanco esperándose cualquier tontería.

—Estos dos están echando un polvo en mitad de la naturaleza —aventuró—. Me juego el pescuezo, vamos.

—Me lo creo, pero… habíamos quedado para… —comenzó Helena.

—Tranquila, Helena, puedes hablar claro. Aquí el apuesto dueño del campamento lo sabe todo —señaló Andrés un tanto hosco—. Confirmado. Así que vayamos tirando nosotros. Total, esos dos saben llegar. Cuando acaben de regar el bosque con sus feromonas sexuales, ya vendrán.

Andrés se deshizo de uno de los brazos de Mario. Ahí fue cuando se cercioró de la dureza y la posible potencia de sus músculos.

—No os entretengáis mucho, chicos. Se avecina una buena y como os pille en mitad del bosque... —Mario hizo una mueca poco halagüeña—. Sobre todo, id con cuidado y no os separéis. El que le hizo eso a mi Ruth aún sigue por ahí.

Soltó a Abel y se hizo a un margen de la pasarela, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Yo voy a acabar de amarrar las lanchas y estaré en el primer barracón por si me necesitáis para algo. No hay mucha cobertura por estos lares, pero también llevo mi móvil por si acaso.

Se despidió de ellos con un levantamiento de cejas y continuó con su tarea.

A medida que dejaba atrás el campamento, la noche engullía al grupo hacia las entrañas más oscuras de la naturaleza. Sobre ellos comenzaban a formarse los destellos de los primeros relámpagos lejanos, acompañados unos segundos largos más tarde por el trueno. Era el pistoletazo de salida para lo que se aproximaba.

El bosque se antojaba interminable ante ellos cuando abandonaron el sendero de tierra para dirigirse a su destino.

—¿Recordáis cómo llegar?—apremió Alexandra tratando de no tropezar.

—Por supuesto —afirmó Abel con vehemencia, apuntándole con la cámara de su teléfono móvil.

—Yo creo que también —convino Helena.

—No lo olvidaría por más que quisiera, joder —dijo Andrés, y fulminó a Alexandra con la mirada.

—¿Y tienes que estar grabando todo? ¿En serio? —dijo Helena.

—Lo siento, cariño, pero sí. Es para el episodio especial de nuestro canal y ya de paso para promocionar la reapertura del campamento. Aunque no nos haga gracia —inspiró con profundidad e hizo una mueca entristecida—, todo sea por Ruth.

—A ver, seamos realistas, chicos —intervino Alexandra—. Hasta hace una semana nadie se acordaba de Ruth. Bueno, ni de ninguno de nosotros, así que tampoco hay que ser hipócritas. Estáis aprovechando la coyuntura para sacar beneficio de todo esto.

La salva que guardaba Alexandra cayó de forma indiscriminada sobre los gemelos. Objetivos alcanzados, primera misión exitosa.

—Vaya, vaya, Alexandra disparando a bocajarro —silbó Andrés—. ¿Quién está aprovechando aquí el momento?

Andrés se detuvo para encararse con ella.

—¿O vuestro amor ha surgido de repente? ¿Cuánto llevas esperando esto, planeándolo? De hecho, ¿y si eres tú la asesina de Ruth y has hecho todo esto para que nos reunamos y así conquistar a tu amor perdido de la infancia?

Alexandra parecía no dar crédito a la sarta de sandeces que estaba escupiendo Andrés sin ton ni son. Miró a Helena con tristeza, quizás buscando refugio en el que poder cobijarse y defenderse de aquellos ataques. Iba a dar media vuelta para reanudar la marcha, pero se

detuvo junto a un gran árbol y les dedicó unas últimas palabras a los gemelos.

—¿En serio me creéis capaz de matar a Ruth? Yo no soy…

El rostro de Alexandra se contrajo a cámara lenta mientras parecía estar viendo a un fantasma.

—El Scout.

—¿El Scout? —balbuceó Abel, frunciendo el ceño.

La chica señaló en dirección a Helena, que cerraba la marcha.

—Detrás de ti, Helena… El Scout.

Los gemelos Montoya descubrieron la presencia de aquel extraño enfundado en un uniforme de *scout*. Había surgido de entre las tinieblas del bosque para colocarse justo detrás de la chica, que trataba de descifrar lo que sucedía en las desencajadas miradas del resto.

Acto seguido, los hermanos huyeron de vuelta hacia el campamento totalmente despavoridos.

—¡Me cago en la puta, me cago en la puta, Abel! —masculló Andres tratando de no trastabillar—. ¿Has grabado eso?

—Sí, joder —dijo entre risas y jadeos—. Lo tengo todo, pero también estoy acojonado, hermanito.

—Lo tenemos. Ese hijo de puta es el maldito Mario. Sabía que aparecería. No iba a desperdiciar una oportunidad así para darnos caza.

—¿Y ahora?

—Ahora vamos al barracón en el que nos espera para confirmarlo.

Mientras corrían como pocas veces lo habían hecho, las primeras gotas de agua cayeron de forma paulatina sobre ellos. Pronto, la cortina de lluvia era tan densa que apenas podían ver a un palmo de

distancia. Aun así, corrieron con dificultad hasta retomar el camino de tierra, ahora convertido en un enorme barrizal.

Los colores vívidos del cartel de bienvenida al campamento eran un borrón de luz en el horizonte.

A sus espaldas, el aullido de horror de Helena se fusionó con el feroz estruendo de un trueno ensordecedor.

12

El Scout sujetaba a Helena por el cuello con el brazo izquierdo mientras con la mano derecha empuñaba un enorme cuchillo de caza, que acercó peligrosamente al pecho de la chica. La lluvia ya caía con fuerza y repiqueteaba sobre el ala exterior del sombrero del asesino, guareciendo a su vez a la víctima.

Helena intentó gritar, pero el antebrazo del Scout cerraba su garganta. Sentía que había caído en una trampa y unas paredes que poco a poco disminuían la distancia.

A unos metros, Alexandra se desgañitaba entre alaridos de terror ante aquella escena surgida de sus más profundas pesadillas. El Scout era real, estaba vivo y se encontraba allí, justo delante de ella. Y, lo que era peor, estaba a punto de matar al amor de su vida.

—¡Helena! No puedo perderte otra vez… —farfulló paralizada, incapaz de reaccionar sin sucumbir al peso del trauma que la atormentaba desde que era una niña.

Sus zapatillas de deporte blancas comenzaban a desaparecer bajo el creciente charco de agua y barro que se estaba formando.

Helena suplicó entre lágrimas por su vida. El metal del cuchillo fue una caricia fría en su piel. Un hilillo tímido de sangre se atrevió a aflorar, diluido al instante bajo la lluvia.

Las palabras de Alexandra parecieron activar una inusitada reacción en el Scout, que alteró su aparente estado de tranquilidad. Durante una fracción de segundo, le dio un ligero respiro a Helena. El agitado y cálido aliento del Scout le rebotó en el cogote, traspasando el tejido del pasamontañas como si estuviera a punto de decir algo.

—¡Lo sabía, joder, lo sabía! ¡Malditas zorras lesbianas! —aulló el asesino fuera de sus casillas y con el arma blanca apuntando ahora hacia Alexandra.

Helena no se percató de algo tan importante como la voz que sonó tras ella. Prefirió aprovechar esa pequeña tregua de furia vehemente para contraatacar y liberarse. Con un movimiento audaz, a pesar de los nervios y el miedo que paralizaban sus músculos, propinó un codazo en el estómago del Scout. El asesino se dobló sobre sí mismo entre gemidos e insultos.

Helena perdió el equilibrio en las dos primeras zancadas y cayó de bruces sobre un lecho fangoso en el que prácticamente casi podía hundirse por completo. El Scout la agarró de un tobillo y la arrastró de forma salvaje. Ella pataleaba como respuesta, deshaciéndose en gritos de auxilio con ambos brazos sumergidos en una densa mezcla de tierra, agua y follaje caído.

Alexandra no dudó en acudir en su ayuda. Se abalanzó sobre Helena y tomó sus manos para tirar en dirección opuesta.

—¡Suéltala, hijo de puta!

—¡Es mía! —su voz profunda y visiblemente afectada sonó derrotada —. Lo sabía, Lena, sabía que esto iba a pasar.

Zarandeaba el cuchillo en el aire. La hoja silbaba con cada movimiento y sesgaba la lluvia sobre los cuerpos caídos de las chicas. Uno de esos cortes alcanzó la pierna de Alexandra. La herida se abrió como si de un bloque de gelatina se tratase. La hendidura era oscura y profunda, una grieta en línea recta por la que brotó la sangre de una forma tan exagerada que ni siquiera la lluvia podía contener la fuga.

Helena paró en seco su frenético deseo de escapar. Alexandra, entre alaridos de dolor, vio la sorpresa e indignación reflejadas en su rostro enjuto. El terror había desaparecido por completo.

—¿Chemi? —pronunció.

La noche pareció caer a peso sobre todo, como una gran roca acompañada del estruendo ensordecedor del trueno más grande desde que había empezado la tormenta.

El Scout dio un respingo hacia atrás. Reculó unos pasos y se posicionó entre dos árboles curvados que se entrelazaban con sus ramas en el aire. Allí de pie respiró profundo varias veces, intentando recobrar el aliento o quizás la compostura tras el ataque.

El extraño se quitó el sombrero y el pasamontañas liso.

—¡Chemi, joder! Pero ¿qué coño estás haciendo? —inquirió Helena, que regresó junto a Alex. Sin apartar la vista del hombre que aún las miraba de forma desafiante, cubrió la herida y presionó para intentar detener la hemorragia.

—Te lo dije, Lena. Te avisé —dijo Chemi.

—¿Avisarme de qué, maldito psicópata?

—No iba a permitir que me dejaras, joder. Yo te amo.

—Helena, ¿pero qué es esto? ¿Qué está pasando? —gimió Alexandra, dolorida.

—Es mi puto ex —miró entonces al chico directamente—. Eres y seguirás siendo mi ex —recalcó—, ¿me oyes?

—Es por ella, ¿no? —una sonrisa maliciosa se curvó en sus labios—. ¿O debería decir él? Joder, Lena. ¿Te das cuenta como tenía motivos para estar celoso debido a tu condición? Los bisexales sois todos unos viciosos, lo queréis todo. Pero tranquila, cariño, yo te ayudaré a mejorar. Juntos lo lograremos, ya lo verás.

Helena dejó escapar una estridente carcajada ante la absorta mirada de su atacante.

—Estás como un cencerro, Chemi. Pero, ¿todo esto era necesario? ¿Ruth?

—¿Quieres decir que tu ex está detrás de todo esto y asesinó a Ruth? —Alexandra trataba de poner en orden toda la información.

Chemi cambió su semblante de forma automática al escuchar aquello. Se retiró el exceso de agua acumulada en el rostro con la mano libre. En la otra empuñaba el cuchillo con restos acuosos de sangre.

—¡Eh, eh, eh! —tiró el arma al suelo y levantó las manos—. Guapita, o guapito, lo que coño seas. Yo no he matado a nadie. He venido a por lo que es mío y tú te has puesto en medio. Joder. Yo no pretendía…

—¿No pretendías matarnos? ¿Y para qué es el cuchillo? —Helena no podía evitar enfurecerse cada vez más—. Mira lo que le has hecho, maldito tarado. Podrías haberle seccionado alguna arteria.

—¿Y por qué vas de *scout*? —reprendió Alexandra, aún encajando las piezas que no terminaban de hacerlo.

—Cuando descubrí dónde se dirigía, no lo dudé. Recordé algunas cosas que me había contado acerca de este lugar y su infancia, así que ¿qué mejor lugar para darle un escarmiento?

—Tú no estás bien, Chemi —dijo Helena, enseñándole los dientes apretados—. Y vas apañado si piensas que voy a volver contigo. Antes muerta.

—Lena…

Ambas chicas se pusieron en pie.

—Ni Lena ni hostias. Se acabó. De nuevo.

—Esto no acaba hasta que yo…

El filo del hacha despuntó en la noche con su especial brillo metálico y trazó un semicírculo perfecto en el aire que cortó la densa cortina de lluvia como si fuera una simple hoja de papel. En su descenso, Helena y Alexandra solo alcanzaron a ver una segunda silueta detrás de Chemi. Era una réplica de la suya: un *scout*, sombrero y uniformes incluidos. Pero con una ligera diferencia que resultaba mucho más imponente y aterradora que la anterior. No era la

diferencia de tamaño ni el grosor osuno de los antebrazos, sino el mensaje que ocupaba el fondo negro del pasamontañas:

Buen scout.

La gruesa hoja afilada se hundió en la cabeza de Chemi casi hasta la altura del entrecejo, produciendo un chasquido acuoso al quebrar la parte superior del cráneo y penetrar destruyendo la masa cerebral de forma atroz. Sus ojos se abrieron por completo, simulando salirse de sus propias órbitas en tanto los iris se perdían sin rumbo hacia direcciones contrarias, hasta que se giraron hacia dentro y mostraron sus raíces rojas sobre el blanco de sus globos oculares. La sangre se bifurcaba en su cara en ramales caudalosos que decoloraban el rojo oscuro.

El nuevo Scout hizo palanca para extraer el hacha incrustada en la enorme grieta abierta en la sesera del muchacho. Con cada tirón, un Chemi cuya vida se sostenía por la inercia del objeto que hurgaba su masa cerebral exhalaba agónicos gemidos similares a palabras inconexas. Cuando consiguió hacerse con el poder de su espada de Excalibur versión arma homicida, un gran reguero de sangre voló con fuerza hacia las chicas, que apenas habían podido reaccionar al nuevo desencadenamiento de los hechos. Las gotas las alcanzaron como el frenesí creativo de un pintor poseído por la inspiración que agita el pincel sobre su lienzo.

Chemi cayó de rodillas ante un Scout cruel e imbatible. Como un animal a punto de morir frente a su cazador, el chico se tambaleaba sin fuerzas y con el cerebro desparramándose sobre sus hombros.

El Scout apoyó una de las botas sobre la espalda encogida de su víctima. Dibujó un arco perfecto y estrelló el hacha por segunda vez con una rabia desmesurada. Esta vez no hubo tope que ejerciera de obstáculo ante el avance brutal de la gruesa hoja de acero. Entró, rasgó y continuó penetrando hasta que la cabeza del muchacho se abrió en dos como un melón maduro. El golpe formó un géiser cobrizo y espumoso que la lluvia esparció por todos lados.

Helena y Alexandra se miraron consternadas y gritaron al unísono mientras iniciaban la necesaria huida a través del bosque.

Tras ellas, un último relámpago iluminó la escena y a un glorioso Scout.

13

VERANO 2000

CAMPAMENTO LAGO DE LA PENA

ALEX Y HELENA

Alex odiaba las gincanas deportivas que el jefe *scout* organizaba cada miércoles. Más que juegos infantiles para pasarlo bien él las convertía en auténticas batallas campales más cercanas a entrenamientos militares que a algo meramente lúdico.

Ni le gustaba el deporte ni mucho menos las salvajadas a las que el jefe les sometía. Alex era un niño delgado que prefería ocupar su tiempo en otros menesteres más tranquilos, más de su estilo. Por eso, siempre intentaba librarse de dichas actividades aludiendo a problemas de salud derivados de sus fuertes migrañas, de las que sí se aquejaba con frecuencia.

Ese miércoles de julio, el más caluroso hasta la fecha, fue el más especial para el chico por razones obvias. Helena tampoco acudió a la gincana, acuciada por fuertes dolores abdominales derivados de la menstruación.

Encerrados en su barracón, con la suficiente libertad al saber que el jefe *scout* se hallaba fuera del recinto, los amigos dieron rienda suelta a sus verdaderas tendencias. Fue ahí, en ese instante, en el que Helena le confesó a Alex su orientación sexual, lo que abrió un abanico de posibilidades para el muchacho del que ni siquiera era consciente en ese momento.

Su condición iba más allá de la sexual. Era consciente de que en apariencia solo era un chaval afeminado, y obviamente gay a ojos del mundo. Pero la situación era muy diferente, mucho más compleja, pues en su interior se libraba una terrible batalla que ni él mismo entendía.

Le gustaba Helena en todos los aspectos. La quería y eso confrontaba con su verdadero ser, ya que él no se sentía a gusto con su cuerpo, con su identidad masculina. ¿Entonces? Si ni siquiera él sabía lo que quería, cómo lo iba a entender el mundo. Cómo iba a hacerlo Helena.

Pero tras conocer esa revelación por parte de su amiga, su batalla interior firmó una pequeña tregua. Conocer el secreto de Helena supuso un incentivo positivo hacia el camino que quería tomar sin perder la oportunidad de conseguir su amor.

¿Era todo eso posible? Alex confió en que sí.

Helena, por su parte, encontró en Alex el apoyo emocional que necesitaba. Como todos allí, dio por hecho que el muchacho era homosexual debido a su visible amaneramiento, aunque él mismo negara en rotundo dichas afirmaciones. Sea como fuere, juntos se sentían tranquilos, libres y felices.

Cuando el Durán Formoso irrumpió en la cabaña, los adolescentes no tuvieron tiempo de reaccionar. Permanecieron de pie, uno junto al otro, paralizados ante la inesperada aparición.

Alex y Helena habían decidido desinhibirse jugando a un inocente cambio de roles. Él se vestiría y maquillaría como una chica, y ella haría lo propio como un hombre.

Conductas y escenas que el jefe *scout* no iba a permitir en su campamento bajo ninguna circunstancia.

—Pase que se salten las actividades deportivas por supuestos motivos de salud, pero esto sí que no lo voy a tolerar, *scouts*. Son la vergüenza del campamento y mantendré una seria conversación con sus padres al final del verano.

—Señor, solo estábamos jugando —se justificó Alex, ocultando el sentido del ridículo y la frustración tras la densa capa de maquillaje que su amiga le había aplicado.

—Cállese, *scout* Alejandro. —Hizo un mohín de aversión mientras lo examinaba de arriba abajo—. Me repugna hasta mirarle a la cara.

El chico agachó la cabeza con gran decepción. Las puertas de su armario entreabiertas volvían a tambalearse y amenazaban con cerrarse por completo y para siempre.

—No puede hablarle…, hablarnos, así —se interpuso Helena. Su tono de voz, aunque tembloroso, era decidido.

El jefe *scout* caminó algunos pasos hacia ellos. Sus botas de goma chirriaban como una mandrágora siendo extraída a la fuerza de la tierra.

—Puedo hablar como quiera, señorita, y más después de presenciar semejante circo. De hecho, no solo voy a hablar, voy a actuar. Se sienten bien con esta apariencia, ¿no es así?

Silencio.

—¡Respondan! —tronó. Carraspeó, calmó su respiración y adoptó de nuevo la postura relajada—. ¿Es o no es así? —ambos asintieron resignados ante una pregunta trampa que contradecía sus propias creencias—. Pues así van a seguir para el resto de la semana. Supongo que no tendrán ningún reparo en mostrarse tal y como se sienten delante de sus compañeros. A partir de aquí ya ahondaremos en la corrección de sus desvíos… sexuales.

—Es usted un cabronazo —espetó Helena con el rostro sudoroso y sumido en una profunda crisis de ira contenida. Y no se sentía así por ella misma. Sufría por lo que estuviera pasando su amigo con todo aquello.

—Pues mire, ahí le voy a dar la razón, *scout* —asintió con lentitud—. Al menos yo sí sé y acepto lo que soy, ¿y ustedes?

Durán apretó los marcados músculos de su angulosa cara a la misma vez que trataba de dibujar una vaga sonrisa en diagonal ante la acongojada mirada de los chavales.

—Me lo temía. Ante la duda que ustedes mismos parecen tener, seguiremos con este juego que han empezado. Helena, acabará la semana siendo un chico *scout*, con las tareas que ello acarrea, por supuesto. —Se giró hacia Alex y sonrió con más desprecio del que miraba a su amiga—. Y usted será una chica. Ni que decir tiene que tendrán que usar los cuartos de baño de su nuevo rol.

Dos días más tarde, Alex aguardaba sentado en el retrete a que todas las chicas se fueran para poder salir y ducharse en soledad. Unos pies descalzos se pararon justo al otro lado de la puerta. Alguien golpeó un par de veces con los nudillos.

—Ya puedes salir, Alex, no queda nadie —la voz calmada de Ruth le llegó como un bálsamo protector.

Ruth y Eugenia custodiaban que nadie más entrara allí. El muchacho continuaba vistiendo el uniforme femenino y lucía maquillado como cuando le descubrió el jefe *scout*. Algunos chorretones negros del rimel corrido formaban sendos caminos emborronados sobre su tez pálida.

—Gracias, Ruth. Algunas de las chicas no llevan bien que esté por aquí—apenas tenía fuerzas ni para hablar, pero su voz temblorosa creó un eco dentro de aquel cubículo que resonó en todo el barracón —. ¿Cómo sabíais que estaba aquí?

—Los gemelos Montoya nos avisaron. Ya sabes, son las viejas del visillo del campamento—bromeó Eugenia. A Alex se le escapó una risilla tímida.

—Y no hagas ni caso a esas pánfilas. Además, ni que fuera culpa tuya. Ese cabronazo os ha obligado a esto —continuó Ruth.

—Así es, pero ya sabes —se encogió de hombros y soltó un suspiro decaído—. Al final del todo, soy un tío en el baño de mujeres.

—Cariño, pasa de todo —dijo Eugenia—. Joder, si eres mariquita cualquiera diría que te vas a poner viendo un monton de chochitos adolescentes.

—Eugenia, yo… —Alex comenzó a llorar.

—Eh, eh, no llores. A todo esto, ¿dónde está tu amiguita del alma? Tenemos que hablar todos muy seriamente sobre él.

—¿Helena? Le tocaba instrucción con los chicos —respondió Ruth por Alex.

—Bueno, la cosa es que sabemos cómo vengarnos del puñetero Scout Penoso. Pablo y yo tenemos una info muy importante para llevar a cabo nuestro plan. Esto no puede continuar así, joder, mira cómo nos trata, lo que te está haciendo a ti.

Alex salió por fin del baño y se lanzó a los brazos de Eugenia rompiéndose por completo, aunque no solo por lo que su amiga estaba narrando. En su interior, a pesar de lidiar con la vergüenza y el ridículo que la situación impuesta por el Jefe le estaba provocando, algo más crecía con una fuerza imparable y derribaba los muros que apresaban su mayor miedo. Se sentía bien llevando a cabo el castigo, lo disfrutaba tomándolo como algo que quizás de otra forma no se habría atrevido a hacer por su cuenta.

Por primera vez, no jugaba a un simple cambio de rol.

Por primera vez, se sintió como siempre había querido ser en silencio.

Una chica.

14

El bosque se abría ante las chicas como la boca de un enorme lobo tratando de devorarlas con sus fuertes dentelladas al aire. Por encima de sus cabezas, el cielo se iluminaba y rugía como hielo al resquebrajarse.

Alexandra renqueaba detrás de Helena, afectada por el dolor de la herida en su pierna, y lo hacía sin soltar la mano de su compañera en plena carrera. Las zapatillas se les hundían en el lodazal en que se convirtió el terreno. La abundante lluvia era un tapiz casi opaco que dificultaba aún más la huida a través de frondosos matorrales mecidos con la virulencia de un viento desatado.

—¡Tenemos que llegar al campamento! —aulló Helena.

—Corre tú, adelántate y pide ayuda —lamentó Alex—. Yo no puedo ir más rápido.

—¿Estás loca? Ni de coña te voy a abandonar aquí para que ese hijo de puta te encuentre —la voz de Helena se quebró al ver el rostro empapado y vencido de Alexandra.

—¡Helena! ¡Hazme caso, por favor! No me estoy rindiendo, no me voy a dejar atrapar tan fácilmente. Solo te estoy dando ventaja a ti. No quiero perderte otra vez.

—Joder, Alex, así no…

Helena se detuvo con la respiración agitada y se colocó frente a ella, que se dejó caer sobre el grueso tronco de una majestuosa y frondosa haya convertida ahora en el cobijo perfecto para la tormenta.

—Vamos a salir de esta, ¿me oyes?

Se abrazaron como no lo habían hecho hasta entonces. Ni el miedo, ni siquiera el dolor, les arrebató ese instante de intimidad y complicidad que las terribles circunstancias habían provocado. Fue ahí cuando Alexandra se deshizo en lágrimas con la barbilla apoyada sobre el hombro de su chica. Oficialmente ya podía llamarla así, aunque fuese en aquel contexto.

—Quizás nos lo merecemos. Quizás todo tiene que acabar así y aquí.

Alexandra enterró su mirada desolada en los ojos de Helena. Buscó el refugio y el perdón que de alguna manera había necesitado siempre, pero obtuvo algo más que eso como respuesta. Los labios de Helena se acercaron a los suyos y se fundieron en un cálido beso que las abstrajo del previsible peligro que las amenazaba a tan solo unos metros.

Alexandra agarró una de las manos que le rozaba el trasero. Estaba fría, extremadamente gélida y rígida, lo cual hizo que las alarmas se encendieran en su mente ya de por sí en alerta permanente. Pero no fue hasta que Helena le respondió con un gesto diferente que acabó por desbaratar cualquier atisbo de calma que restara en ella.

Helena colocó las manos en forma de cuenco bajo el mentón de Alexandra y observó cómo su expresión facial daba paso al terror en estado puro.

Con un acto reflejo soltó la mano que sujetaba y que aún seguía en su cadera derecha. Una sirena estridente sonó en la cabeza de Alex cuando comprobó que las personas no tienen tres manos. Se sobresaltó y provocó que a Helena se le enredaran los pies y cayera sobre un enorme charco de agua oscura. Vio el adelanto de lo que las esperaba en la siguiente escena, lo que las esperaba a un lado del tronco.

Los cadáveres de Eugenia y Pablo aparecieron bajo los destellos de luz blanquecina de la tormenta, como si fuesen expuestos a un fotógrafo perturbado con fines poco informativos.

Las chicas gritaron a la vez no solo partiendo la noche en dos, sino también desvelando su ubicación exacta para el Scout.

—¡Eugenia! —aulló Helena tratando de ahogar su propio alarido.

Los cuerpos de la pareja asesinada se mantenían clavados en el árbol, sujetos por las dos armas que los atravesaban, como dos insectos petrificados en un panel de corcho. La sangre aún fluía con vehemencia por sus heridas mortales, tiñendo de un rojo brillante la cascada natural que se había formado a través de los irregulares surcos de la corteza. Sobre ella el Scout había tallado su manido mensaje acusatorio:

MALOS SCOUTS.

Como una imagen fugaz y fantasmal, el Scout apareció en el horizonte, superpuesto al lienzo oscuro y tenebroso del bosque. En la corta distancia que les separaba, parecía estar vigilando, disfrutando del sufrimiento que él mismo había causado con su brutal obra.

Permaneció inmóvil unos segundos, marcando el tempo con una respiración profunda pero agitada. El movimiento de su hacha impregnada de sangre recordaba a un péndulo, o a la hoja de la mortal máquina de tortura que ideó Edgar Allan Poe.

Alexandra devolvió una mirada fulminante a su novia.

—¡Corre!

—No, no, no, Alex, vamos juntas —imploró Helena.

—¡Huye! —en los ojos de Alexandra se fraguaba la triste epifanía de los trágicos eventos que estaban por suceder—. ¡Ya!

La imponente figura del Scout reanudó la marcha sin perder de vista sus potenciales objetivos. El constante fulgor de los relámpagos conferían el aspecto de unas diapositivas terribles a su avance, incluso como si fuera a teletransportarse en apenas un pestañeo.

Helena sollozó con la contundencia de una cría pequeña, debatiéndose entre lo que debía y lo que quería hacer.

—Tranquila, llevo luchando toda mi vida por sobrevivir a este mundo de mierda. Nos vemos en nuestra cabaña, Helena.

—¡Alex!

—Por favor, no hagas más difícil…

—No, él ya no está. El Scout, mira.

Tras ellas, la estampa nocturna del bosque solo se veía amenizada por la lluvia que arreciaba sin tregua.

Alexandra exhaló un grito ahogado que apenas tomó fuerza suficiente. El jefe Scout surgió de la nada como el fantasma acechador que presumía ser y arrancó de un tirón el enorme cuchillo que mantenía unidas las cabezas de Eugenia y Pablo. El sonido acuoso que produjo acompañó a la perfección el chorro de sangre que salió despedido como si hubiese descorchado una botella de champán agitada con ahínco.

El Scout se abalanzó sobre Alexandra en pleno intento de huida. La apresó entre sus enormes brazos y le clavó la hoja cobriza en el pecho.

—¡Alex! —aulló Helena retrocediendo a trompicones.

—¡Co-corre…! —balbució.

El jefe Scout arrojó con desprecio el cuerpo de Alexandra. Soltó un pequeño chapoteo cuando cayó sobre el lecho de hierba mojado, pero no inundado. Observó la huida entre gritos de Helena, engullida por una noche prematura. Ladeó la cabeza como tratando de ajustar la visión a través de la oscuridad y la lluvia. Respiró tan hondo que su prominente torso parecía duplicarse bajo aquel uniforme roído y empapado de Scout.

Entonces, reanudó la cacería. La noche no había hecho más que empezar.

15

Cuando los hermanos Montoya cruzaron el renovado cartel de bienvenida al campamento, la tormenta ya azotaba con fuerza sobre todo el recinto. Al final del primer lineal de barracones, el lago se había convertido en un mar embravecido sobre cuya superficie se había levantado una bruma densa.

Al frente, justo delante de la explanada que servía como aparcamiento, se imponía el barracón de recepción, la única instalación con luz en todo el campamento.

Corrieron aderezados con una mezcla de emociones de lo más dispares. El miedo se hizo patente cuando se vieron cara a cara con el Scout y ahora, a tan solo unos metros de la puerta de la recepción, ese sentimiento volvió con más fuerza de la que ellos mismos eran conscientes. Aun así, el fervor por seguir con su plan, su afán por desenmascarar al que estaba detrás de todo aquello y poder así grabar el programa que les convertiría en los reyes de internet, subió hasta el primer puesto en la escala de prioridades.

—Prepárate para grabar, hermanito —gritó Andrés llegando al estrecho descansillo de madera cubierto, donde se aclaró la cara y se frotó el rasposo y húmedo cuero cabelludo. Su hermano le siguió y se colocó a un lado para repetir los mismos movimientos.

—¿Y qué se supone que voy a grabar? Si nuestras teorías son ciertas, no habrá nadie ahí dentro. Mario está encargándose de las chicas. ¿no?

Andrés se colocó delante de Abel. Posó las manos sobre sus hombros contraídos y le miró con perspicacia.

—Tú lo has dicho, hermanito. Nos vamos a esconder, esperaremos a que ese bastardo aparezca y entonces… ¡Zas! ¡Atrapado!

—Hasta ahí me encanta tu plan, pero ¿qué haremos entonces?

—Joder, Abel, somos dos, él uno y no se nos ha dado tan mal eso de matar, ¿no crees?

—Estás loquísmo, joder —farfulló Abel negando con la cabeza, pero sin perder esa prepotente mueca de superioridad.

—Bueno, ya sabes lo que dijo un sabio: todos nos volvemos locos alguna vez… —parafraseó Andrés.

—Vamos a ello, va —se mentalizó Abel con una determinación impostada—. Tú primero.

La puerta produjo un chirrido molesto que puso en alerta a los hermanos. La humedad en las últimas semanas debida al temporal de lluvias, hizo que las fibras de madera se inflamaran de forma considerable.

Antes de que la cálida luz de los viejos apliques llegara apenas a deslumbrar a los chicos, la voz de Mario tomó un protagonismo inesperado al darles la bienvenida desde el pequeño escritorio detrás del mostrador.

—Mario… —murmuró Andrés.

—¡Ey, chicos! Ya empezaba a preocuparme. La noche se ha puesto fatal y he intentado llamar para que volváis, pero la cobertura… —negó con la cabeza, contrariado.

Los gemelos no avanzaron. Se quedaron absortos bajo el quicio de la puerta viendo como sus teorías, y peor que eso, sus planes, quedaban reducidos a un puñado de ideas disparatadas fruto de años consumiendo casos de asesinatos e investigaciones conspiranoicas.

—Parece que habéis visto un fantasma —dijo Mario, riéndose—. Pasad, pasad, por Dios. Estáis chorreando.

—Tú estás aquí —esgrimió Abel sin poder esconder ese halo acusatorio con el que venía armado.

—¿Y dónde iba a estar con la que está cayendo? —frunció el ceño, alarmado—. ¿Dónde están los demás, chicos?—Mario se incorporó con visible preocupación y les instó de nuevo a que entraran y tomaran asiento.

Los hermanos Montoya titubearon unos instantes en la entrada del barracón atenazados por la duda que aún les llevaba de cabeza. Ante la insistente y educada invitación del hombre, accedieron y se sentaron en el único sofá de dos plazas que había.

—Están todos… —comenzó a hablar Abel con un ligero temblor.

—Esperad, que os traigo alguna bebida caliente para que entréis en calor —interfirió Mario—. Con este tiempo, parece mentira que estemos ya en verano —sin esperar una respuesta afirmativa, ya había desaparecido a través de una pequeña puerta tras el mostrador en la que se podía ver un cartel que rezaba «privado».

—¿Y ahora? —susurró Abel.

—Pues cambio de planes. Si él no es el Scout, es un obstáculo —resolvió Andrés sin dubitación.

—¿Qué planes dices, Andrés?

Mario volvió con dos tazas humeantes de algún tipo de bebida reconfortante.

—Espero que os guste el Nesquik, es lo único que tengo para echarle a la leche caliente.

—Sí, sí, es perfecto. Muchas gracias, de verdad —dijo Abel con una sonrisa sincera.

Los gemelos acabaron con la mitad de la taza en apenas un sorbo. Mario había conseguido la temperatura perfecta para que apenas se quemaran el paladar.

—Perdona que os haya cortado antes, chicos —dijo Mario—. ¿Dónde decíais que estaban los demás?

Abel hizo una mueca apenada y sostuvo la taza con ambas manos.

—Están todos muertos, él nos atacó —reveló, y bebió un par de buenos sorbos.

—¿Él? —Mario los miraba perplejo y con el ceño fruncido—. A ver, a ver. Por favor, explicadme qué ha pasado.

—Joder, tío, el maldito Scout ha vuelto. El loco que mató a Ruth. ¿Entiendes? —se alteró Andrés, y en un movimiento vertió parte de su bebida caliente sobre su regazo.

—Está bien, chicos, tranquilos —dijo sin perder la calma—. Tomaos eso y entrad en calor. Yo voy a ver si ha vuelto la línea para llamar a la policía, ¿de acuerdo?

Mario se levantó y se dirigió al mostrador.

Los hermanos Montoya se miraron de forma cómplice. Tenían que actuar con rapidez. No podían permitir que Mario pidiera ayuda antes de tiempo o todo habría sido en vano. Andrés terminó con todo el contenido de su taza antes de depositarla sobre una mesa baja frente a ellos. Introdujo una mano bajo el jersey empapado de agua y sacó una navaja escondida en la cintura.

Miró a su hermano y asintió, convencido de que recibiría la misma señal. Pero el rostro emborronado de Abel lo buscaba a él con la expresión desvaída y desorientada.

—¿Abel? —logró pronunciar Andrés con la lengua adormecida por un incipiente y molesto hormigueo.

En lugar de escuchar la voz de su hermano, Mario irrumpió de forma tajante desde donde los vigilaba con cautela.

—Entonces, ¿habéis abandonado a vuestros amigos a su suerte?— Mario cambió el semblante, incluso arqueó la espalda hacia adelante tomando una pose más digna de un animal en plan de ataque—. Me

estáis diciendo que el temido Scout ha regresado de la muerte, ha aparecido en mitad del bosque para mataros y vosotros dos, dos tíos como dos torres, ¿habéis huido con el rabo entre las piernas?

Andrés y Abel no se sentían bien. Un repentino mareo les sobrevino alterando la percepción de las cosas. El mundo giraba, pero ellos estaban inmóviles en el sofá. Hicieron uso del gen gemelo y, como activados por una fuerza cósmica, reaccionaron a la vez, replicando de forma idéntica los mismos movimientos.

Dirigieron la mirada hacia las tazas que Mario les había entregado, y luego intercambiaron una mirada de discernimiento.

—Este hijo de puta nos ha drogado—balbuceó Andrés a duras penas.

—Siempre habéis sido unos cobardes sin remedio —espetó. El tono de voz educado y tranquilo se volvió agresivo—. Siempre. Él me advirtió sobre vosotros. Parece que a los famosos gemelos que les asustaba el agua de críos siguen siendo unos malditos y patéticos cobardes. Eso sí, capaces de todo por la fama, ¿eh?

—¿Tú eres el asesino?—escupió Abel con la voz entrecortada. Un hilillo de saliva resbalaba por la comisura de sus labios torcidos.

—Eso os hubiese gustado, ¿verdad?, para vuestros planes. De hecho, me apuesto lo que queráis que yo he sido el principal sospechoso desde el principio.

Rodeó el mostrador y apoyó las manos de forma despreocupada.

—Pero no os desaniméis, chicos —chasqueó la lengua y los miró con gesto comprensivo—. Aunque era predecible que pensarais así, y más viniendo de un par de expertos del true crime como vosotros, no ibais mal encaminados. Pero aún os falta mucho por descubrir. Ahora, descansad. En nada empezarán vuestras nuevas clases de nado.

Las últimas palabras de Mario llegaron como un eco que no solo reverberaba con una fuerza monstruosa en las mentes confundidas

de los hermanos, sino que también taladraba y escarbaba en la miseria más profunda de sus recuerdos enterrados.

Ya no estaban en la cabaña, sino flotando en aquellas aguas oscuras en las que un día creyeron ahogarse y que ahora parecían reclamarlos de nuevo.

16

VERANO 2000

CAMPAMENTO LAGO DE LA PENA

GEMELOS MONTOYA

—¿Estáis seguros de que funcionará? —Fidel se mostró algo reticente a la propuesta del grupo, pero en el fondo se moría de ganas por llevarlo a cabo como todos los demás.

—Si lo que vimos en la cabaña es cierto, esas amiguitas de ahí le van a dar el verano al gran jefe *scout* —Pablo señaló un nido de avispas que colgaba de una de las ramas más bajas de un viejo olmo, a tan solo unos diez metros de donde el grupo de amigos había formado un círculo sobre la hierba. Pablo se había postulado como el orquestador de aquella venganza.

Ruth apareció entonces con el rostro compungido y los ojos enrojecidos de llorar. Los surcos brillantes de lágrimas eran visibles en sus carrillos sucios de polvo. Se hizo un hueco entre los gemelos Montoya y cambió el semblante de forma automática a uno más duro.

—Quiero matar a ese hijo de puta —exclamó la chica frotándose los ojos.

—¿Qué ha pasado, Ruth? Vaya pinta traes —dijo Andrés, añadiendo como siempre su granito de arena con su humor personal.

—¿Estás bien, cariño?—atajó Helena.

—Vengo de la clase de arco…

—Pues no digas más —dijo Abel—. Con tu super puntería, fijo que te la has cargado con el Scout Penoso —hizo alarde del mismo sentido del humor que su homólogo.

—Joder, no se me da bien y ya —respondió Ruth, molesta—. Somos niños, ¿acaso importa el puñetero tiro con arco?

—¿Qué te ha hecho? —se preocupó Alex, acercándose a ella para cogerle de las manos aún temblorosas.

—Me ha obligado a ser la diana para «enseñarme» cómo disparar correctamente. ¿Os lo podéis creer? Ese cabrón me ha disparado las flechas a mí, joder. Es un puto psicópata, podría haberme herido o incluso matado.

—Solo quiere sentirse superior a todo el mundo. Enseñarnos que todo lo hace bien y los demás somos unas mierdas a su lado— argumentó Eugenia con saña.

—No sabéis el miedo que he pasado. Y sí, me he meado encima, antes de que digáis nada —dijo Ruth, y sonrió abochornada.

Todos rieron de forma cómplice con ella.

—Ya decía yo que olía raro —siguió Andrés, alejándose de la chica entre risas.

—¿Cuándo decís que lo vamos a hacer?—añadió Ruth obviando el gesto de su amigo.

—Sabéis que nos podemos meter en un buen lío si le pasa algo, ¿no? —alegó la pequeña Helena colgándose del hombro de Alex, que ya volvía a su posición junto a ella.

—No seas pava, tía. Ese pedazo de mierda se merece lo que le pase —dijo Eugenia, tajante—. Te recuerdo que vosotros dos seguís disfrazados por orden del gran jefe, aunque me da que lo estáis hasta disfrutando.

Alex y Helena pusieron los ojos en blanco.

—Además, visteis que llevaba encima la medicina —apoyó Andrés—. Así que, ¿qué puede salir mal?

Los hermanos Montoya se apuntaban a un bombardeo a pesar de que a ellos Durán Formoso no les había hecho nada hasta la fecha.

—Como mucho, estará fuera de circulación unos días con algunas picaduras de más de la abeja Maya —todos rieron la ocurrencia de Abel como una pequeña manada urdiendo su malévolo plan bajo el radiante sol de verano.

—Son avispas, tío—recalcó Fidel sacándose un Chupa Chups de cola del bolsillo del uniforme—. Bueno, si está todo el verano tampoco va a pasar nada. No creo que nadie le eche de menos.

—Discúlpeme, experto en zoología —dijo Abel con sorna.

—¿Cómo coño consigues esas guarradas, Fideo?—soltó Andrés—. Después de lo que te hizo nuestro gran líder, ¿no has perdido el apetito?

—No me lo recuerdes, anda —gruñó Fidel—. Hace falta mucho más para que deje de comer, aunque no te voy a negar que le he pillado algo de tirria a la carne de cerdo —Fidel chupeteaba su caramelo con una ansia voraz mientras hablaba sin sacarlo de la boca.

—¿Y habéis pensado en cómo hacer que vaya a la cabaña? —se interesó Helena.

—Está todo pensado, cariño. Sabemos perfectamente cómo hacerlo —Eugenia enfatizó la respuesta con un cariz sensual mientras miraba de forma lasciva a su novio.

—Por cierto, ¿vosotros no tendríais que estar en clase de natación? —advirtió Alex dirigiéndose a los gemelos.

—¡Hostias, hostias! —Abel se incorporó de un salto, sacudiéndose los restos de hierba y tierra del trasero—. Las putas clases de natación, Andrés. Nos la vamos a cargar, joder. Ese puto psicópata no soporta la impuntualidad.

—Tranquilo, hermanito —dijo Andrés—. ¿Qué nos va a hacer, tirarnos al agua sin saber nadar como castigo?

—¡Salten!

—¿Así sin más? ¿Y las tablas de natación? —reclamó Abel con voz apocada. El muchacho se situaba junto a su hermano al borde de la tarima en el final del embarcadero. Los dedos de sus pies se curvaban contra la madera como las garras de un halcón a su presa.

—Scout Montoya, haga el favor de comportarse como un hombre y salte de una vez —insistió Durán.

—Yo no pienso tirarme al agua sin salvavidas, ya se lo digo —rezongó Andrés—. Es consciente de que no sabemos nadar y aun así pretende que nos lancemos desde aquí. ¿Y si nos ahogamos? —usó un tono más reivindicativo a pesar de que sus largas y escuálidas piernas temblaban de forma inconsciente.

—Para empezar, sí se va a tirar. Se lo aseguro —dijo con una sonrisa ladina—. Y sí, soy consciente de su incapacidad en el agua, pero para eso estamos aquí, para que aprendan.

Durán Formoso los observaba inmóvil a unos metros de ellos.

—Dado que no son capaces de llegar a la hora en la que empiezan las clases con todos sus compañeros, pues lo tendremos que hacer en menos tiempo y de forma más… contundente, digámoslo así.

—Ya le hemos pedido disculpas por eso. ¿No podemos dejar la clase para mañana? Está oscureciendo, señor.

Abel no podía esconder el terror que se reflejaba en su rostro contraído. Su hermano posó un brazo sobre sus hombros para tratar de calmar su ansiedad, dejando de lado la suya propia.

—Tranquilo, hermanito, no va a dejar que lo hagamos. Es un farol, ya lo verás —susurró Andrés con la falsa creencia y convicción de alguien que se encuentra ante el mismo peligro.

El jefe *scout* caminó hacia ellos con las manos cruzadas en las lumbares. Marchaba con pasos coreografiados y simétricos que creaban una tediosa comparsa militar sobre los tablones de madera.

—¿Saben? Hay algo que me perturba más que la impuntualidad y es ver a dos hombres como dos torres siendo unos cobardes absolutos —espetó—. En el ejército no durarían ni medio segundo con esa actitud.

Se detuvo en el extremo contrario, de cara al vasto lago en su parte más profunda.

—Miren al *scout* Ramírez, que continúa nadando aun habiéndose acabado las clases. Eso es ser un buen solda…, un buen *scout*.

—Quizás ese sea su problema, señor —contradijo Andrés—, que sigue pensando que está en el ejército y no acepta que es un simple monitor de campamento de verano —esgrimió su rabia y temor, confrontando al jefe donde más le dolía—. No somos soldados, joder, somos niños a los que les importa una mierda sus aires de grandeza.

—Cállate, Andrés, joder —murmuró Abel con el rostro retorcido de terror.

Abel se vio apurado e incluso hizo el amago de lanzarse al agua para que todo aquello acabase, pero el intento se quedó en un movimiento frustrado y ridículo que hizo sonreír al jefe *scout*.

—Vaya, vaya. Podría usar esa valentía que parece tener de repente para dirigirse a mí con tal prepotencia para aprender a nadar.

Reanudó la marcha con paso ligero y se detuvo entre los dos hermanos con porte erguido.

—Pero le voy a dar la razón en algo, *scout* Montoya. Todos ustedes, niños malcriados y consentidos por unos padres incapaces de darles la educación que merecen, se convierten en mi ejército una vez ingresan en este campamento, y como tal son instruidos y tratados. ¿Y saben qué sucede con los soldados que no sirven para nada?

Hubo un silencio largo e incómodo, tan solo interrumpido por el murmullo de las corrientes de agua en constante movimiento que exacerbaran la agonía de los gemelos.

En apenas un segundo, la situación cambió de forma tan radical que los gemelos tardaron en procesarla. Abel se vio abocado al desastre sin capacidad de reacción y ante la impotente mirada de su hermano. Durán Formoso le dio un puntapié al muchacho con la suficiente fuerza para que perdiera el equilibrio y cayera al agua.

Andrés se quedó paralizado. Vio a cámara lenta el descenso de Abel, que realizaba aspavientos con los brazos, como si quisiera aletear y evitar el inevitable aterrizaje de emergencia en el lago. Pero no era un ave ni un avión, así que desapareció bajo su superficie calmada.

—¡Abel! —Andrés contuvo el aliento casi el mismo tiempo que su hermano tardó en resurgir de las profundidades entre chapoteos descoordinados. Dudó unos segundos interminables, titubeando y jugueteando con la posibilidad de saltar para ayudar a Abel, aun sabiendo que quizá sería el lastre que los hundiera a ambos, o de girarse hacia el jefe scout y obligarlo a golpes a detener aquello

—¿Y ahora? ¿Dónde ha quedado toda esa bravuconería, *scout* Montoya? —dijo Durán, complacido—. ¿Qué va a hacer? ¿Sucumbirá a su miedo irracional al agua o, por el contrario, saltará para salvar a su hermanito?

Andrés no permitió que la voz rasgada del jefe *scout* invadiera sus pensamientos. Los gritos de auxilio de Abel copaban sus preferencias. Los chapoteos en la superficie se convirtieron en crueles sacudidas por la supervivencia con las que Abel a duras penas lograba mantenerse a flote.

—No se lo piense mucho, *scout*. El tiempo es crucial —dijo Durán con indiferencia.

Entonces saltó.

Durante la caída no pensó. Solo vio que el paisaje se transformaba de forma vertiginosa a su alrededor. Luego, una oscuridad verdosa lo

engulló como las fauces inescrutables de una bestia marina.

Contuvo la respiración mientras se hundía a una velocidad pasmosa. Alcanzó a ver a Abel zarandeándose con fuerza a su lado. Cuando la gravedad dejó de actuar y lo sumergió hacia el fondo del lago, emergió con el ímpetu necesario para sacar medio cuerpo al exterior. Abel, en su agonía e histeria, se agarró a él como un salvavidas. Ambos se hundieron, truncando la operación de rescate.

Los hermanos eran todo brazos que chapoteaban, cabezas que apenas emergían. Durán Formoso observaba su desesperación como si fuera un espectáculo único que no quería perderse. El arrebol del ocaso teñía el cielo y extendía sombras alargadas sobre la tierra, tragando a los gemelos como un enorme agujero negro.

Abel ya había tragado suficiente agua como para perder el conocimiento en cualquier momento, pero su instinto seguía luchando por salir a flote sin soltar el brazo de su hermano. Le dolían y quemaban los brazos. Sentía que eran más pesados, como si quisieran que los gemelos se hundieran.

De pronto vio un remo que apareció delante de ellos como por arte de magia. Andrés fue el primero en darse cuenta. Tomó aire y se lanzó a por él con las pocas fuerzas que le quedaban, abrazando el apéndice de madera que había brotado del agua como un regalo compasivo del propio lago.

La primera imagen que tuvieron al ser pescados fue el rostro satisfecho del jefe *scout*, que entre grotescas carcajadas clavaba su incisiva mirada en los gemelos.

—Absolutamente patéticos.

17

Helena llegaba al campamento al mismo tiempo que la lluvia amainaba en la zona. Aunque la tormenta continuaba acechando, el viento tomó el relevo en aquella noche fatídica.

Algunos claros se abrieron entre el falso techo de nubes oscuras y permitían que la luna filtrara unos haces de luz tímidos, suficientes para dar una nueva pincelada de claridad necesaria.

Respiraba con dificultad, jadeando a tal velocidad que se detuvo para tomar aire. Se dobló sobre sí misma, con las manos presionadas en su vientre. Un flato atroz infligió un latigazo que le recorrió su menudo cuerpo fatigado.

Allí lloró, detenida frente al cartel de bienvenida al campamento. Gritó desgarrándose la garganta con el rostro sumido entre la rabia contenida y el horror sufrido. Un crujido a sus espaldas, más allá de unos arbustos zarandeados con la virulencia de un aire feroz, alertó del posible peligro que le perseguía.

Tomó una bocanada profunda de aire. Un nuevo pinchazo estomacal le atravesó, pero emprendió la marcha hacia los barracones.

—¡Socorro! ¡Por favor, que alguien me ayude! —aulló con la voz rota —. ¡Andrés! ¡Abel!

La cabaña de recepción era la única edificación con luz en toda la zona sin contar el embarcadero. Al final del primer lineal de barracones y sirviendo de acceso al gran lago, se alzaba iluminada por dos potentes focos de luz blanca la misma estructura de madera

que ya existía hacía quince años. Estos alumbraban a las dos embarcaciones amarradas a cada lado.

El viento zarandeaba con violencia la vieja campana, colgada en uno de los postes más altos de la pasarela central. Su tintineo devolvió a Helena al temido pasado por un microsegundo.

—¡Mario!

Silencio.

Caminó algunos pasos más sobre el pavimento, convertido en un barrizal difícil de cruzar. Lo hizo desorientada pese a conocerse el campamento al dedillo. Se sentía fuera de juego. A su alrededor, las diferentes calles de cabañas, la plaza central y el aparcamiento giraban dentro de un torbellino emocional a punto de succionar a una Helena devastada.

Dudó entre buscar un teléfono fijo en la recepción para pedir ayuda o ir a su barracón para coger las llaves del coche y huir cuando la voz familiar de Mario la envolvió bajo el amparo de la tranquilidad que necesitaba en ese momento.

—¡Helena! ¡Helena!

Mario corrió hacia la chica enfundado en un chubasquero de color amarillo que casi lo cubría por completo. Tenía el rostro empapado y descompuesto. En una mano portaba una linterna con la que se abría camino a través de la noche cerrada mientras con la otra se enjuagaba la cara y escurría el agua de su barba frondosa.

—¡Dios mío, Mario! ¡Por fin! —Helena se lanzó a sus brazos en busca de cobijo y protección—. ¡Tenemos que salir de aquí!

—Tranquila, Helena, lo tengo todo preparado. Los gemelos nos esperan en las lanchas. Vine a buscar pilas para las linternas que tengo allí.

—¿Andrés y Abel están aquí?

—Así es. Llegaron hace un rato muy asustados. Ese hijo de puta os atacó, ¿no?

—¡Sí!

Helena no pudo aguantar más y rompió en un llanto estremecedor, doloroso para quien la oyera.

—Dios, no me digas que Alex…

—Tenemos que salir de aquí ya, Mario. Me está persiguiendo.

—Vamos —envolvió a Helena con un brazo—. Rodearemos el lago con la lancha hasta el siguiente pueblo.

—¿Y por qué no cogemos los coches? Será más rápido.

Mario señaló el aparcamiento con el rostro compungido. Los coches se alineaban como cadáveres metálicos en un cementerio inundado. Además de que las ruedas se hallaban bajo el agua, también habían sufrido daños. Tenían los capós abiertos con las entrañas expuestas y maltrechas.

—Mala idea. Estamos atrapados aquí, pero al menos nos queda el lago como vía de escape.

Helena asintió resignada.

El Scout había vuelto para vengarse de cada uno del grupo de la Pena. De alguna forma que la chica aún no comprendía, lo que hicieron siendo unos chavales no tuvo el trágico desenlace que creyeron. Eso significaba que quienquiera que estuviera haciendo eso era otra persona. La ausencia de una motivación era aún más aterradora que la venganza clásica.

Sea como fuere, Helena corría con el corazón en un puño agarrada al brazo de Mario como si la vida le fuera en ello. Las embestidas del viento contoneaban a las lanchas como dos simples barquitos de papel arrastrados por la corriente hacia alguna alcantarilla cercana.

—¿Aguantarán? —receló Helena.

—Tranquila, esas soportan lo que sea. Además, las amarré a dos cabos más por si acaso.

Helena se sintió aliviada. El tono pausado de Mario y su aparente seguridad ante el caos desatado propiciaron el maridaje perfecto

para que ella bajara la guardia, aunque solo fuera por unos momentos.

La neblina parecía moverse más rápido sobre la superficie del lago en constante movimiento, quizás aprovechando los intermitentes periodos de lluvia y las intensas ráfagas de viento. Recorrieron la pasarela de madera mojada hasta llegar a la plataforma perpendicular en la que estaban las embarcaciones. Sus pasos tronaron sobre el área entarimada como disparos al aire, que el eco transportó a lo largo y ancho de todo el valle.

—¡Súbete a esa de ahí, rápido, Helena!—ordenó Mario mientras trasteaba con uno de los amarres.

Helena no dudó, saltó sobre la cubierta encharcada y esperó a que Mario se reuniera con ella. Desde su posición podía ver la segunda lancha justo al otro extremo de la plataforma golpeando con fuerza la obra muerta contra los postes laterales.

—¿Cuánto te queda, Mario? Va a aparecer en cualquier momento —dijo, aterrada.

—Estamos listos. Vámonos —esa afirmación llegó como agua de mayo a los oídos de Helena. Una minúscula sonrisa apareció en su rostro contraído.

El motor rugió con fuerza y una gran masa de agua espumosa surgió bajo la popa de la lancha.

—¡Espera, Mario! ¿Y los gemelos? ¿No estaban esperando aquí?

—Les dije que se quedaran junto a las embarcaciones. Habrán decidido hacer otra cosa —sus palabras denotaban desinterés. Ni siquiera le dedicó una mínima atención a la chica. Continuaba con su tarea de capitán.

La barca comenzó a desplazarse con lentitud.

—No puede ser. Ellos no nos abando…

—¿Abandonarían? —interrumpió de forma tajante—. Pues tampoco sería algo que me extrañara. Esos dos siempre han sido unos

cobardes.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir, Mario?

—Pues justamente eso. Joder, lo eran hace quince años y lo siguen siendo ahora

Helena quedó petrificada. Tragó saliva y trató de desviar la mirada hacia el embarcadero, que se alejaba peligrosamente de ella.

—¿Por qué hablas así de ellos?—las palabras se le acumulaban en la garganta, obstruidas por el terror y la angustia.

—Creo que tengo el derecho de hablar de ellos como me salga de los cojones, de ellos y de cualquiera de vosotros —bufó con un tono de voz vehemente—. La pandilla del lago de la Pena. La pandilla insurgente del año 2000 —dijo con retintín.

Helena no daba crédito a lo que estaba escuchando, mejor dicho, de quién lo estaba escuchando. Trató de encajar las piezas que hasta ahora había reunido de todo aquel galimatías sin sentido, pero ni una de ellas encajaba con el eje central, ni una pertenecía al rompecabezas ensangrentado que formaba la imagen del jefe *scout* siendo consumido por las llamas.

—Mario, no sé a qué te refieres. —Entonces, una suposición aciaga se formó con una rapidez aterradora—. Ni siquiera sé si eres Mario. Pero vuelve al embarcadero y deja que me vaya, por favor.

—¿Sabes lo que más me molesta de todo esto?

La lancha frenó en seco cuando el motor calló repentinamente. Con una maniobra brusca, Mario colocó la embarcación en dirección contraria empujado con la inercia tomada y el movimiento del agua. Helena perdió el equilibrio y cayó sobre uno de los asientos traseros.

—Vuestra arrogancia, vuestro pasotismo. Cómo, después de lo que hicisteis, habéis seguido con vuestra miserable vida como si nada. Como si la suya no valiera una mierda —su voz tronó como lo haría la de Durán Formoso quince años atrás.

—¿Pero quién coño eres, joder?

—Yo soy el Scout. Bueno, no el original, pero sí la nueva versión de vuestras peores pesadillas.

Mario soltó una risotada histriónica con una mueca impostada en su rostro distorsionado. Ni siquiera parecía la misma persona de hace tan solo unos minutos. Una versión desquiciada, y también ridícula, afloró en la personalidad de Mario. Alcanzó algo que tenía guardado bajo sus pies y se lo colocó sobre la cabeza. Un sombrero de *scout*.

Helena entreabrió los labios, pero no salió ningún sonido. Examinó de forma minuciosa la cubierta en busca de algo con lo que defenderse. Remos collados en los costados, un kit salvavidas bajo la borda de estribor, un bidón de combustible cerca del timón y un hacha de mano cerca del extintor.

—¿Por qué? —fue lo único que pudo decir.

—Joder, Helena. ¿Por qué? —dijo con una risa amarga—. ¿En serio?

Helena se lanzó a por uno de los remos, pero Mario la abofeteó con el trabajado dorso de la mano antes incluso de que se levantara del asiento. De su pómulo abierto por el golpe resbaló un fino hilo carmesí.

—Ni se te ocurra, zorra —advirtió en tono relajado.

—¡Estás loco! —dijo Helena, cuyas lágrimas traicionaban sus emociones, pero no le daría el privilegio de oír su llanto.

—¿Loco? Quizás —se encogió de hombros—, aunque yo diría que soy metódico, obsesivo. Qué coño, yo soy un puto buen *scout*; el mejor, de hecho. ¿Sabes que obtuve todas las insignias que existían? ¿Quieres verlas? Las llevo todas aquí conmigo, siempre las llevo. Son mi orgullo

Mario se deshizo del chubasquero amarillo y se desabrochó los botones de la camisa de cuadros. Debajo vestía una camiseta blanca con decenas de parches cosidos.

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotros? —dijo Helena mirando con espanto las insignias.

El hombre alzó la vista hacia ella; sus ojos oscuros, inyectados en sangre, estaban cargados de una ira irrefrenable.

—Todo. Vosotros acabasteis con lo único bueno que tenía, mi única motivación para seguir viviendo.

—Pero si no te conozco, joder. No te conocíamos ninguno.

—Eso es cierto. No me conocíais, aunque sí sabíais quién era. ¿Te suena el apellido Ramírez?

—¿Ramírez? —soltó casi en un grito, sorprendida—. ¿Eres el maldito Iván Ramírez?

—¡Bravo! ¡Punto para la señorita! —aplaudió Iván con entusiasmo—. ¡El mismo que viste y calza cerrando el ciclo y vengando a mi padre!

—¿Él…? —dijo en apenas un murmullo. Tenía la boca entreabierta y el ceño fruncido. Negó con la cabeza, resolutiva—. ¡Eso es mentira! El jefe no tenía hijos. Ni siquiera tenía familia.

Iván se acercó a ella, imponente como un oso pardo, y la fulminó de nuevo con la mirada.

—Él fue como un padre para mí. Me enseñó todo lo que soy hoy, incluso a defenderme y plantarle cara a mis verdaderos progenitores, unos maltratadores de mierda. Él me dio un motivo para seguir adelante, ¿me oyes?, me guio para ser como él, un buen hombre, un buen *scout*. —Una solitaria lágrima descendía con parsimonia de un párpado, pero se la enjugó con rabia con el dorso de la mano—. Hasta que llegasteis vosotros y… Bueno, esa parte ya la sabes, ¿no?

—Dios mío —dijo, incrédula—. Nosotros no pretendíamos…

—¿Qué? ¿Matarlo? Pues lo hicisteis de puta madre —dijo con sorna —. Si hubiera habido una insignia al mejor niño asesino, os la habríais llevado de calle.

La tristeza del recuerdo de Durán Formoso desapareció de su cara. En su lugar, apareció una malvada y orgullosa expresión que lo

acercaba a una versión aún más fragmentada de la psique de Norman Bates.

—Pensándolo mejor, me la habría llevado yo. Lo que hice con mis padres biológicos fue digno de una buena insignia.

Helena sollozó con espanto.

—¿Qué me vas a hacer?

Iván sonrió con ternura.

—No te adelantes, cielo. Aún quedan muchas sorpresas por desvelar, como… —sus labios se ensancharon y sus ojos brillaron con una alegría demencial—. ¿Quién es él?

Las luces de la segunda lancha se encendieron al otro lado del embarcadero, dejando al descubierto la silueta del Scout en el interior de la embarcación, justo delante del timón. La inconfundible forma del sombrero era un nimbo en su cabeza y su presencia, una revelación divina.

—El jefe Scout original. ¡Está vivo! —dijo con la emoción de Víctor Frankenstein al comprobar que su creación era un ser latiente.

Helena abrió los ojos, incrédula y aterrada. Frente a ella, el fantasma que le había acompañado durante los últimos quince años se erguía victorioso y desafiante, pero por encima de todo, vivo. ¿Era acaso posible? La posibilidad de que fuera otra persona disfrazada como el Scout tenía bastante sentido en ese momento.

—No puede ser. Nosotros lo vimos morir.

—Corrección —objetó, levantando el dedo índice en un gesto elocuente—. Vosotros lo visteis arder —recalcó la última palabra—. Luego huisteis como las ratas cobardes que sois.

Iván se volvió hacia el timón para enderezar y pilotar la lancha en línea recta. En ese instante de despiste, Helena agarró el hacha y la escondió bajo su asiento.

—Hablando de ratas cobardes. Buscabas a los famosos hermanos Montoya, ¿no? —alzó los brazos e hizo aspavientos al jefe Scout—.

¡Es la hora, papá!

Avanzó unos metros con su propia embarcación, separándose del embarcadero, y se colocó en paralelo a la de Iván. Fue en ese instante cuando Helena alcanzó a ver una serie de cuerdas que sobresalían desde la popa de la otra lancha y llegaban hasta la plataforma perpendicular, perdiéndose justo por debajo, en la más densa oscuridad. Se apresuró entonces a mirar la popa de la lancha donde se encontraba. Cuatro gruesos cabos surgían de la parte hundida del casco y llegaban al mismo punto que las otras.

—¿Qué está pasando?

Iván dirigió uno de los focos del barco hacia el embarcadero, haciendo que el haz de luz dejara al descubierto la terrible escena.

Eran Andrés y Abel. Los hermanos Montoya estaban amarrados a cada uno de los robustos postes que sujetaban la tarima superior y que se hundían hasta el fondo del lago. Los muchachos se encontraban amordazados y abrazados a las columnas. Tenían cada extremidad estirada hacia delante y atada a las cuerdas que alcanzaban los barcos.

Los motores rugieron con furia. Los cabos danzaron como serpientes en celo sobre la superficie agitada del lago, tensándose con una parsimonia cruel.

—¡No podéis hacer esto! ¡Parad! —aulló Helena.

Se lanzó con las manos desnudas contra Iván, que se giró con agilidad y le asestó un puñetazo en la cara. Notó un escozor nasal que le llegó hasta el cerebro. La sangre manaba descontrolada, se bifurcaba a la altura de los labios, dejándole un regusto férreo, y caía al suelo en un chorreo constante.

—¡Cállate de una puta vez y disfruta del espectáculo! —gruñó Iván —. Esas dos sabandijas se merecen más que nadie lo que les pase. Son casi peores que nosotros, te lo aseguro. Si no me crees, pregúntales por Fidel. Bueno, no les preguntes nada, ya te lo digo

yo: esos mierdas se lo cargaron y hubiesen hecho cualquier cosa para grabar su estúpido programa. Así que no somos tan diferentes.

—¿Qué demonios estás diciendo? —dijo Helena con dificultad, escupiendo la sangre que se le colaba en la boca—. Ellos jamás serían capaces de matar…

—De nuevo, corrección —volvió a levantar el dedo índice—. Ya lo hicisteis hace quince años. Aunque no saliera bien, la intención estuvo. Y estos en concreto son capaces de mucho más. Si sobrevives a esta noche te invito a que le eches un vistazo a sus teléfonos móviles que están en mi escritorio en recepción, no tiene desperdicio.

Miró a la lancha de al lado con una sonrisa cómplice.

—Pero ahora estamos aquí para darles la última clase de natación, a ver si se ganan la insignia.

Iván alzó el brazo derecho.

—¡Ahora! —gritó.

Las lanchas avanzaron a toda velocidad hacia el interior del lago. Helena salió despedida hacia atrás. En su caída logró divisar el kit de supervivencia anclado a un lado. El impacto en las costillas contra la barandilla la dejó sin respiración durante unos instantes agónicos.

Iván esbozó una carcajada triunfal, casi exageradamente teatral. La embarcación continuó su andadura tensando las cuerdas hasta el límite. Hubo una pequeña fracción de segundo en la que los cuerpos de los gemelos ejercieron de tope ante el estirón final. Los motores parecían estar a punto de sucumbir a un inminente fallo mecánico, trabajando a todo gas y haciendo que las cuerdas estuvieran tirantes por encima de la linde acuática.

El dolor fue extremo en cuanto la presión ejercida sobre cada una de las extremidades de los chicos colapsó. Los brazos de Abel fueron los primeros en salir disparados, seguidos de una de las piernas a la altura de la rodilla mientras la otra aguantaba estoica la cruel embestida. Tan solo su pie derecho fue arrancado de cuajo,

cediendo a la brutal abrasión de las fibras que lo apresaban, cortando como cuchillas afiladas al cerrarse por encima del tobillo

Con Andrés la situación fue algo más cruel si cabía. La lancha del jefe Scout no alcanzó la velocidad necesaria para competir contra la fuerza de resistencia que ejercía su cuerpo, así que le produjo laceraciones profundas y varios huesos se le dislocaron.

Helena gritó horrorizada al ver cómo el torso desmembrado de Abel se desprendía de las ataduras y caía al agua.

Las cuerdas seguían erosionando las muñecas y tobillos de Andrés, creando insondables heridas que no parecían tener fin. La incesable ficción destruía tendones y músculos ante un Andrés horrorizado y plenamente consciente.

Fue la mano izquierda la primera en perder la batalla. El hueso se quebró con un chasquido indescriptible mientras que la piel se retiraba como un guante de carne.

—¡Sube la hélice, papá, o ahogarás el motor! —propuso Iván a voz en cuello. Luego miró a Helena y bajó el tono—. Seamos sinceros, era el mejor *scout* en los dos mil, pero ahora ha quedado algo obsoleto.

El Scout actuó de inmediato e hizo que su lancha tomara el impulso necesario para hacer que Andrés dejara de oponer resistencia. En cuanto una de las piernas dejó de suponer un obstáculo, las demás extremidades la siguieron. Pronto Andrés quedó flotando a la deriva como un trozo de corcho, desangrándose y tragando agua a partes iguales. En ese estado de consciencia insoportable, deseó morir lo antes posible.

Helena aprovechó la euforia desatada de Mario. Se arrastró hasta su asiento y deslizó el arma que mantenía escondida. Se puso en pie, ignorando los calambres de sus costillas, la sangre aún manando de manera profusa de una nariz que le hormigueaba.

Pensó en sus amigos, en los gemelos, en el horror de su adolescencia. Pensó en Alexandra, que se la habían arrebatado.

Había huido en el pasado y continuó haciéndolo en un presente que se antojaba tan lejos como el verano del 2000. Esa Helena, junto a todo lo demás, había muerto. El miedo hizo que renaciera una versión de ella que clamaba venganza.

Se lanzó hacia Iván con el hacha levantada.

18

VERANO 2000

CAMPAMENTO LAGO DE LA PENA

PANDILLA LAGO DE LA PENA

—¿Os ha visto? —Helena no pudo evitar sentir algo de ansiedad. Eugenia y Pablo los precedían en aquella particular comparsa hacia su anhelada venganza planificada.

—No solo nos ha visto, nos ha fulminado con la mirada —hizo un parón para soltar una carcajada—. Le he comido la boca a Pablo a dos metros de él. Obvio que sabe dónde vamos y a qué, así que no tardará en darnos caza. Ahora alejaos y preparaos para hacer lo vuestro.

—Tengo a Abel creando la escena del crimen —dijo Andrés—. Ya sabéis: unas velitas, un poco de música… Vuestro nidito de amor, vaya.

—¿Quién se encarga de las avispas? —preguntó Fidel, intrigado—. Porque yo me niego a acercarme al nido.

—¿Sabes que hay miel dentro, Fideo? —bromeó Andrés.

—Qué gracioso —dijo, y le dedicó una peineta—. Es que me meo, tío, en serio. ¿Por qué no te grabas contando chistes? A lo mejor te haces famoso en el futuro haciendo vídeos.

—Yo lo haré —se ofreció Alex, sorprendiendo a todos con su valentía, que contrastaba con su físico y aparente debilidad—. He pillado unos guantes de goma en el comedor, de esos de fregar, y

me cubriré la cara con una sudadera. Eso sí, tiene que ser rápido, chicos.

—¡Olé, mi niño! —vitoreó Ruth, sonriente—. Muchos machos en el horizonte, pero pocos hombres, y tiene que venir nuestro pequeño Alex a demostrar quién es el que los tiene bien puestos.

Alex desvió la mirada totalmente ruborizado ante aquel comentario que, aunque a su favor, no podía estar más desubicado.

Fidel hizo caso omiso. No se sintió atacado para nada. Pablo y Andrés eran harina de otro costal, contraatacando con la única ocurrencia que les vino a su mente hormonada. Se pusieron a simular poses de culturismo, ensalzando sus escasos músculos como prioridad ante su dañada masculinidad. Finalmente, chocaron las manos con un sonoro golpeteo hueco.

—Evolucionad, hijos míos —dijo Ruth.

A pesar de los nervios a flor de piel, todos esbozaron una sonrisa coral.

—Entonces nos vemos allí —acabó Pablo.

—Ese cabrón va a recibir su merecido —sentenció Andrés perdiéndose entre la maleza del bosque. Helena, Alex y Fidel le siguieron.

Cuando llegaron a los aledaños de la vieja cabaña, Abel ya les esperaba sentado al pie de un árbol lo bastante grueso y robusto como para ocultar al grupo durante su nueva etapa de espionaje furtivo. Desde ese punto tenían la panorámica perfecta hacia la caseta, de la cual surgía una tenue luz anaranjada en constante movimiento. Dentro esperaban Eugenia y Pablo, dispuestos a salir por un agujero ubicado en la parte de atrás cuando recibieran la señal.

Alex por su parte se atavió con el uniforme improvisado de apicultor novel y se situó justo debajo del olmo del que colgaba el nido de avispas.

—¿Estás nerviosa, cariño? —susurró Pablo abrazándola por la cintura.

—Un poco, no te voy a engañar —admitió Eugenia—. Pero, joder, se lo merece. Además, solo es una broma; unas cuantas picaduras no lo van a matar.

Imperó el silencio unos segundos hasta que Andrés dio tres golpecitos en una de las ventanas.

El plan maestro dio comienzo.

La inquietud en cada uno de los miembros de la pandilla se hizo palpable al divisar al jefe *scout* acercarse con sigilo a la cabaña. Aunque era pronto, el ocaso ya se preparaba para salir a escena, dotando al paisaje con un tono ambarino que pertenecía más bien a octubre que a un mes estival.

Alex ya escalaba sobre la gruesa corteza del árbol ante la atenta y preocupada mirada de Helena. Todo tenía que ser muy rápido y sincronizado. Cualquier error echaría por tierra el plan y todos estarían metidos en un tremendo lío.

Pablo y Eugenia ya se hallaban fuera de la cabaña, a tiempo de que Durán Formoso entrara para caer de lleno en la trampa.

Fideo hizo lo único que le habían asignado: colocar dos tablones delante de la puerta a modo de trancas. Sencillo, pero pieza fundamental para que el Scout no escapara a la primera de cambio, al menos durante el tiempo que ellos mismos habían estipulado como prudencial

A partir de ahí, se desató un caos inimaginable para las jóvenes mentes creadoras de aquel plan aparentemente inofensivo.

—¡Ahora! —señaló Andrés a viva voz.

Y Alex activó la última palanca del engranaje. Enfundado en su casero uniforme de protección antipicaduras arrancó el avispero de la rama que lo sujetaba. Se aproximó con rapidez a la cabaña y lo arrojó dentro a través de una de las ventanas rotas.

Al principio todo fueron risas de emoción, de victoria. Habían conseguido llevar a cabo su propia venganza hacia la persona que les había estado amargando la existencia durante todo el verano. Vitorearon y saltaron alrededor de la vieja caseta de madera. Intuían cuántos aguijonazos estaba recibiendo por la intensidad y la angustia en los desgarradores gritos del jefe *scout*. El hombre trató en vano de huir por la puerta principal. La golpeó con fuerza y los adolescentes vieron cómo temblaba, pero las trancas estaban cumpliendo con su función.

Su desesperación por salir se tornó enajenación al instante. Se movía realizando bruscos gestos con los brazos, intentando zafarse del enjambre que apenas le dejaba ver por dónde pisaba. Parecía que habían encerrado a un oso furibundo, pues del interior de la cabaña salían golpes bulliciosos. En uno de esos zarandeos, volcó las cajas de madera apiladas que hacían de base y las velas rodaron por el suelo. Algunas se apagaron con la caída, pero otras extendieron la llama del desastre.

Antes de que el fuego dominara todo, Durán Formoso continuaba con su árdua lucha contra las avispas, que a esas alturas ya tenían la guerra prácticamente ganada. Apenas podía respirar. Su garganta se inflamó de tal forma que tan solo un tímido silbido ahogado lograba salir en cada intento de gritar auxilio. Se encontraba al borde de sufrir un *shock* anafiláctico.

El fuego prendió con virulencia y rapidez. La madera seca y roída se convirtió en el mejor combustible para que en cuestión de segundos la cabaña se volviera un auténtico horno crematorio. Tanteó casi a ciegas y con las manos temblorosas el cinturón en el que guardaba la epinefrina. Aunque se la inyectó, su vida ya estaba en tiempo de descuento. Las llamas lo rodeaban y extinguía el oxígeno. El torbellino de avispas enfurecidas se disipó, amedrentado por el auge de la espesa humareda negra.

Fuera, la situación sufrió un cambio radical. Un silencio sepulcral sobrevolaba al grupo, que contemplaba atónito la deriva que había tomado su plan. Fidel hizo ademán de acercarse a la puerta para

retirar los maderos que había colocado, pero Pablo lo agarró del brazo para impedírselo. Justo en ese mismo momento, el jefe *scout* embistió la puerta, haciendo crujir los calcinados cimientos de la estructura. Una enorme lengua de fuego surgió por una de las ventanas medio tapiadas al lado de la entrada. El grupo se tiró al suelo con un grito de horror.

—¿Qué coño haces, Pablo? —aulló Fidel terriblemente afectado y molesto. Con un fuerte empujón trató de quitarse de encima a su amigo.

—¿Qué ibas a hacer tú? —reprendió Pablo, aguantando estoicamente la embestida.

—Hay que hacer algo, joder. ¡Tenemos que ayudarle! —volvió a gritar.

—Fidel tiene razón. A lo mejor aún podemos salvarlo —Helena dio un paso adelante. Aunque titubeó, continuó avanzando hacia ellos para separarlos.

En el interior de la cabaña, los gritos del Scout cesaron de forma abrupta. Unos gemidos inconexos procedían de aquel infierno, que poco a poco se encargaba de engullirlos.

Ruth cayó sobre sus rodillas. Las clavó con tal ahínco en la tierra que varias piedras penetraron en su piel y le abrieron tiras ensangrentadas.

—¿Sois tontos o qué? —Eugenia entró en acción. A pesar de su aparente calma, la voz denotaba otra cruda realidad—. Pensad, joder, pensad. Y aunque pudiéramos hacer algo por él, ¿qué pasaría después? ¿Qué nos pasaría? —subrayó esta última pregunta, la única que importaba porque de su respuesta dependía el futuro de cada uno de ellos.

—Pero no nos ha visto —señaló Alex—. Si abrimos la puerta y nos vamos corriendo, quizás podemos darle una oportunidad. No podemos dejarle morir así.

—Ahora te echas para atrás, Alexito, pero te recuerdo que el avispero lo has lanzado tú —acusó Andrés, aderezando la respuesta con una media sonrisa nerviosa.

—No nos puede pasar nada. Somos niños, joder —apoyó Fidel.

—Ahí Fideo tiene razón —convino Abel—. En cualquier caso, en este país no se juzga a los menores de edad como a los adultos.

—Ah, coño, entonces ya me quedo más tranquila —dijo Helena con sarcasmo—. Voy a cargarme a alguien más, total… ¿Qué más da? Sois la puta hostia, en serio.

Helena se derrumbó y lloró desconsolada.

—Esto es una locura. Mientras estamos discutiendo aquí, él se está muriendo —sollozó Ruth con la voz entrecortada.

—Joder, Helena, no quieras ser protagonista en esta mierda —espetó Eugenia—. La hemos cagado. Todos. Y estamos jodidos si no actuamos rápido y juntos

Eugenia mantenía el tipo a pesar de estar a punto de desvanecerse delante de todos. Pablo se aproximó a ella y la abrazó por encima de los hombros. Miró a Ruth.

—Y tú, te recuerdo que el otro día llegaste queriendo matarlo —sentenció.

—Euge tiene razón, tíos. Él ya está muerto —apoyó Pablo.

—Dios mío, esto no puede estar pasando —se martirizaba Fidel, que seguía sentado sobre la tierra abrazado a sus rodillas flexionadas.

—Hemos matado al maldito Scout Penoso —Andrés se sentía bien; no aliviado, sino pletórico.

—Estáis todos fatal de la cabeza —dijo Helena, agachándose para consolar a Fidel.

—¿Y ahora? —preguntó Abel.

—Ahora nos vamos a ir por separado y vamos a llegar al campamento como si nada hubiera pasado —Eugenia se colocó en el

centro y extendió su mano al frente—. Y bajo ninguna circunstancia volveremos a hablar de esto. ¿Me oís? ¡Nunca!

—Dios, ¿qué demonios te ha pasado, Eugenia? —dijo Alex, asombrado—. ¿Dónde está la chica que conocí el primer día?

Alex bajó la mirada y ocultó su rostro decaído. Extendió la mano y la colocó sobre la de Eugenia.

—Me das miedo —murmuró.

Pablo hizo lo propio y situó la suya a continuación. Abel y Andrés fueron los siguientes.

—Palabra de gemelos —dijeron al unísono.

Aunque rezagados y a regañadientes, Helena y Fidel también colocaron su mano, sellando de este modo el pacto que permanecería en secreto por el resto de sus vidas.

La puerta de la cabaña estalló en mil pedazos de madera humeante cuando el jefe *scout* la embistió de nuevo. No había nada humano en él, solo era una figura envuelta en llamas. Su rostro había desaparecido, dejando a la vista músculo calcinado y jirones de piel deshecha y sanguinolenta despegándose de la carne como papel mojado. Con un grito final, el Scout fulminó a todos los chavales con la mirada; el odio que rezumaba era tan penetrante que todos sintieron en sus propias carnes el fuego que lo estaba consumiendo. Cayó a plomo al suelo justo delante del grupo, con las llamas cebándose con él.

Su sombrero rodó colina abajo hasta desaparecer en unas zarzas.

La pandilla del Lago de la Pena se dispersó bosque adentro entre alaridos de terror sin mirar el cuerpo humeante sin vida que dejaban atrás.

Una mano delgaducha surgió de entre los zarzales a los que había ido a parar el sombrero en llamas. Lo sacudió con energía contra el pantalón de su uniforme y a continuación se lo colocó sobre la cabeza.

A pesar de quedarle grande y tiznarle la frente de negro, el *scout* Ramirez lo lució con orgullo. Las lágrimas afloraban en sus ojos oscuros y amenazaban con derramarse sin control. Pero no lo hizo, porque el jefe *scout* siempre le había dicho que los *scouts* no lloran.

Y él, ante todo, era un buen *scout*.

19

Iván se giró cuando oyó el grito y los pasos apresurados de Helena. Era tan previsible que se había preparado para el ataque. Pero reaccionó demasiado tarde, obsesionado con el regocijo sanguinolento que le recorría cada fibra nerviosa. Aun así, le alcanzó en el hombro con el cuchillo de caza que guardaba en la cintura.

Helena soltó un chillido prolongado y contempló la empuñadura negra de nogal que sobresalía cerca de la clavícula izquierda. Sintió que los tendones se rasgaban, que la hoja le acariciaba el hueso y propagaba un temblor eléctrico por el resto del hombro. Retrocedió entre temblores y llevó una mano a la herida. Lo hizo de forma instintiva sin percatarse de que empuñaba el hacha. Pero, para su sorpresa, sus dedos palparon la empuñadura.

Iván retrocedió a trompicones hacia la proa del barco.

Helena trastabilló, mareada. El movimiento oscilante de la embarcación no favorecía su equilibrio. El dolor era febril, frío y caliente, pero también entumecido. Sentía que flotaba y quería entregarse a esa ingravidez, pero si lo hacía, perdería.

Iván gimió y se llevó ambas manos al mango que emergía de su estómago. El hacha obstruía su respiración, incrustada debajo de las costillas.

—¡Hija de puta! —masculló con rabia.

Helena vio horrorizada, incrédula, que Iván extraía sin dificultad el arma. La sangre se extendió como un enorme punto rojo sobre su camiseta blanca. Goterones oscuros se escurrían de la cabeza del hacha.

—Te voy a ma…ta…

Ni siquiera hizo el intento de avanzar. Las rodillas se le doblaron y sus brazos aleteando en un intento ridículo de detener la caída. Aunque sus manos encontraron el timón, pero este se revolvió de su agarre. La lancha viró con brusquedad e Iván rodó junto al bidón de combustible, embadurnándolo con su líquido oleoso. El charco de sangre que manaba bajo su cuerpo dejó un restregón allá por donde su cuerpo se movía.

Helena cayó y se aferró a la barandilla con una fuerza que no era consciente de que podría sacar en ese momento. Observó el espectáculo, se movió junto a él, como si todo eso estuviera alejado de ella. El combustible le lamió las puntas de los zapatos y lo miró con incomprensión.

Desde otro punto del lago, el Scout contemplaba la escena, impertérrito. Parecía estar disfrutando, o incluso analizando, el buen hacer de su discípulo.

Helena se acercó para hacerse con el control de la embarcación sin perder de vista el aparente cuerpo sin vida de Iván. Le pateó un par de veces la cabeza, esperando un último susto, la constatación de que seguía con vida, o al menos la suficiente para acabar con la suya. Pero no, Iván no se movía.

Con el brazo derecho manejó a duras penas la lancha para llevarla de nuevo hacia el embarcadero. Tenía que llegar antes que el jefe Scout si quería tener posibilidades de huir. Tentó a la suerte, o más bien a la entereza y coraje que creía tener, para intentar extraer el cuchillo clavado en su hombro. Con solo un simple roce sobre la empuñadura, una especie de descarga eléctrica le recorrió la columna vertebral haciendo que se contrajera por el dolor.

—¡Joder! —exclamó a pleno pulmón.

Entonces oyó de nuevo el rugido de la otra barca, la del Scout. Se dirigía hacia ella con la determinación de llevar a cabo su venganza. Helena obvió el puñal, que no el dolor, y se concentró en mantener el rumbo de la lancha cuando un tirón en el tobillo la apartó del

timón. Cayó de bruces y el golpe le recordó su cara y hombro maltrechos. Un crujido vibrátil se le extendió hasta el cerebro. Se mordió los labios y la hoja del cuchillo profundizó dentro de ella. Saboreó el regusto de la gasolina y la sangre en la lengua. El hombro le ardía a la vez que un hormiguero entero corría dentro de su carne. El dolor se manifestaba en forma de risas y gritos. Se dio la vuelta con los dientes apretados y escupiendo sangre y gasolina.

A través de la neblina roja y bituminosa advirtió la inconfundible figura robusta de Iván, que la miraba encorvado con el rostro torcido de furia. La enorme grieta de su vientre bombeaba sangre. Su existencia desafiaba a la propia biología. Eran los estertores sobrenaturales de un ser humano del que había eclosionado una criatura formada de odio y rabia. Algunas gotas de lluvia dispersas se estrellaron en el rostro contraído de Helena, que presenciaba esa resurrección febril con desaliento.

El cuerpo de Iván no pudo aguantar la mole que era y cayó a los pies de Helena. Se aferró a sus tobillos y empezó a escalar; las uñas, afianzadas en su piel moteada de sangre.

—Te voy a matar, pedazo de zorra —bramó Iván, ya situado a la misma altura que ella. Hebras carmesí caían de sus labios en el rostro y la boca de una Helena aterrada e inmovilizada.

Cerró una mano en el mango y extrajo el cuchillo. Helena aulló y se encogió de dolor. Iván armó el brazo con ímpetu y lo descargó sobre su cabeza. Pero seguía conservando un retazo de humanidad, y este se rasgó en su vientre cuando lo contrajo para descender sobre su víctima. El tirón dentro de él le debilitó lo suficiente para que Helena detuviera el ataque a la altura de su nariz. Una corriente eléctrica le recorrió los nervios y le entumeció la mano, por cuyo dorso asomaba la amenazante hoja del cuchillo. La sangre caía como cuentagotas en su boca.

—Eres dura de pelar, ¿eh? —gruñó Iván, y soltó una risa hiénida.

Helena no gritó. Notaba la garganta inflamada y ardiente. Incluso la saliva descendía con una incómoda raspadura por las paredes. Las

lágrimas brotaban de su rostro convertido en un mejunje. Asumió que no era momento para centrarse en naderías, sino para contraatacar.

Introdujo varios dedos de la mano izquierda en la herida abierta. Iván se arqueó y se desgañitó con un alarido cavernoso. Prospeccionó en sus entrañas y retorció la mano, hasta que el cuerpo que la apresaba cayó a un lado entre silbidos profundos y gruñidos de dolor.

Helena aprovechó el momento para rodar sobre sí misma y arrastrarse de forma errática, terriblemente dolorida y sin apenas poder apoyar la mano en la que aún portaba el puñal apuntalado. Bajo su cuerpo, una mezcla de agua de lluvia, sangre y combustible formaba el caldo de cultivo en el que se fraguaría la última lucha. Cuando llegó al final de la popa, alcanzó el kit de supervivencia que había descubierto y trasteó en su interior.

Iván volvió a la carga y se colocó sobre ella. La agarró del pelo y estrelló su cabeza contra el suelo. Una vez la tuvo aturdida, le dio la vuelta para situarla de nuevo frente a él. Quería ver cada contracción de sus músculos faciales mientras la asesinaba. Pero olvidaba un principio básico de la naturaleza humana de la que él se había desprendido: la obstinación a morir sin luchar.

Helena le dio un revés con rabia. El acero penetró su mejilla e Iván se sacudió con un espasmo. La chica apretó los dientes, gruñó desafiante y bajó la mano. La hoja le abrió la carne, sesgó tendones y arrastró unos dientes. Una parcela de carne pendió de la mandíbula, descubierta en el camino serpenteante que abrió Helena.

Iván retrocedió entre bramidos acuosos, la lengua vibrando a través del hueco en su cara. Trastabilló y se dejó caer sobre el timón, donde sus dedos resbalaban sobre su superficie maciza. Por primera vez en muchos años, Iván se asemejaba al verdadero monstruo que albergaba dentro de él, agazapado y sediento de sangre. Ya no se quejaba, sino que exclamaba sonidos ininteligibles que eran gruñidos, súplicas y alaridos entremezclados.

Iván miró a Helena, y en sus ojos volvía a titilar la versión que fue como Mario. En definitiva, solo era un ser humano debilitado y conmocionado. La chica se alzaba imponente al borde de la popa. Una pátina de sangre y sudor brillaba en su piel. El cuchillo seguía incrustado en la mano como un *souvenir* que se había quedado y que le recordaba a Iván lo cerca que estuvo de acabar con ella. Ya no era la víctima, sino la cazadora. Y ahora venía armada con una pistola de bengalas.

—Espero que tengas la insignia del puto fuego, cabronazo.

Helena apuntó a un lado de Iván. Su presa se permitió el lujo de celebrar su tiro errado con una sonrisa que era todo carne y sangre. El proyectil silbó junto a él y dejó una cortina de humo rojo. Entonces, un intenso olor familiar le inundó la nariz. Una ráfaga de viento le posó unas pavesas sobre el hombro.

Abrió los ojos, enrojecidos e inyectados en sangre, en una súplica vana.

—¡Yo soy el mejor *scout*! —soltó en un grito agudo que manifestaba la injusticia tremenda que se estaba cometiendo con él.

Helena saltó por la borda a tiempo de que todo volara por los aires. Una descomunal explosión hizo añicos la embarcación. La columna de fuego se elevó por encima del campamento. Su fulgor destructivo y glorioso iluminó la noche.

Desde la otra lancha, el Scout contemplaba la escena, ensimismado. De pronto, giró la cabeza y focalizó su atención en el agua y en la campista que estaba bajo su superficie.

20

Helena se hundía en las oscuras aguas del lago. Fuera de sus ojos cerrados, el reflejo anaranjado del fuego sobre la superficie era un caleidoscopio que opacaba su miedo y calmaba su ansiedad. Deseó seguir descendiendo hasta las profundidades más recónditas de aquel maldito lago y dejar de luchar contra las corrientes que la impulsaban a emerger para continuar con la batalla. Se dejó abrazar fervientemente por el poder gravitatorio y la presión del agua, que poco a poco se tornaban más negras mientras la claridad intermitente se alejaba por momentos.

Ni tan siquiera el dolor en sus heridas provocaba el malestar suficiente como para darle la vuelta a la situación. Se quedó inmóvil, flotando, mientras cerraba los ojos y deseaba que todo acabara rápido.

Pensó en Alexandra y sonrió.

Pero la realidad golpeó con crueldad su estado de ensoñación cuando la primera bocanada de agua entró sin aviso. La calma se tornó inquietud, la paz pasó a ser una lucha por la supervivencia mientras el agua trataba de ocupar el espacio libre dentro de ella. La horrible sensación de estar ahogándose le hizo abrir los ojos y volver a la triste realidad en la que debía luchar por su vida. Se agitó con virulencia, guiándose por la cálida luz en movimiento por encima de su cabeza. El dolor en el hombro le recorrió, ahora sí, todo su cuerpo como si un rayo la fulminara, pero el tiempo corría en su contra y apenas ya tenía fuerzas para continuar nadando.

La vista comenzó a nublarse y del precioso caleidoscopio inicial ya solo quedaban retazos de luz fulminantes. Mientras sus

extremidades se ralentizaban y la superficie parecía alejarse en una distancia imposible de medir, Helena se rindió.

De nuevo, un poder externo a ella la obligó a regresar de su anhelado descanso. Esta vez fue el torso mutilado de Abel, que vagaba como un fantasma a la deriva siervo de las corrientes dominantes que lo empujaban. Una densa aureola rojiza surgida de sus muñones en carne viva lo envolvían, difuminando aquella imagen dantesca.

Helena gritó, y sus pulmones se vaciaron de oxígeno. Se zarandeó aterrada. El estrés y la ansiedad alcanzaron una intensidad que su cuerpo funcionaba en su contra y la hundía hacia su propia perdición. Fue ahí cuando una fuerza aparentemente sobrehumana la agarró de un brazo y la extrajo del agua.

Una vez más, Helena se hallaba sobre la cubierta de una lancha, estirada boca arriba, con el cielo tupido como techo y las nubes como meras espectadoras. Se sacudió con fuerza, se recostó de lado y vomitó una gran cantidad del agua que había tragado durante su catarsis momentánea. Tras activar su sistema nervioso, su hombro y su mano recordaron el insoportable dolor de las puñaladas. Exhaló un grito desgarrador que reverberó a lo largo y ancho de todo el lago de la Pena.

Frente a ella, el Scout la observaba fijamente, en silencio. Con la respiración agitada y profunda, aguardaba paciente a que la chica volviera en sí, presentándose ante ella con su imponente presencia y envergadura. Quería que viera al monstruo que habían creado, que conociera su fatal destino con esa imagen tan poderosa y reveladora.

El Scout había vuelto de sus más oscuras pesadillas para cerrar el círculo de destrucción que iniciaron quince años atrás. Con una cadencia exasperante, el Scout se quitó el sombrero de ala ancha, que presentaba visibles marcas de quemaduras. Después continuó con el pasamontañas, que tenía impresas las palabras *Buen scout* impresas en la tela y que Helena conocía a la perfección.

Poco a poco, el horror físico que se mostraba tras aquel descubrimiento se trasladó a una Helena sobrecogida. A pesar del tiempo transcurrido, las terribles cicatrices en la cara del Scout dotaban al hombre de un aspecto casi inhumano. La piel curtida y correosa se había replegado en diferentes direcciones, formando irregulares protuberancias sobre su rostro. La presencia de cráteres cutáneos que en algún momento fueron ampollas en la capa más superficial de la dermis formaban un terreno abrasado. La mala cicatrización y sus posibles infecciones posteriores hacían casi irreconocible su cara. El tono rojizo de algunas lesiones, junto al blanco cerúleo de algunas zonas enquistadas y al marrón oscuro de la carbonización, ponían la guinda final a aquella obra nacida de una broma gastada por unos adolescentes inconscientes.

Helena gimió horrorizada desde su posición estirada en la popa.

—Lo siento, por favor, de veras que lo siento. No pretendíamos…

El Scout no habló. Le devolvió un silencio casi más dañino y amenazador que cualquier palabra. Con cada expiración, dejaba escapar alguna suerte de gemido ronco debido al daño interno en sus cuerdas vocales durante el incidente.

Helena balbuceó sonidos inconexos mientras la embarcación se contoneaba de nuevo con más fuerza sobre unas aguas en constante movimiento. La tormenta sobre sus cabezas parecía no querer remitir del todo, azotando la zona con rachas de lluvia y vientos intermitentes.

La hoja de un gran machete silbó cuando el Scout la extrajo de su funda de cuero. Helena asimiló que se acercaba la inevitable batalla final. Se enjugó las lágrimas con la mano seca y sus ojos se endurecieron con determinación. Era la última superviviente y el destino, a través de sus decisiones, la había ungido para aquel enfrentamiento.

Con un movimiento decidido, se arrancó el cuchillo de caza clavado en la palma de su mano derecha. Soltó un alarido resignado, furioso, que no cambió su arrojo. El Scout se abalanzó sobre ella con el

machete alzado sobre su cabeza y la brutalidad de una hiena hambrienta. Helena rodó hacia un lado, notando los calambres intensos que le devolvía su hombro. El filo metálico del machete quedó atascado en la superficie de fibra de vidrio.

Helena hincó las rodillas con firmeza y se levantó a trompicones. Aprovechó la inercia de sus piernas endebles y se lanzó contra el Scout. Le hundió el cuchillo en la espalda, por debajo de los omóplatos. El asesino se arqueó hacia atrás y profirió un horrible quejido ahogado. Trató de alcanzar el arma con sus propias manos, pero sus dedos no llegaban a la empuñadura. Helena sonrió orgullosa. Volvió a levantarse, impulsada por el éxito de su ataque, y le extrajo el cuchillo. Volvió a clavarlo una y otra vez en la monstruosa espalda del Scout. Blandía la hoja con una rabia irrefrenable, abriendo grietas en la camisa ajada de *scout*. La sangre le salpicaba la cara como si se tratara de un surtidor de sirope de maíz. Era una sensación refrescante, triunfal.

Las puñaladas se convirtieron en una última estocada profunda. Clavó el cuchillo con todas sus fuerzas, sobreponiéndose a la quemazón de sus nervios maltrechos, hasta que la guarda de metal frenó su avance. El jefe Scout se tambaleó y no por el continuo vaivén de la embarcación. El daño causado por los embistes de la chica lo habían dejado fuera de juego. Trastabilló, chocó con el costado y cayó por la borda.

—¡Sí, joder! ¡Sí! —chilló Helena con una euforia desatada que tensó sus músculos agarrotados. Dio un respingo cuando el hombro izquierdo le recordó su existencia—. Chúpate esa, puto Scout de los cojones.

Echó un vistazo al frente. Más allá del embarcadero, mucho más allá de las cabañas e incluso del campamento, por encima del vasto bosque que abrazaba las instalaciones, se fijó en el tapiz nocturno nebuloso que había gobernado durante toda aquella fatídica noche. Afrontaba una transformación paulatina a un abanico maravilloso de colores rojos y naranjas, disipando cualquier rastro de tormenta. El

crepúsculo era inminente y Helena se quedó prendada de aquella estampa preciosa.

Se dio la vuelta hacia el timón y puso en marcha el motor, que gruñó como una vieja locomotora en horas bajas. Enderezó la lancha y se dirigió hacia el embarcadero con una tímida sonrisa en su cara cubierta de sangre. A su alrededor, algunos restos ardientes de la otra embarcación se repartían a lo largo y ancho del lago como fuegos fatuos buscando su lugar tras su periplo nocturno.

Una mano calcinada resurgió del agua espumosa, aferrada a uno de los cabos atados por debajo de la popa. El jefe Scout emergió imperante. Trepó por la soga con la destreza de un escalador profesional mientras Helena seguía pilotando, ajena al peligro inminente.

El brillo del agua sobre su rostro cicatrizado le confería un aspecto más monstruoso y repulsivo, como si las heridas volvieran a estar abiertas y supurantes.

Cuando Helena sintió la presencia del asesino tras ella fue demasiado tarde. La agarró por la cabellera aún húmeda y estrelló su cabeza contra el timón de la lancha. Con el manojo de pelo aún en su mano, tiró de él para devolverla a su posición inicial. Una brecha granata se abrió en su frente. La sangre brotó con rapidez, en una cascada escandalosa sobre sus ojos. El Scout repitió la acción; el golpe, todavía más fuerte que el anterior, le ensanchó la herida. Pero en ese envite empujó la palanca cromada en el centro de mandos.

El motor bramó desbocado. La lancha alcanzó una velocidad considerable sin apartarse de su ruta hacia el embarcadero. El viento silbaba, la proa puntiaguda rompía el agua con pequeñas explosiones y arrojaba caños espumosos al interior de la lancha. El embarcadero se acercaba amenazante en el horizonte, como un truco óptico con una cámara de vídeo.

El Scout cerró los dedos, encarnizados, en su cuello. Helena luchaba por no desvanecerse en manos del Scout. Resoplaba. Forzaba a sus

ojos a enfocar las figuras borrosas que se movían frente a ella y a sus pulmones a seguir bombeando oxígeno pese al agotamiento. Trató de revolverse, y ahora era ella quien no le entregaría su vida a las manos de un error del pasado.

La obstrucción del oxígeno provocó el repentino aumento de la presión en sus venas, haciendo que su rostro tomara un tono morado que se difuminaba en una impactante gama de azules cobrizos. Algunos vasos sanguíneos se rompieron en las escleras de sus ojos, creando una minúscula red de micro venas sangrientas alrededor de sus iris.

Un último pensamiento llegó a su mente nublada: «si yo muero, tú mueres conmigo, cabronazo».

Más allá del embarcadero, Alexandra le devolvía la mirada, irreal como una ensoñación. La saludaba con ambos brazos y esbozaba una sonrisa rutilante. Era la bienvenida a la otra vida, el tan famoso final del túnel. En su caso fue el final de un embarcadero de un campamento de verano. Helena sonrió con placidez. No podía tener mejor compañía en el más allá.

Entonces actuó con el último golpe de fuerza que creyó poseer, quizás impulsada por la aparición fantasmal de Alexandra, quizás envalentonada por lo que se le acababa de ocurrir. Alcanzó a duras penas la palanca de mandos y la movió torpemente hasta el final, propulsando la lancha a una velocidad máxima que ni sus cuerpos erguidos pudieron soportar. La inercia los empujó a ambos y les hizo rodar por la cubierta.

Helena se liberó por fin de las garras del Scout, recuperando el aire de forma brusca pero necesaria. Tosió y escupió saliva atrapada en su gaznate. Detrás de ella, el Scout ya se incorporaba para volver a la carga. Pero la situación había cambiado. La lancha se veía abocada a un fatal choque contra el embarcadero en cuestión de segundos, así que Helena se hizo con uno de los cinturones de seguridad de uno de los asientos traseros y se envolvió con él, aferrándose a la última oportunidad que tenía de sobrevivir.

No hubo tiempo de reacción para el asesino. La colisión se produjo justo cuando se giraba para tratar de saltar por la borda. La proa de la lancha penetró en la tarima de madera perpendicular con una fuerza destructiva inimaginable. Arrasó los tablones robustos, arrojando sobre la embarcación una lluvia de astillas y lluvia. La madera gemía en el casco, llenándose de arañazos y protuberancias. La lancha aminoraba la velocidad a medida que avanzaba y la constante fricción de la pasarela suponía un duro obstáculo ante la embestida.

El cabrestante situado en la punta de la popa y que sujetaba el ancla se partió en dos. Se soltó y salió disparado por encima de la pasarela central del embarcadero. El estruendo resonó en el valle como una bomba lanzada en mitad del lago. Uno de los maderos cortados, convertido en una estaca, empaló al jefe Scout en el asiento contiguo a Helena. La piel de Helena se abrió con cortes profundos, pero al menos no tocaron ninguna arteria crítica. Las sacudidas contra la popa rubricaron con morado todo su cuerpo.

Respiró con agitación mientras se deshacía del cinturón enredado en su cuerpo menudo, pero siempre sin quitarle el ojo al Scout, que se retorcía como un insecto atravesado. Un buen trozo de madera astillada y cubierta de sangre sobresalía de su estómago. Pedazos de carne y vísceras decoraban las esquirlas. Tanteaba el madero con las manos y recogía los intestinos enredados, intentando meterlos dentro de su estómago como si hiciera hueco en una maleta que ni siquiera se puede cerrar. Acompañado de una serie de espasmos, vomitó una gran cantidad de sangre viscosa sobre la pechera de su uniforme deteriorado. Fulminó con una mirada de odio a Helena y se rindió a la estaca que lo aprisionaba contra la popa.

La chica se puso en pie sin apenas fuerzas. Titubeó unos instantes antes de moverse. Recobró el aire poco a poco. Una tranquilidad inaudita la invadió. Dio unos pasos hacia la proa, incrustada varios metros dentro del embarcadero. Miraba por encima de sus hombros para cerciorarse de que el Scout siguiera inmóvil en el asiento.

Se subió sobre el panel de mandos con un pie y se apoyó con la mano buena sobre uno de los tablones que sobresalían por encima de su cabeza. Solo tenía que impulsarse una vez con todas sus fuerzas y ya estaría sobre la pasarela central que quedaba en pie tras el impacto. Aunque para ello necesitaba sobreponerse al dolor inenarrable que le producían las heridas. Pensó si recuperaría la movilidad en el hombro y en la mano, como si eso tuviera alguna importancia en esa situación.

«Vamos, Helena, joder. Has sobrevivido a todo esto. Un poco más de dolor no te va a matar».

Apoyó ambas manos en el tablón. La grieta abierta en la derecha regurgitó una buena cantidad de sangre. El dolor intenso le abofeteó con dureza, cosa que no le supuso mayor problema llegados a ese punto, ya que le sirvió para espabilarse del todo. A punto de descolgarse para subir todo su cuerpo, el jefe Scout despertó de su aparente y fugaz letargo para atrapar a Helena por una pierna.

La chica gritó, tratando de aguantar los tirones que ejercía el Scout para hacerla caer de nuevo sobre la cubierta del barco. La mitad de la estaca seguía en su cuerpo, lo que a su vez mantenía el hálito de vida de forma sobrehumana. Exhaló un gemido gutural simulando una suerte de quejido. Volvió a la carga estirando los brazos, enroscándose en su cintura. Helena resistió todo lo que pudo, pero ni las fuerzas ni el dolor le daban la tregua necesaria para ganar aquella interminable batalla. Sus manos comenzaron a desistir en el empeño cuando una silueta borrosa pero familiar apareció justo por encima de su cabeza. Sus ojos se abrieron con incredulidad y su cuerpo se inundó con un vigor renovado.

—¡Alex! —gritó.

Había surgido de entre las sombras. Los rayos dorados del amanecer la bañaban a contraluz con un aura mágica. Empuñaba sobre su cabeza el ancla desprendida de la popa, la cadena enrollada en torno a sus manos.

Silbó hacia el Scout para llamar su atención como si fuera una mascota sin adiestrar.

—Jamás serás un maldito buen *scout* —sentenció Alexandra.

Le estrelló el ancla en la espalda. El tintineo de la cadena sonó muy cerca de Helena, que pestañeó alarmada temiendo ser un daño colateral. El pico de loro se aferró a su columna vertebral. Alexandra se movió con rapidez, como si la herida profunda del pecho fuera un simple arañazo y no tironease de ella cuando se doblaba hacia delante. Se agachó a la altura de la cabeza del Scout y ovilló la cadena alrededor de su cuello.

Helena había aprovechado para dejarse caer de nuevo sobre la cubierta de la lancha. No le hizo falta saber lo que estaba sucediendo. Entendió a la perfección las intenciones de Alexandra y se dispuso a formar parte activa del plan.

—¡Ahora, Helena! ¡Empújalo! —gritó Alex con los labios apretados.

El Scout detuvo sus movimientos desesperados mientras Helena, forjada con un valor surgido de lo más profundo de sus entrañas, liberó el hacha de su prisión de fibra de vidrio y se colocó delante de él. La hendidura en su estómago le sirvió de guía para hundir la hoja. El monstruo encarnizado tenía los ojos de un color ocre antinatural.

Helena envolvió el mango con ambas manos y le pateó el pecho con todas sus fuerzas, al mismo tiempo que Alexandra soltaba la cadena enrollada en su cuello. Una guirnalda de intestinos se derramó en la cubierta y marcó un reguero viscoso. El Scout trastabilló y cayó por la popa.

Su cuerpo descendía con velocidad, y habría alcanzado el lecho del lago si no fuera porque la cadena se enrolló en la hélice destrozada. El tirón tensó la cadena y ciñó su tráquea. Su cuerpo quedó suspendido en las oscuras profundidades, devorado por las aguas de su preciado campamento.

Alexandra ayudó a su novia a subirse sobre la pasarela de madera. Allí se abrazaron entre lágrimas mientras el sol mostraba todo su esplendor en un nuevo día.

—Creí que eras un espejismo, que no eras real —dijo Helena, llorando, con el rostro ensangrentado recostado sobre su pecho—. Te vi morir —murmuró.

—No es tan fácil acabar conmigo, y no iba a permitir que te pasara nada —respondió, apretándola aún más contra su pecho, ignorando el escozor que le producía tener el cuerpo de su novia contra ella.

Helena alzó la mirada hasta cruzarse con la de Alex. Sus labios se curvaron levemente, y las palabras brotaron de ambas a la vez:

—Te quiero.

EPÍLOGO

—¡Mariano, dale, coño! —ordenó el oficial Suárez desde la pasarela de madera, junto al bote estrellado—. ¡Mariano, deja de comer y súbelo ya, me cago en diez! Los forenses están a punto de llegar y hay que sacar a este hijo de puta de ahí abajo.

—Perdón, jefe. Ha sido un día duro y necesitaba comer algo —Mariano se disculpó con una sonrisa ladeada sin soltar el bocadillo de chorizo.

—No entiendo cómo puedes tener hambre después de ver la carnicería que hay aquí. Yo tengo el cuerpo revuelto y solo quiero acabar e irme a casa a darme una ducha de tres horas, joder.

—Tranqui, jefe —restó importancia—, esto está hecho en un periquete.

Mariano depositó el bocadillo a un lado y se enfundó unos gruesos guantes de trabajo con los que comenzó a tirar de la cadena hundida en el agua.

—Este cabrón pesa poco, así que en nada nos estamos yendo. A lo mejor se lo han comido los peces —bramó entre exageradas carcajadas.

—Mariano, por favor, lleva horas ahí —objetó el oficial Suárez—. Ni que hubiera pirañas en este lago, vamos.

—Jefe, eso es una leyenda urbana —contradijo Mariano—. Las pirañas solo comen insectos, plantas y animales de su tamaño.

El oficial Suárez lo fulminó con la mirada.

—Lo que sí puede ser es que el cuerpo esté hinchado y con bastante mala pinta —prosiguió, ignorando el comentario—, contando que, según las chicas, el tipo ya era un monstruo deforme.

—Jefe, ¿las chicas? —sugirió con una sonrisa—. Si son las dos que vi cuando llegamos, yo diría que una de ellas…

—Cállate la puta boca, Mariano, y no me toques los cojones con tus cuñadeces —espetó el oficial Suárez—. Otra más al respecto y mañana estás haciendo cola en el INEM.

—Oído, jefe —asintió con seriedad—. Era una broma, hombre.

—Ni broma ni hostias. Mariano, aquí han muerto muchas personas de forma horrible a manos de un loco psicópata. Y resulta que aún lo tenemos ahí abajo criando malvas. Haz el favor de callar la puta boca y sacar a ese trozo de mierda de una vez.

—Bueno, señor, un loco solo no fue. Por lo que tengo entendido, dos de las víctimas halladas también eran unas piezas dignas de estudio. ¿Ha podido ver los vídeos en sus teléfonos?

—Así es. Internet está volviendo locos a los jóvenes de hoy en día, Mariano. ¡Si mis hijas los seguían en YouTube! —exclamó, horrorizado.

—Ay, el internet, jefe —suspiró, resignado—. ¿Qué será lo siguiente, vender fotos de pies desnudos en alguna plataforma?

—Mariano, por favor…

Mariano se tragó sus palabras mientras continuaba subiendo la cadena.

El intenso sol de mediodía desplegaba todo su poder sobre las calmadas aguas del lago de la Pena, convertidas entonces en una maravillosa piscina natural. Desde la cubierta de la lancha, Mariano podía ver como unos tres palmos de profundidad a través de la superficie cristalina.

—¡Jefe, creo que ya veo el ancla! —exclamó Mariano con entusiasmo, aunque de repente su expresión cambió—. Jefe…

—¿Qué…? —dijo el oficial Suárez, incrédulo—. Por todos los santos, ¿qué…?

Tras un último tirón, Mariano extrajo el ancla del agua. La pesada pieza quedó balanceándose en el aire. El sol golpeó el metal brillante, revelando lo que colgaba del pico de loro: girones de carne fresca y piel humana.

—No puede ser —murmuró Suárez.

—Jefe, quizás las corrientes del lago se lo hayan llevado, ¿no?

—Esperemos que sí, Mariano. Esperemos que sí.

ACERCA DEL AUTOR

Javi Serrano



Javi Serrano (Barcelona,1981) es el pequeño de cuatro hijos de una familia humilde. Se interesó desde muy joven en la escritura y el cine. A pesar de ello, estudió ciencias en el instituto y dejó de lado, por ese tiempo, su verdadera pasión.
Su amor por el cine y la literatura de terror creció a medida que se hizo mayor, así que tomó las riendas de su sueño y, mientras se convertía en empresario por su cuenta, estudió una diplomatura de guion cinematrogáfico mientras compaginaba con la escritura en sus ratos libres.
A sus cuarenta y dos años publicó su primera obra, El coleccionista de miedos, en la que recopiló varias historias de terror creadas durante los últimos años y con la que tuvo una maravillosa acogida entre el público. Gracias a ello, volvió con una segunda parte de su

antología, donde introdujo a su carismático asesino en serie «el asesino del Videoclub».
Otras obras publicadas: ¿Jugamos?, El coleccionista de miedos 3, BLOODBUSTER y Calendario de Adviento: 25 relatos de asesinos navideños. Terror en el campamento es su primer slasher en solitario.
Junto a Alex Marsalo ha creado la plataforma BLOODBUSTER BOOKS, donde autopublican sus libros slasher y hablan del subgénero.
Instagram del autor: @javi_serranowriter.
Instagram BLOODBUSTER BOOKS: @bloodbusterbooks

NO TE PIERDAS NINGUNA NOVEDAD DE BLOODBUSTER BOOKS

